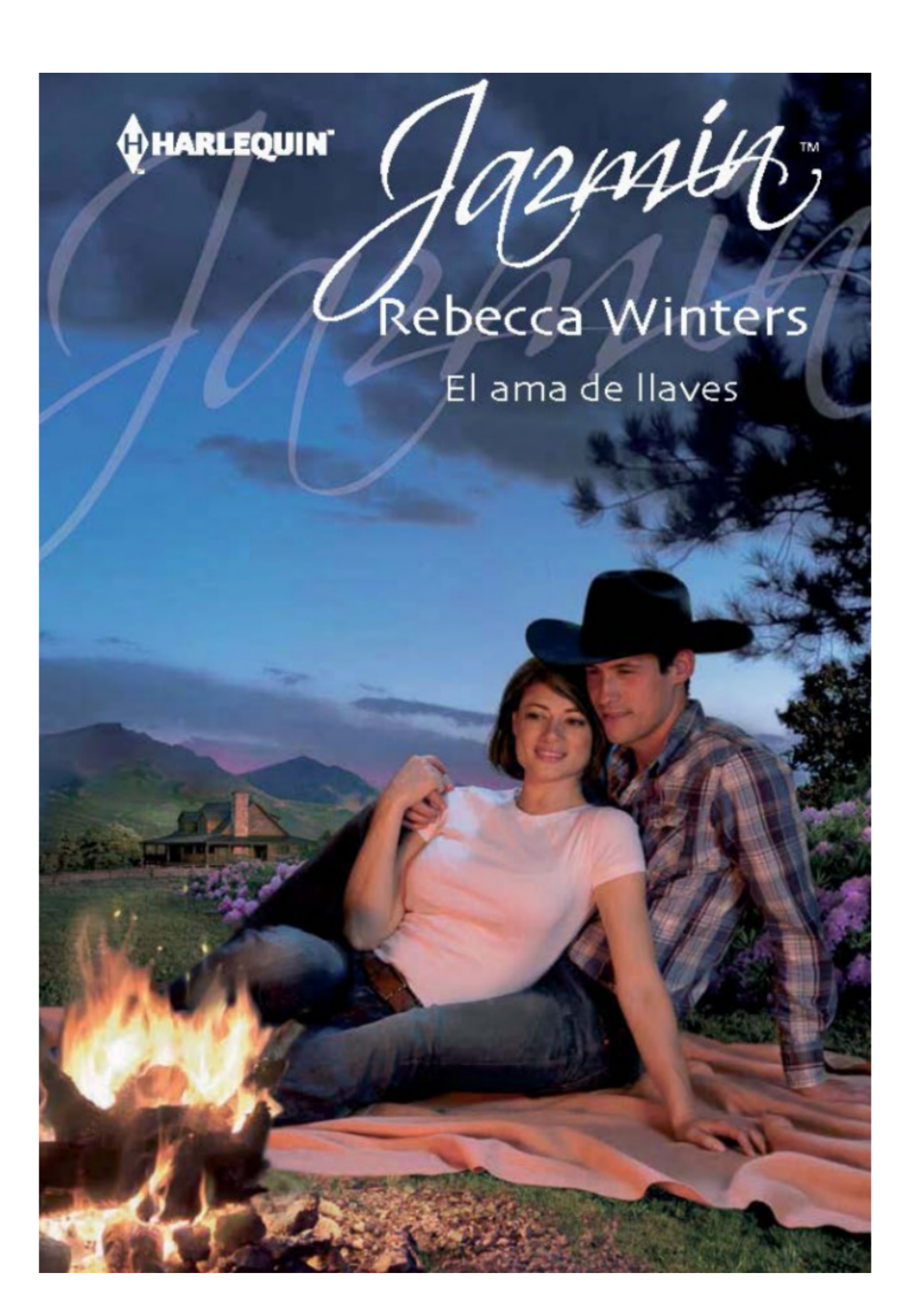


HARLEQUIN
Jazmín
Rebecca Winters
El ama de llaves

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

EL AMA DE LLAVES, N.º 2482 - octubre 2012
Título original: The Rancher's Housekeeper
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2012

I.S.B.N.: 978-84-687-1097-6
Editor responsable: Luis Pugni
ePub: Publidisa

CAPÍTULO 1

COLT Brannigan besó a su madre en la mejilla.

–Nos veremos esta noche –se despidió, volviéndose hacia la persona que la cuidaba–. He llamado al servicio de asistencia en Sundance y enviarán a alguien en los próximos días para ayudarte con ella.

–Muy bien –dijo Ina–. Hank me echa una mano siempre que tiene algo de tiempo libre.

–Me alegro. Nos vemos esta noche.

La madre de Colt, una mujer de sesenta años, ya no conocía a nadie. Le habían diagnosticado Alzheimer tras la muerte de su marido, dieciséis meses antes, pero había empeorado en el último año y necesitaba cuidados las veinticuatro horas.

–¿Colt?

Él cerró la puerta del dormitorio al escuchar la voz de su hermano Hank.

–Dime.

–Hay una llamada para ti de la directora de la cárcel de Pierre.

¿La directora de la cárcel?

–Debe haberse equivocado de número –dijo Colt, sabiendo que no era así.

Pasó al lado de su hermano para salir por la puerta trasera y Hank lo siguió, a paso lento debido a su pierna escayolada.

–Has puesto un anuncio en el periódico pidiendo un ama de llaves y la señora James quiere saber si ya has contratado a alguien.

–Dile que sí.

–Pero…

–Nada de peros –lo interrumpió Colt.

Antes de que su padre muriese por culpa de un coágulo en los pulmones, le había hecho un favor al comisario de Sundance que había vivido para lamentar.

El comisario le había pedido que contratase como peón a un preso recién salido de la cárcel y el tipo se había quedado el tiempo suficiente para recibir un cheque, llevarse la manta de su camastro, el dinero de los demás peones y, sobre todo, uno de los caballos del rancho.

Colt lo había localizado y, además de recuperar el caballo, se había asegurado de que volviese a la cárcel. Desafortunadamente, el porcentaje de exconvictos que terminaban en prisión era muy alto, pero él, que tras la muerte de su padre llevaba el rancho Floral Valley, no cometería los mismos errores.

–Voy a estar levantando cercas todo el día y no volveré a casa hasta tarde. Llámame si hay alguna emergencia –Colt se dirigió al establo y se alejó galopando sobre Digger.

Hacía falta una mujer con carácter para llevar un rancho como aquel. De hecho, haría falta una santa, pero había pocas que solicitaran un puesto de ama de llaves. Colt sabía que nunca podrían reemplazar a Mary White Bird, la mujer de la tribu Lakota que había sido la mano derecha de su madre y una institución en el rancho. Mary había muerto un mes antes y, además de perder a la mejor ama de llaves del mundo, habían perdido a una amiga.

Colt había puesto varios anuncios en periódicos de Wyoming y Dakota del Sur, pero por el momento ninguna de las solicitantes era lo que buscaba y estaba empezando a desesperarse. Pero no tanto como para contratar a una expresidiaria.

Rancho Floral Valley, 6 kilómetros

Geena Williams pasó frente al cartel con su bicicleta y buscó el desvío. En el almacén de piensos de Sundance, Wyoming, un viejo ganadero le había dicho que debía estar atenta o pasaría de largo y tenía razón porque estaba medio escondido entre los árboles. Desde allí, todo era un camino de tierra.

Cansada, se detuvo un momento para tomar aliento y beber un poco de agua. Durante el día la temperatura había sido altísima, con un poco de viento por la tarde, típico del mes de junio en el norte de Wyoming, pero

había bajado por la tarde y su parka de segunda mano no servía de mucho.

Aunque el tiempo había cooperado, era la adrenalina lo que la había empujado hasta allí. Y la desesperación tendría que ayudarla a hacer el resto del camino. Se le doblaban las piernas de cansancio, pero necesitaba llegar al rancho antes de que se hiciera de noche.

Media hora después, vio un grupo de edificios ante ella, pero eran más de las diez y no se atrevía a llamar tan tarde, de modo que bajó de la bicicleta y la dejó apoyada contra el tronco de un pino.

En la mochila que llevaba a la espalda estaban todas sus posesiones… no, eso no era cierto del todo. Tenía algunas cosas que eran preciosas para ella, pero aún no sabía dónde estaban o quién se las había llevado.

Suspirando, se quitó la mochila para sacar una manta térmica que colocó sobre la hierba y, usando la mochila como almohada, decidió tumbarse un rato, aún sorprendida de que esa noche su techo fuera un cielo lleno de estrellas. Podía ver Venus al oeste…

Era increíble, estaba mirando el cielo.

–Vamos, Titus, hora de irse a dormir –dijo Colt Brannigan mientras cerraba la puerta del establo.

El border collie corría delante de él con una energía increíble. Titus llevaba una vida perfecta para un perro: querido por todos, corría y trabajaba todo el día, comía lo que quería y no tenía una sola preocupación. Por eso se iba a dormir absolutamente feliz y despertaba igualmente feliz.

En cuanto a él mismo, no se describiría como una persona feliz, aunque lo había sido una vez, durante unas breves semanas. Se había enamorado a los veintiún años, cuando era una estrella del rodeo.

Pero el «vivieron felices para siempre» no había funcionado porque tenía obligaciones en el rancho y su mujer ya no lo pasaba bien. Su matrimonio había durado once meses, seguramente uno de los más cortos en la historia del condado de Crook, Wyoming.

A los treinta y cuatro años, Colt reconocía su error. Cheryl y él eran demasiado jóvenes e inmaduros y, sencillamente, no había funcionado. Desde entonces había salido con mujeres de cuando en cuando, pero no tenía la menor prisa por volver a casarse.

De repente, el perro se alejó de la casa y cuando empezó a ladrar Colt fue tras él. Y sus gruñidos le avisaban de que había un extraño en la propiedad.

–Tranquilo, bonito –escuchó una voz femenina.

Titus era un santo, pero escuchar sus gruñidos en la oscuridad debía ser aterrador para alguien que no lo conociera.

La extraña estaba tumbada bajo el enorme pino ponderosa que su abuelo había plantado cincuenta años antes, envuelta en una manta térmica que la ocultaba de los pies a la cabeza.

Colt vio una bicicleta apoyada en el tronco del árbol y una mochila en el suelo.

–¡Calla, Titus! –le ordenó. Si aquella mujer era una amante de la Naturaleza, se había equivocado de camino–. ¿Te encuentras bien?

–Sí… sí… –tartamudeó ella–. El perro me ha asustado.

Tenía una bonita voz, una voz juvenil, y que no pareciese histérica después del susto era una sorpresa.

–¿Se puede saber qué haces durmiendo aquí? Podrías haber sido atacada por algún animal, hay pumas en esta zona.

Ella bajó la manta, revelando su rostro.

–Llegué tarde y no quería molestar a nadie, así que decidí dormir bajo el árbol.

–¿Venías a este rancho en concreto?

–Sí, pero debería haber esperado a mañana. Lo siento.

La disculpa sonaba sincera y hablaba con una voz educada, aunque eso no le daba ninguna pista de por qué estaba allí. Colt se inclinó para tomar la mochila, que era inesperadamente ligera y había visto días mejores.

–No sé por qué has venido, pero no puedo permitir que duermas aquí. Deja la bicicleta y sígueme, estarás más segura en la casa.

–No quiero molestar.

No estaba molestándolo, pero sí llamando su atención de una manera sorprendente.

–De todas formas, tienes que venir conmigo. Vamos.

El extraño trío entró en la casa unos minutos después y Titus fue directamente a su comedero. Después de eso iría al despacho para dormir bajo el sillón de su padre, como hacía siempre. El padre de Colt había muerto, pero tenía la impresión de que el animal seguía esperando que volviera. Tal vez Titus no era tan feliz después de todo…

Colt dejó la mochila sobre la mesa de la cocina y, por el rabillo del ojo, la vio quitarse la manta. Era alta, probablemente un metro setenta y ocho, pensó. Después de doblarla, la dejó sobre la mesa y se quitó la vieja parka. Debía tener unos veinticinco años y, salvo por las zapatillas blancas, todo lo que llevaba, desde los vaqueros al jersey azul, parecía viejo y demasiado

grande para ella. Su pelo castaño estaba sujeto en una coleta con una simple goma y no llevaba ni maquillaje ni joyas.

Colt pensó entonces que su cara le resultaba familiar, pero le parecía excesivamente delgada. ¿Habría estado enferma? Tenía las mejillas hundidas, los pómulos demasiado pronunciados. Y, a pesar de eso, se sentía extrañamente atraído por esos preciosos ojos de color azul oscuro y expresión triste, rodeados por unas pestañas tan oscuras como sus cejas y su pelo. Por qué estaba triste, no podía imaginarlo.

Si estaba huyendo de alguna situación traumática, no lo demostraba. Al contrario, mantenía la cabeza orgullosamente erguida… le recordaba a un cuadro por terminar que necesitaba un poco más de trabajo antes de cobrar vida. Y eso era algo que lo intrigaba.

–Puedes usar el cuarto de baño –le dijo, señalando una puerta.

–Gracias –murmuró ella–. Perdone un momento.

Cuando la extraña entró en el cuarto de baño, Colt se apoyó en la encimera de la cocina, intrigado.

Hank había hecho café, pero no estaba allí, de modo que seguramente estaría en el dormitorio de su madre. Mientras él sacaba dos tazas del armario, la joven volvió a la cocina.

–Puedo ofrecerte un café. ¿O prefieres un té?

–Café, por favor.

Colt sirvió dos tazas.

–¿Azúcar, leche?

–Por favor, no se moleste. Puedo tomarlo solo.

Él volvió a la mesa con las dos tazas.

–He puesto leche y azúcar en el tuyo. Parece que necesitas algo que te fortifique.

–Tiene razón. Gracias, señor…

–Colt Brannigan –Colt tomó un sorbo de café.

Ella sujetó la taza con las dos manos y tomó un sorbo con los ojos cerrados, casi como si estuviera creando un recuerdo. Sorprendido, Colt siguió mirándola. En su opinión, necesitaba tres comidas al día y durante mucho tiempo.

–¿Vas a decirme quién eres?

Ella asintió con la cabeza.

–Me llamo Geena Williams.

Colt pensó que le sonaba ese nombre, aunque no sabía de qué.

–Bueno, Geena, tal vez si te hago un sándwich de jamón podrías

contarme qué hacías durmiendo en mi propiedad.

–Lo siento mucho –se disculpó ella. Y Colt pensó que no conocía a nadie que se disculpase tanto–. Esta mañana salí de la cárcel de Pierre, en Dakota del Sur, y vine directamente a su rancho. Esperaba hacer una entrevista para el puesto de ama de llaves, pero he tardado más de lo que pensaba en llegar aquí.

Esas palabras fueron como una patada en el estómago. En un segundo, todo empezó a cobrar sentido, empezando por la llamada de la directora de la cárcel de Pierre esa mañana. Pero la flamante bicicleta apoyada en el árbol no pegaba con la ropa vieja… ¿la habría robado?

Geena Williams era una expresidiaria. Y, al pensar eso, sintió una desilusión inexplicable.

–¿El puesto sigue libre? –la esperanza que había en esa pregunta, como si la respuesta significase la vida para ella, casi lo conmovió.

Y Colt tuvo que endurecer su corazón.

–Me temo que no.

Todo el mundo tenía un pasado, pero haber estado en la cárcel era otra cuestión. Él estaba buscando un ama de llaves que fuese como Mary White Bird, la mujer sensata y de absoluta confianza que ayudaba a su madre a llevar la casa desde que él era un crío.

Mary tenía una habilidad especial para tratar con los peones y los invitados, por no hablar de las diferentes y testarudas personalidades del clan Brannigan.

En cuanto a Geena… era demasiado joven y había estado en la cárcel. No sabía qué delito había cometido, pero sí sabía que contratarla estaba fuera de la cuestión.

Colt notó que sus ojos se empañaban, pero no derramó una sola lágrima.

–Ha sido muy amable conmigo, pero veo que he cometido un error al venir sin pedir cita.

Él frunció el ceño.

–La directora de la cárcel llamó esta mañana, pero le dije a mi hermano que el puesto ya estaba ocupado. Parece que ha habido un problema de comunicación… en fin, siento mucho que no se lo haya dicho.

Ella lo miró, desconcertada.

–No sabía que hubiera llamado, pero imagino que estaba intentando ayudarme a encontrar trabajo. En cuanto salí de prisión busqué el *Rapid City Journal* y vi su anuncio… noté que lo había puesto hace unos días y

temí que el puesto ya estuviera ocupado, pero decidí arriesgarme a venir directamente.

Aunque estuviera diciendo la verdad, no importaba.

No había trabajo allí para otro expresidiario… aunque se sentía intrigado.

–¿No tienes un marido o un novio, alguien que pueda ayudarte?

–No estoy casada. Y estaba saliendo con un hombre antes de ir a la cárcel, pero desapareció cuando me condenaron.

Colt pensó que su relación no podía haber sido tan sólida.

–¿No tienes ningún pariente?

–No, ninguno –respondió ella, con los ojos ensombrecidos.

¿No tenía a nadie?

Colt se pasó una mano por el pelo, incapaz de imaginar que alguien no tuviera ningún pariente… a menos que estuviese mintiendo, claro. Tal vez le daba vergüenza volver a casa por lo que había hecho. Claro que él no había pasado nunca por algo así, de modo que no sería justo juzgarla.

–¿Cómo has llegado hasta aquí? –le preguntó. El anuncio solo decía que el rancho estaba cerca de Sundance, Wyoming. Y no indicaba la dirección, solo un apartado de correos.

–Sé que debería haber escrito una carta al apartado de correos, pero no tenía acceso a ningún ordenador –respondió ella–. Cuando el autobús me dejó en Sundance, pensé que si alguien sabía indicarme dónde estaba el rancho lo mejor sería venir directamente. Así que compré la bicicleta y fui al almacén de piensos para ganado. Allí me indicaron cómo llegar.

–Ah, claro.

–Todos conocían a Colt Brannigan, el dueño del rancho Floral Valley, y hablaban muy bien de usted.

–¿Has venido hasta aquí por la carretera, de noche?

–Sí, pero cuando salí de Sundance no era de noche. Necesitaba un medio de transporte para moverme y, como tengo que renovar el permiso de conducir, no puedo comprar un coche.

–¿Y la bicicleta nueva no era muy cara?

–Sí, pero estaba rebajada a quinientos treinta dólares y me han dado un casco de segunda mano por diez. Debería haber comprado ropa nueva, pero solo me quedaban ciento sesenta dólares porque gasté algo en comida, en la manta térmica y en las zapatillas.

Colt parpadeó.

–Imagino que ganaste ese dinero en la cárcel.

–Sí, claro. Me pagaban veinticinco céntimos por hora de trabajo. Cuarenta dólares al mes durante los trece meses que estuve encarcelada.

Trece meses en el infierno. ¿Qué delito habría cometido?

–De modo que viniste aquí con quinientos veinte dólares en el bolsillo.

–En realidad, setecientos. Trabajé horas extra y, además, te dan cincuenta dólares cuando sales de prisión.

Colt decidió que no volvería a quejarse porque parte de sus impuestos fueran a los expresidiarios que habían pagado su deuda con la sociedad.

–¿Entonces cuánto dinero te queda?

–Noventa y dos dólares. Por eso necesito un trabajo desesperadamente –respondió ella–. Le aseguro que soy una buena cocinera. En la cárcel ayudaba en la cocina… aunque también hacía tareas de limpieza, me encargaba del almacén, de la enfermería y el patio. Hice de todo. Soy una buena trabajadora, señor Brannigan. Si llama a la prisión, le dirán que trabajaba más de cuarenta horas a la semana y que nunca tuve una sola sanción. ¿Conoce a alguien que tenga un puesto para mí?

¿Si conocía a alguien? Estaba mirando a alguien que necesitaba urgentemente un ama de llaves.

Colt se pasó una mano por el cuello, sorprendido por estar considerando la posibilidad de contratarla cuando no sabía nada de ella salvo que había estado en la cárcel. Tal vez era la vulnerabilidad que veía en esos ojos azul oscuro…

Antes de que pudiese decir nada, Titus entró en la cocina para saludar a Hank, que acababa de entrar por la puerta de atrás con Mandy. Y eso lo sorprendió porque pensaba que Hank estaría con su madre.

Tan concentrado estaba en la conversación con Geena que no había oído llegar el coche de Mandy. Como Hank tenía una pierna rota, ella lo llevaba de un sitio a otro.

–Hola, Colt.

–Hola.

Mandy era una rubia simpática de Sundance a quien Hank conocía desde el instituto pero, como siempre, su hermano tenía ojos para cualquier mujer guapa y, por supuesto, en ese momento estaban clavados en Geena.

–Geena Williams –la presentó Colt–. Este es mi hermano Hank y su amiga, Mandy Clark.

Sabía que Hank se moría por hacer preguntas, pero Colt no estaba preparado para responder en ese momento.

–Estaremos en el cuarto de estar –dijo Hank por fin, antes de

desaparecer con Titus y Mandy.

Geena miró a Colt, intentando esbozar una sonrisa.

–No quiero molestar. Si no le importa que duerma en la propiedad, le prometo que me iré a primera hora.

Pero él ya había tomado una decisión.

–No, de eso nada. Voy a hacerte un sándwich y un plato de sopa. Y luego puedes dormir en la habitación de la antigua ama de llaves. Mañana será otro día.

Había oído ese dicho mil veces en su vida, pero nunca lo había entendido como aquella noche. Lo que debería hacer era llevarla al albergue de Sundance, pero estaba agotado. Al menos, esa era la excusa que inventó para retenerla allí.

Geena había soñado mucho en la cárcel. Era la única forma de escapar de los barrotes tras los que estaba confinada. Pero ni siquiera en sus más extraordinarias fantasías podría haber conjurado a un hombre como Colt Brannigan.

De hecho, no sabía que un hombre así existiera más allá de sus fantasías.

Por cómo lo habían descrito los hombres del almacén de piensos había pensado que era un hombre mayor, pero debía tener poco más de treinta años.

Y al verlo en la cocina se había quedado sin aliento. Era un hombre increíblemente apuesto. «Alto, moreno y guapo» era un cliché que las mujeres habían usado durante siglos y, en su opinión, podría ser Colt Brannigan quien hubiera inspirado tal cliché.

Pero olvidándose de sus atributos físicos, era su amabilidad lo que lo hacia único. En lugar de echarla de su propiedad al saber que había estado en la cárcel, como habrían hecho muchas otras personas, la había invitado a cenar y había dejado que durmiera en su casa.

Medio mareada por todo lo que había pasado, Geena salió del baño con un albornoz que había encontrado colgado detrás de la puerta. Limpia y renovada, encendió la luz del dormitorio y se acercó a la cama.

Llevaba todo el día haciendo cosas diferentes a las que había hecho en prisión durante más de un año y el sabor de la libertad era indescriptible. Ya no tenía esa sensación de desastre, de angustia. El miedo a vivir en el purgatorio durante lo que le quedaba de vida había desaparecido. Se habían terminado los olores de la cárcel, las toses, los sollozos, los gritos y peleas

entre otras presas.

Adiós a las celdas grises, a los golpes en los barrotes, a las guardianas gritando cuándo y cómo debías hacer las cosas, cuándo hablar y cuándo callarte.

Adiós a un sitio con mujeres que no querían saber nada las unas de las otras y que vivían solo pensando en salir de la cárcel para estar con un hombre otra vez.

Si conocieran al señor Brannigan…

Mientras se sentaba en la cama paras secarse el pelo con una gruesa toalla, Geena miró por la ventana, que ocupaba casi toda una pared.

Había dejado abiertas las cortinas para ver la luna lanzando sombras sobre el pie de la cama… y era algo tan maravilloso.

La habitación estaba llena de artefactos sioux. Una alfombra de la tribu Lakota cubría el suelo de madera, en la pared había un tapiz con colores rojos y naranjas y, sobre la cómoda, una auténtica bolsa de tabaco adornada con piedrecitas.

Cuando Colt Brannigan la llevó a la habitación, Geena había mirado las fotografías enmarcadas de una mujer bajita. En algunas estaba sola, en otras rodeada de su familia, todos ellos con el traje ceremonial de los sioux. Fuera quien fuera, era una persona respetada en aquel rancho.

Geena miró las vigas en el techo y los antiguos suelos de madera…

Aunque modernizada en parte, la casa parecía haber sido construida al menos ciento cincuenta años antes. Y era un sitio precioso.

Después de secarse el pelo, se hizo una trenza y puso el despertador que había sobre la mesilla a las cuatro de la mañana. Y luego, por fin, pudo tumbarse en la cama.

El señor Brannigan se había portado maravillosamente bien con ella; tanto que no podía dejar de pensar en él como un buen samaritano. Se sentía inmensamente agradecida y en cuanto pudiera lo compensaría por ello.

Por el momento, su prioridad era dormir un poco antes de marcharse al amanecer y pedalear de vuelta a Sundance. Había querido el puesto de ama de llaves en el rancho Floral Valley, pero si eso no era posible buscaría trabajo en cualquier sitio donde le ofrecieran alojamiento. Y si no lo encontraba en Sundance iría a Spearfish, Dakota del Sur.

De una forma o de otra tenía que estar cerca de Rapid City, el sitio donde debía empezar a buscar a Janice Rigby, la mujer que una vez había vivido con su hermano. Antes de morir, Todd le había dicho que Janice

estaba embarazada y ese bebé podría ser su único pariente vivo. Geena añoraba una familia y tener un sobrino o una sobrina…

Claro que para eso tendría que encontrar a Janice, que parecía haberse esfumado.

Pero se preocuparía de eso al día siguiente. Durante lo que quedaba de noche, cerraría los ojos y soñaría con Colt Brannigan.

CAPÍTULO 2

COLT entró en el despacho y Titus, que estaba tumbado sobre la alfombra, levantó la cabeza.

–Voy a hacerte compañía un rato.

Después de cerrar la puerta, se sentó tras el escritorio y encendió el ordenador. Demasiado inquieto para dormir, Colt escribió el nombre de Geena Williams en el buscador. Había estado en la cárcel durante más de un año, de modo que tenía que haber algo sobre ella en algún periódico antiguo.

Un segundo después, aparecieron veinte entradas, todas ellas hablando del brutal asesinato de Rupert Brown en Rapid City, Dakota del Sur, un viudo de ochenta años coleccionista de artefactos indios que había sido apuñalado por Geena Williams, de veintiséis años, inquilina en el sótano de su casa.

Colt saltó de la silla, sintiendo como si él mismo hubiera sido apuñalado. ¿Geena había cometido un asesinato? ¿Aquel asesinato?

No podía creerlo. Nervioso, se agarró al respaldo de la silla para contener su angustia, pero solo la adrenalina lo mantenía de pie.

Recordaba haber visto algo sobre aquel crimen en las noticias. La asesina era una joven guapísima… Geena.

Por eso su rostro le resultaba familiar.

Incrédulo, volvió a dejarse caer sobre la silla para leer todo el artículo. El móvil del asesinato había sido el robo. Había ocurrido poco después de la muerte de su padre, cuando toda la familia estaba de luto, pero la noticia había aparecido no solo en los periódicos sino en televisión, por eso le

sonaba tanto.

Colt dejó escapar un gemido que hizo que Titus se levantase al saber que Rupert Brown había sido apuñalado con una paleta de jardinería que Geena había clavado en el pecho de la víctima varias veces…

Él sabía que todos los seres humanos tenían un lado oscuro, pero pensar que la mujer que dormía en la habitación de Mary había asesinado a un pobre anciano a sangre fría le parecía increíble.

Había una fotografía de Geena durante el juicio… entonces no estaba tan delgada, pero sí pálida y demacrada. Según el artículo, la habían condenado a sesenta años de cárcel, que era lo mismo que una cadena perpetua.

Pero solo había estado trece meses en prisión… ¿cómo había conseguido que la dejasen salir bajo fianza? ¿Habrían cometido algún error durante el juicio? ¿Tal vez no había pruebas suficientes contra ella?

Debía estar loco para haber visto un brillo de pureza en sus ojos, pensó.

Su situación le recordaba al expresidiario que su padre había contratado. «Todo el mundo comete errores, Colt», le había dicho. «Este hombre merece una segunda oportunidad».

Pero la segunda oportunidad se había convertido en una oportunidad para que el sinvergüenza robase a su padre.

El instinto le había dicho que no debía contratar a Geena Williams y, por lo que estaba leyendo, no podía ser más acertado, pero quería una explicación. ¿Cómo era posible que estuviera en la calle treces meses después de ser condenada a sesenta años de cárcel?

Tomando el teléfono, llamó a información de Dakota del Sur para pedir el número de la cárcel de mujeres de Pierre y un minuto después hablaba con un policía.

–Soy Colt Brannigan, del rancho Floral Valley, en Sundance, Wyoming –anunció–. Tengo que hablar con la señora James esta misma noche. Me llamó esta mañana, pero no he podido devolverle la llamada hasta ahora y se trata de algo muy urgente.

–Espere un momento, por favor.

–Gracias.

Colt seguía agitado cuando escuchó una voz femenina al otro lado.

–¿Señor Brannigan?

–Le agradezco que se haya puesto al teléfono, señora James. Sé que es tarde, pero quería hablar sobre una expresidiaria, Geena Williams. Ha venido a mi rancho a buscar trabajo, pero dice que no había hablado con

usted.

–No, no me lo había dicho, pero debió ver su anuncio en el periódico –asintió ella–. Cuando se marchó de aquí esta mañana me dijo que pasaría la noche en un albergue.

–¿Por qué la han liberado cuando estaba cumpliendo una condena por asesinato? –le preguntó Colt, directo al grano.

–¿No se lo ha contado ella?

–¿Contarme qué?

–Ayer por la mañana recibimos una llamada del gobernador de Dakota del Sur diciendo que la señorita Williams había sido injustamente condenada. Han detenido al verdadero asesino…

–¿Qué?

Por segunda vez aquella noche, Colt se levantó de un salto, pero por una razón completamente diferente. Con esa explicación, sentía como si él mismo hubiera sido liberado.

No se había equivocado sobre Geena, pensó. Y después de lo que había sufrido, era lógico que en sus ojos hubiese un brillo de vulnerabilidad.

–La señorita Williams ha sido exonerada por completo. Tiene el certificado.

–¿El certificado? –repitió él.

–Es un documento legal en el que se explica todo, su pasaporte a la libertad podríamos decir.

–¿De modo que pasó un año en la cárcel por algo que no había hecho? –exclamó Colt, indignado.

–Sí, me temo que su caso es muy inusual, muy cruel. Cuando supe que no tenía dónde ir, pensé que podría ayudarla a encontrar trabajo y probé en un par de sitios, pero sin éxito. Luego me enteré de que usted buscaba un ama de llaves, pero al saber que el puesto ya estaba ocupado pensé que no tenía sentido decirle nada. No quería que se llevase otra desilusión.

Colt se sintió avergonzado por haber mentido. Si se hubiera molestado en hablar con ella esa mañana, habría sabido la verdad sobre Geena…

–Se ha tomado muy bien la noticia –admitió.

Se la había tomado mejor de lo que cabía esperar.

–Geena es así. Me alegra saber que ha llegado a salvo a su rancho y espero que pronto encuentre trabajo. Fue una presa modelo en todos los sentidos. La verdad, es terrible que fuese encarcelada.

–Eso es todo lo que necesitaba saber –dijo Colt–. Le agradezco mucho que se haya puesto al teléfono a estas horas. Buenas noches, señora James.

–Buenas noches, señor Brannigan.

Se sentía tan inquieto que sabía que no podría pegar ojo esa noche y, después de dejar una nota en la cocina diciendo que lo llamaran al móvil si había alguna emergencia, salió de la casa por la puerta de atrás, con Titus pegado a sus talones, y subió a su camioneta. Estuvo conduciendo durante horas, dándole vueltas a la cabeza. Casi podía escuchar la voz de su padre…

«Todo el mundo comete errores, Colt. Este hombre merece una segunda oportunidad».

Pero en el caso de Geena, ni siquiera había cometido un error.

A las cuatro y media había tomado una decisión y volvió al rancho. Pero cuando los faros iluminaron el pino ponderosa…

La bicicleta de Geena había desaparecido.

A las seis menos diez, Geena llegó a la gasolinera de Sundance. Afortunadamente, ni el perro ni el señor Brannigan la habían oído salir del rancho y lo único que tenía que hacer era esperar que abrieran la gasolinera para comprar agua mineral y usar el baño.

Había varios neumáticos viejos apoyados contra una pared y, después de sentarse sobre ellos, Geena se cubrió con la manta térmica para planear lo que iba a hacer aquel día.

Su primer destino sería la biblioteca. Allí tenían ordenadores y buscaría anuncios de trabajo en Internet. Y esa noche dormiría en el albergue. El día anterior había pasado por delante de camino a la tienda de bicicletas… de hecho, antes de ir a la biblioteca pasaría por allí para reservar una cama.

A las siete y cuarto, un hombre abrió la gasolinera por fin y Geena le pidió que le abriese el lavabo. Pero cuando salió, su bicicleta había desaparecido. Solo había estado dentro unos minutos…

Frenética porque perder la bicicleta era lo peor que podía pasarle, miró alrededor esperando encontrar al ladrón.

–Relájate, Geena.

Al escuchar esa voz tan familiar, ella se dio la vuelta para mirar a un recién afeitado Colt Brannigan frente a la camioneta azul que había visto aparcada en la puerta del rancho. Sus facciones estaban medio escondidas bajo el ala del sombrero y llevaba una camisa de cuadros verdes que cubría un torso bien definido y unos vaqueros gastados que se ajustaban a sus poderosos muslos.

Sus propios muslos, en realidad todo su cuerpo, tembló al verlo. Nunca

había conocido a un hombre como él y estaba convencida de que no lo haría nunca, por mucho que viviera.

Había sobrevivido a la cárcel controlando sus emociones con mano de hierro y seguiría haciéndolo mientras intentaba rehacer su vida. Pero aquel hombre era inolvidable.

–Temía que alguien robase tu bicicleta, así que la he colocado en la parte trasera de la camioneta.

El corazón de Geena latía desbocado y sabía que no era solo porque se hubiera preocupado de su bicicleta.

–¿Qué hace aquí, señor Brannigan?

–Cuando vi que tu bicicleta no estaba en el rancho pensé que habrías venido al pueblo. Y tenemos que hablar.

–Dejé una nota dándole las gracias y un billete de veinte dólares en la mesa de la cocina.

–La leí y vi el billete, no te preocupes.

–Anoche me trató usted muy bien… no tiene idea de lo que me animó eso.

–Me alegra saberlo –dijo él. Y la miraba de una forma que la hizo tragar saliva.

–La mayoría de la gente no saludaría siquiera a una persona como yo. Anoche, sin embargo, usted me trató como si fuera una persona normal y no lo olvidaré nunca. Es usted uno entre un millón.

–No, no lo soy –dijo él–. Anoche entré en Internet para averiguar algo sobre ti y descubrí que te habían condenado a sesenta años de prisión por un asesinato.

Geena lo miró con toda tranquilidad mientras le ofrecía su mochila.

–En ese caso, me sorprende que dejase a una asesina convicta dormir en su casa. ¿Pensaba que había robado algún artefacto sioux de la habitación, por eso ha venido a buscarme? ¿O es solo una cuestión de morbosa curiosidad? Puede mirar en mi mochila, si quiere.

–Si no confiase en ti, te habría llevado al pueblo y te habría dejado en el albergue –respondió él, tomando la mochila.

–El puesto de ama de llaves no está ocupado, ¿verdad?

–No.

–Ya me lo imaginaba. Pero gracias por ser sincero.

Colt abrió la mochila y sacó un sobre dentro del cual estaba el certificado que ella había leído una y otra vez mientras iba en el autobús desde la cárcel de Pierre, incapaz de creer que de verdad fuera libre.

–¿Por qué no me lo enseñaste anoche?

–Porque me dijo que el puesto estaba ocupado. Además, estaba agotada y no tenía muchas ganas de hablar.

–Ya me di cuenta –murmuró él.

–No entendía por qué estaba siendo tan bueno conmigo. ¿Es por sentido del deber o aún tiene fe en los seres humanos? En fin, sea por lo que sea, su madre debe estar muy orgullosa de usted –dijo Geena–. Pero ahora tengo que irme, debo encontrar un trabajo.

Colt volvió a guardar el sobre en la mochila antes de devolvérsela.

–Si sigues interesada, te ofrezco el puesto de ama de llaves… de manera temporal.

Un gemido escapó de la garganta de Geena. Tal vez estaba alucinando.

–¿Cuándo ha tomado esa decisión?

–Anoche llamé a la directora de la cárcel de Pierre y, antes de que le preguntase nada, ella me contó que habías sido exonerada y que esperaba que encontrases trabajo lo antes posible.

–Entonces…

–Mi madre no estaría tan orgullosa de mí. En su opinión, las cosas a medias no cuentan.

–Para mí sí cuentan, así que no se enfade consigo mismo. Si yo estuviera en su lugar, también habría llamado a la cárcel –Geena se mordió los labios–. Yo sé que soy inocente, ¿pero por qué está dispuesto a arriesgarse conmigo?

–Aparte de que la señora James me ha hablado muy bien de ti, cualquiera que hubiese hecho lo que hiciste tú ayer para conseguir un puesto de trabajo, merece una oportunidad. Estuve a punto de decírtelo antes de que te fueras a dormir, pero tenía la sensación de que había visto tu cara en algún sitio… eso fue lo que hizo que te buscase en Internet.

–Fue un crimen terrible y la víctima era amigo mío –dijo ella–. Soy inocente, pero siempre seré *persona non grata* a ojos de mucha gente. ¿Es por eso por lo que su oferta de trabajo es temporal? ¿Porque sabe que algunas personas se negarán a creer en mi inocencia? No lo pregunto por ingratitud, solo por curiosidad.

Colt apretó los labios.

–Me importa un bledo lo que piensen los demás. El puesto sería temporal para cualquiera, un periodo de prueba si lo prefieres. En este tipo de trabajo hay que descubrir si uno se lleva bien con la persona que ha contratado y viceversa. Además, tú dijiste que buscabas un trabajo

temporal.

–¿Que le parecería que trabajase hasta el final del verano? Para entonces, usted habrá tenido tiempo de encontrar a otra persona.

Él la estudió en silencio durante unos segundos.

–Muy bien, hasta el final del verano entonces. Pero te advierto que después de conocer a mi familia puede que no quieras quedarte tanto tiempo.

El señor Brannigan no era tonto y ser sincera con él era lo mejor; de ese modo, no sería una sorpresa cuando le dijera que debía marcharse. Y para entonces debería tener alguna pista sobre el paradero de la novia de su hermano y de su hijo. Si era suyo…

–¿Cuánto tiempo llevan sin ama de llaves?

–Un mes –respondió Colt–. Teníamos un ama de llaves de toda la vida, Mary White Bird, pero murió recientemente y la echamos mucho de menos.

–Ah, entonces ella es la mujer de las fotografías.

–Sí, esa es Mary –asintió él, con tono afectuoso.

–Tiene razón, no será fácil ocupar su sitio. Y me sorprende que me dejase dormir en su habitación, con todas sus cosas. La bolsa de tabaco es una maravilla.

Los ojos pardos de Colt se empañaron ligeramente.

–Era de su marido. ¿Pero cómo sabes que es una bolsa de tabaco? ¿Sabes algo sobre los Lakota?

–Aprendí de Rupert –respondió Geena–. Muchas gracias por darme esta oportunidad, señor Brannigan. Sé que nunca se olvidará de Mary White Bird, pero le aseguro que mientras trabaje en el rancho haré todo lo posible para que no lamente haberme contratado.

En aquel momento se sentía la mujer más afortunada de la tierra.

–A cambio, yo prometo no ser un jefe insoportable, como me dicen mis hermanos todos los días.

–¿Va a contarles que he estado en la cárcel? –le preguntó ella, con voz entrecortada.

–Has sido exonerada de un crimen que no cometiste, pero depende de ti contarlo o no. En mi opinión, es algo que nadie tiene por qué saber.

Geena respiró profundamente. Sí, aquel hombre era como un ancla en medio de una tormenta.

–Es usted una buena persona, señor Brannigan. No sabe cuánto se lo agradezco.

Él pareció relajarse.

–Voy a poner gasolina y luego iremos a desayunar a Tilly's y hablaremos de tu trabajo. No sé tú, pero yo pienso mejor con el estómago lleno.

Geena subió a la camioneta y colocó la mochila sobre sus rodillas. Aún no podía creer que hubiera ido a buscarla para ofrecerle el puesto de ama de llaves. Definitivamente, alguien ahí arriba estaba cuidando de ella.

En unos minutos, atravesaban aquel pueblo de mil doscientos habitantes. Tal vez estaba soñando, pensó Geena, mirando de reojo al fabuloso hombre que acababa de ofrecerle un puesto de trabajo y un techo bajo el que cobijarse en un rancho a cien kilómetros de Rapid City. Ahí era donde debía empezar su investigación para recuperar su pasado y, si era posible, su buen nombre.

Pero el sueño seguía cuando entraron en el restaurante. Geena no había tomado gofres con mermelada de frambuesa y nata en más de un año y pensó que jamás había disfrutado tanto de un desayuno.

–No puede imaginar lo rico que sabe esto.

–Sí, creo que lo puedo imaginar –murmuró Colt, que había estado observándola discretamente–. ¿Puedo hacerte un par de preguntas?

Geena se arrellanó en la silla.

–Pregúnteme lo que quiera, señor Brannigan.

–Llámame Colt, por favor. ¿De dónde eres?

–Nací en Rapid City. Mis padres murieron jóvenes, así que mi hermano Todd y yo nos criamos con mi abuela, que vivía de una pensión muy humilde en una habitación alquilada. Cuando ella murió, me fui a la Universidad de Laramie y Todd se quedó en Rapid City, trabajando como obrero de la construcción.

–¿De dónde sacaste el dinero para la universidad?

–Trabajaba como camarera y, además, pedí un préstamo universitario del que sigo debiendo veintidós mil dólares. Cuando terminé la carrera, empecé a trabajar en una empresa que se llama FossilMania.

–Ah, he oído hablar de ella. ¿Qué hacías allí?

–Buscar fósiles de dinosaurio –respondió Geena–. Íbamos en grupo con el propietario de la empresa y nos dedicábamos a excavar.

–Ah, qué interesante.

–Sí, pero me temo que eso no se parece mucho al trabajo de ama de llaves.

–No te preocupes –dijo Colt–. ¿Sabes montar a caballo?

–No.

–No importa, yo te enseñaré. Alguna vez hay alguna emergencia y serías más útil si supieras montar.

Geena se preguntó qué clase de emergencia exigiría saber montar a caballo, pero decidió no preguntar.

–En fin, el caso es que Rupert Brown me alquiló el sótano de su casa…

Geena sacudió la cabeza, recordando.

Para entonces, la novia de Todd vivía con él en la habitación de su abuela, de modo que no había sitio para ella. Además, Janice la detestaba. Y era tan furtiva, tan rara, que Geena supo que estaba escondiendo algo.

Su hermano no tenía suerte con las mujeres y ella temía que Janice fuese otro error, pero nunca le dijo nada porque lo quería demasiado y no deseaba hacerle daño.

–Rupert y yo compartíamos el interés por las culturas nativas y durante el año que viví en su casa nos hicimos buenos amigos –Geena se aclaró la garganta–. Un día, cuando volví a casa del trabajo, la policía estaba allí y me detuvieron. Rupert había sido asesinado esa mañana y mis huellas estaban en la paleta de jardinería porque solía usarla en las excavaciones…

–Entonces, el asesino trató de inculparte a ti.

Geena asintió con la cabeza.

–Había robado objetos que eran tesoros para Rupert, pero dejó en mi apartamento libros irreemplazables, todos con mis huellas porque solía mirarlos con él.

–El asesino debía conocer tu relación con la víctima.

–Desde luego. Por allí pasaban muchos tratantes de antigüedades para mirar sus cosas, esperando que Rupert se las vendiera, pero sus precios eran muy altos. Yo creo que lo hacía a propósito para no desprenderse de nada, pero eso enfureció al asesino.

–Y si tú estabas en una de tus excavaciones, tuvo mucho tiempo para dejar pruebas contra ti.

Ella asintió de nuevo.

–Me horroriza pensarlo, pero así fue. No tenía dinero para contratar a un buen abogado, así que me asignaron uno de oficio. Le conté todo lo que sabía sobre la gente que solía ir a casa de Rupert, incluso le di algunos nombres, pero no pudo encontrar ninguna pista y el jurado me declaró culpable.

–No sé cómo has podido soportarlo –dijo Colt.

–Yo creo que la mitad del tiempo estaba conmocionada y cuando no era

así, quería morirme. Pensar que iba a pasar el resto de mi vida en la cárcel por un crimen que no había cometido…

–Te entiendo. Debió ser terrible.

–Mi hermano prometió buscar un buen abogado que demostrase mi inocencia, pero un mes después de que me llevaran a la cárcel recibí el mensaje de que había muerto –los ojos de Geena se llenaron de lágrimas.

–¿Y era tu único pariente?

–Mi abuela murió, de modo que solo me quedaba Todd. Recibí la noticia en la cárcel, a través de uno de los ejecutivos de la empresa para la que trabajaba. Me dijo que había ocurrido un accidente mientras removían tierras y que Todd y sus compañeros habían muerto asfixiados. Eso fue más devastador para mí que saber que iba a pasar el resto de mi vida en la cárcel.

Geena nunca supo qué había sido de Janice. Era como si se la hubiese tragado la tierra. Ni siquiera se había puesto en contacto con ella para contarle que Todd había muerto.

Pero lo peor era que la última vez que habló con Todd, su hermano le dijo que Janice estaba embarazada. El único pariente que le quedaba en el mundo sería su hijo… ¿pero y si no era de Todd?

Mientras ella estaba perdida en sus pensamientos, Colt la miraba con una expresión que no podía descifrar.

–¿Cómo se llamaba el hombre que fue a verte?

–Phelps. Y fue lo bastante considerado como para averiguar dónde estaba enterrada mi familia y hacer que Todd fuese enterrado con ellos –respondió Geena, con voz temblorosa–. Incluso se hizo cargo de todos los gastos.

Una de las primeras cosas que quería hacer era ir al cementerio para visitar la tumba de su hermano. Después, iría a ver al señor Phelps para darle las gracias personalmente.

–Es un bonito detalle.

–En fin, no quiero seguir pensando en ello –dijo Geena, dejando la servilleta sobre la mesa–. Ha ocurrido un milagro. Ayer, la señora James me puso al teléfono con el teniente de policía que había investigado el asesinato de Rupert y él me contó que habían encontrado al verdadero asesino gracias a una prueba de ADN. Casi me muero entonces, pero de alegría.

También había hablado con el abogado de oficio que la había representado en el juicio y, según él, el Estado la compensaría por el

tiempo que había estado encarcelada y la suma sería suficiente para rehacer su vida.

Geena miró a Colt y el brillo de compasión que vio en sus ojos era una imagen que no olvidaría nunca.

–Ha debido ser una pesadilla –dijo él–. Nada podría compensar el año que has pasado en la cárcel.

–Es cierto, pero todo ha terminado –asintió Geena–. Soy libre y tú me has ofrecido el trabajo que quería.

Y la alegraba infinitamente saber que con el dinero que recibiría del Estado podría compensarlo por salvarle la vida.

–Eso me lo dirás más adelante –murmuró él.

–Hace un minuto has dicho que mi trabajo en el rancho sería temporal, para ver si nos llevábamos bien, pero yo sé que va a ser así. Fuiste amable conmigo incluso sabiendo que acababa de salir de la cárcel… y hay un mundo de diferencia entre ser exonerado de un delito y salir de la cárcel porque has cumplido tu condena.

–Desde luego –murmuró Colt.

Y Geena pensó que estaba extrañamente pálido.

–¿Te encuentras bien? Parece como si hubieras visto uno fantasma.

–Que no te dejaran ir al entierro de tu hermano… no deberías haber pasado ni un minuto en la cárcel –susurró Colt, con tono fiero.

–Pero ahora soy libre y estoy disfrutando de un delicioso desayuno gracias a ti.

Geena estaba a punto de pellizcarse a sí misma. Tenía un trabajo y un techo sobre su cabeza y, en su tiempo libre, intentaría encontrar a Janice. Solo con ver al bebé sabría si era hijo de Todd, estaba segura. Y si era así, esperaba que Janice le permitiera visitarlo y mantener algún tipo de contacto con su único pariente vivo.

Pero Colt seguía muy serio y Geena intuyó que se sentía culpable por haberle mentido sobre el puesto de trabajo. Pero ella no quería que se sintiera culpable en absoluto.

–Deja de darle vueltas. Cuando aparecí en tu pesebre no me dijiste que no había sitio para mí. Eso te habrá hecho ganar muchos puntos en la otra vida. Y te aseguro que conmigo los has ganado –dijo Geena, con voz extrañamente ronca.

CAPÍTULO 3

–ES GRATIFICANTE saber eso –dijo Colt–. Iremos al banco para abrir una cuenta a tu nombre… y eso me recuerda que aún no hemos hablado de tu salario. ¿Cuánto dinero ganabas en FossilMania?

–Mil quinientos dólares al mes.

–¿Y tenías ahorros?

–Tenía algo de dinero, no mucho –respondió Geena–. Le dije a Todd que sacase todo lo que había en el banco y se lo diera al abogado que pensaba contratar, pero murió antes de poder hacerlo.

Janice se había llevado ese dinero, por supuesto.

Colt apretó los labios mientras dejaba unos billetes sobre la mesa.

–¿Qué te parecen dos mil quinientos dólares al mes para empezar? Eso incluye habitación y comida, por supuesto.

Dos días libres a la semana, una camioneta para ti y seguro médico.

Geena tragó saliva.

–Te puedes imaginar lo que me parece –respondió. Con ese dinero podría seguir pagando el préstamo universitario y el resto lo guardaría para hacer averiguaciones sobre el paradero de Janice–. De hecho, dudo mucho que le ofrecieras tanto a otra persona.

–Ser el ama de llaves del rancho Floral Valley no es fácil, te lo aseguro. Mary ganaba más que eso y, si te gusta el trabajo, podría darte un aumento.

Geena estaba segura de que le gustaría, pero solo iba a estar allí tres meses, ese era el trato.

–Muy bien.

Salieron de Tilly's para ir al banco, a la vuelta de la esquina, y después

de abrir una cuenta a su nombre, el empleado le dio un sobre con quinientos dólares.

–Pero esto…

Colt la tomó del brazo para llevarla a la puerta.

–Es un anticipo porque necesitas comprarte algo de ropa. Bradford's, en la esquina, tiene cosas bonitas.

–Muy bien –murmuró Geena, sorprendida.

–Nos veremos en la puerta… en dos horas, si te parece.

–No necesito dos horas. Y eres muy generoso.

–Cuando hayas estado un mes con nosotros pedirás un aumento –bromeó Colt.

A algunas personas les costaba aceptar un cumplido y él parecía entrar en esa categoría.

–¿Y qué tipo de ropa debo llevar para trabajar en el rancho?

Él la miró de arriba abajo.

–Un uniforme no, desde luego.

–No sabes cuánto te lo agradezco.

Cuando Colt Brannigan sonrió, el corazón de Geena dio un vuelco.

–Compra algo cómodo.

Debía tener un aspecto patético con la ropa de segunda mano que le habían dado en la cárcel, pensó. Dos días antes había sido maravilloso cambiar el uniforme por aquel jersey y aquel pantalón, pero saber que podía entrar en una tienda y comprar ropa nueva era tan emocionante que estaba a punto de marearse.

–Nunca he comprado un vestuario nuevo de golpe, así que puede que lamentes haberme dado ese anticipo.

Colt se echó hacia atrás el sombrero.

–Francamente, señorita, espero que así sea.

Geena supo entonces que tenía un aspecto horrible y no se sintió tan culpable mientras iba de compras. Empezó por la ropa interior y luego adquirió un par de blusas y dos faldas. Y después, por capricho, se probó unos vaqueros de diseño y una camisa blanca ajustada con botones de perla.

El dependiente le llevó unas botas vaqueras y un sombrero a juego y Geena se colocó frente al espejo. Aunque debía engordar diez kilos por lo menos, el brillo en los ojos del dependiente le dijo que estaba guapa y eso la hizo sentir un poco mejor sobre sí misma, de modo que se pondría aquel conjunto para volver al rancho.

El día anterior había descubierto que el propietario del rancho Floral Valley era muy estimado en esa parte de Wyoming y si iba a trabajar para él debía dar una buena imagen.

Antes de salir del probador tiró su vieja ropa a una papelera. Había sido usada por tantas mujeres que no se sentía culpable por hacerlo. Y, sin duda, a su nuevo jefe le alegraría que se hubiese librado de ella.

El joven dependiente llevó sus bolsas a la puerta de la tienda. Había comprado muchas cosas, pero sabía que no era algo habitual. Hacía mucho tiempo que no charlaba con un hombre y las atenciones del dependiente le parecieron un bonito cumplido.

–Gracias por tu ayuda, Steve. Me gusta mucho mi nuevo vestuario.

–Si vas a estar por aquí más tarde, podríamos cenar juntos. ¿Qué te parece?

–No, me temo que no –escucharon una voz tras ellos–. Dentro de un par de horas estará trabajando.

Geena se dio la vuelta para mirar a Colt, que estaba delante de la camioneta, y el brillo de sus ojos la hizo sentir un escalofrío.

¿La transformación sería demasiado?

–Steve, te presento a mi jefe, Colt Brannigan.

–Encantado de conocerlo, señor Brannigan.

–Lo mismo digo –dijo Colt, aunque no era verdad.

Geena sonrió.

–La próxima vez que venga al pueblo, pasaré por aquí.

–Y yo estaré esperando –dijo Steve.

–Deja que te ayude –Colt le quitó las bolsas para meterlas en la camioneta.

–¿No te gusta la ropa que he comprado?

–Claro que sí.

–Dijiste que tendría que aprender a montar a caballo y quería tener algo apropiado.

–Lo que compres es asunto tuyo.

–Pero te pasa algo, lo sé –insistió Geena.

–Podría ser –fue la críptica respuesta de Colt–. Pero no es culpa tuya –dijo luego, como si le costase admitirlo.

–¿Quieres decir porque soy una mujer? –preguntó ella mientras subía a la camioneta–. Steve ha sido muy amable conmigo.

–Ya me he dado cuenta.

–Mira, Colt, sé que hay muchos peones en tu rancho, pero te prometo

que mientras trabaje para ti seré totalmente profesional. Si hay algún problema con alguno de los peones, te llamaré inmediatamente.

–No puedo pedir nada más –Colt arrancó la camioneta–. Antes de irnos, vamos a pasar por el supermercado, así te presentaré a Bart, el gerente. Él sabe lo que solemos comprar.

–¿Tendré que cocinar para los peones?

–No, no, de eso se encargan dos cocineros que van a la casa a recoger la compra una vez a la semana.

Geena asintió con la cabeza.

–¿Quién vive en el rancho, además de tu hermano y tú?

–Nuestra madre y la persona que cuida de ella, Ina. Luego está mi hermano Travis y su mujer, Lindsey. Viven en otra casa dentro del rancho, pero comen con nosotros. Lindsey está a punto de dar a luz y cuando nazca el bebé probablemente se alojarán con nosotros durante unas semanas. Mary estaba deseando cuidar del bebé…

Era evidente que cuando Mary murió habían perdido algo más que un ama de llaves. Y, aunque ella no podría reemplazarla, haría todo lo posible para no decepcionarlos.

–¿Hank sale con la chica a la que conocí anoche?

–No, son amigos desde el instituto, pero no salen juntos.

–¿Solo son amigos? Yo no creo que un hombre y una mujer puedan ser amigos.

–¿Ah, no?

–No, la verdad es que no. Además, vi cómo la miraba tu hermano. Pero gracias por la información, así no meteré la pata –dijo Geena–. Bueno, cuéntame cuál es el horario normal del rancho.

–Trabajarás de lunes a viernes, con los fines de semana libres. El desayuno es a las siete, la cena a las ocho y el almuerzo para mi madre y para Ina alrededor de la una. Nosotros comemos con los peones. Los padres de Lindsey vendrán al rancho dentro de unos días y solemos tener invitados, ganaderos de la zona.

–Ya veo.

–A media mañana, Mary solía venir a recoger el correo y lo dejaba en mi despacho. Antes de irnos te llevaré allí para que sepas dónde está.

–Muy bien –asintió ella–. Háblame de tu madre.

Colt hizo una mueca.

–Sufre Alzheimer y me temo que no va a mejorar.

–¿Cuántos años tiene?

–Sesenta.

–¿Tan joven? Lo siento mucho, Colt. La mejor amiga de mi abuela sufrió Alzheimer al final de su vida… ¿Ina es buena con ella?

–Sí, pero necesita ayuda porque hay que atender a mi madre las veinticuatro horas del día. Últimamente está inquieta y se levanta de la cama sin avisar a nadie… así que necesitamos una persona que ayude a Ina. Luego pasaremos por el centro médico para ver si ya han encontrado a alguien.

Geena estuvo a punto de decir que a ella no le importaría ayudar, pero como aún no sabía cuáles serían las tareas del rancho, pensó que lo mejor sería no decir nada.

Como cabeza de familia, Colt Brannigan tenía muchas responsabilidades y un gran peso sobre los hombros, pero parecía llevarlo con toda tranquilidad.

Bart resultó ser un hombre muy simpático con ella y tan respetuoso con Colt como lo habían sido los hombres de la tienda de piensos. Y le aseguró que él mismo la ayudaría a cargar la camioneta cuando fuese a hacer la compra.

Después de trabajar en la cocina de la cárcel para trescientas cincuenta presas, alimentar a seis personas dos veces al día sería una tarea agradable. Su mayor preocupación sería hacer menús alimenticios y nutritivos para los hombres que estaban todo el día trabajando bajo el sol.

Colt se volvió hacia ella cuando subieron a la camioneta.

–Es tu segunda conquista del día. Menos mal que Bart es un hombre felizmente casado y con cuatro hijos.

¿Y por qué tú no estás casado, Colt?, estuvo a punto de preguntar Geena. Pero esperaría a que él se lo contase. Si quería contárselo.

–Después de estar encerrada durante más de un año con un montón de mujeres, no tienes idea de lo agradable que es ser admirada por un hombre. Ahora mismo, me siento tan agradecida por ser libre y por mi nuevo trabajo que no sé cómo decírtelo.

Él sostuvo su mirada durante unos segundos.

–Yo también estoy contento de volver a casa con un ama de llaves. He tenido que subsistir durante un mes comiendo las cosas que cocina Hank y te aseguro que no ha sido fácil.

Geena rio mientras iban al centro médico de Sundance. No recordaba la última vez que había reído así. Entre la cárcel y la muerte de Todd, había pensado que nunca más volvería a hacerlo. Pero se daba cuenta de que

tenía una segunda oportunidad para encontrar la felicidad. Y todo gracias a un ganadero alto, moreno y fuerte.

Desolado al saber que Geena había tenido que pasar trece meses en prisión por un crimen que no había cometido, Colt apenas podía concentrarse en las palabras de la supervisora del centro médico. Pensar que había vivido trece meses entre rejas por un crimen del que era inocente…

La mujer le aseguró que en dos semanas tendrían una persona para ayudar a Ina y Colt volvió a la camioneta, cuyo interior nunca había olido mejor.

La noche anterior había notado un brillo de interés en los ojos de su hermano al ver a Geena en la cocina… y eso fue antes de que se pusiera aquellos vaqueros y aquella camisa. Con ese atuendo podría destronar a todas las reinas del rodeo y no tenía la menor duda de que Hank haría lo imposible por conquistarla. Pero su hermano ya tenía suficientes problemas.

Además, que Geena hubiera leído sus pensamientos después de presentarle al dependiente de la tienda le decía que entendía algunas de sus preocupaciones. Pero, aunque parecía una mujer acostumbrada a la atención masculina, le había asegurado que sería escrupulosamente profesional mientras estuviera trabajando en el rancho. Claro que esa promesa no evitaría que los peones intentasen conquistarla.

Pero daba igual, Geena se marcharía en otoño de todas formas. Además, lo que hiciera Geena Williams en su tiempo libre era cosa suya y él no tenía el menor derecho a opinar.

–¿Después de ir a la oficina de correos tienes que ir a alguna otra tienda?

Ella esbozó una sonrisa.

–¿No te has dado cuenta de la cantidad de bolsas que llevamos en la camioneta?

Colt soltó una carcajada.

–Entonces podemos parar a comer algo.

–Yo no tengo hambre. ¿Qué tal si compramos algo para ti antes de volver al rancho?

Estaba claro que aquella mujer podía leer sus pensamientos.

–Muy bien.

–¿Sabes que en la cárcel soñaba con tomar limonada recién hecha? Limonada con un montón de cerezas en el fondo del vaso. Absurdo, ¿eh?

–No me parece absurdo en absoluto.

Para Colt, la limonada representaba los veranos de su infancia. Pero desde la muerte de su padre, la de Mary y la enfermedad de su madre, había olvidado todo eso. Geena Williams y él parecían tener mucho en común…

Lo que ella no sabía era que también estaba de acuerdo en lo difícil que era para un hombre y una mujer mantener una relación de amistad. Tenía que haber amistad además de pasión en un matrimonio, pero fuera del matrimonio… como ella, no creía que fuera posible.

El mejor ejemplo era su hermano. Hank utilizaba a Mandy, cuyos sentimientos por él eran algo más que platónicos. Afortunadamente, Mandy sabía disimular, pero tarde o temprano se daría cuenta de que Hank estaba interesado en otra mujer y que seguir con él sería perder el tiempo.

Después de recoger el correo, Colt paró en un restaurante mexicano para comprar un burrito de pollo y dos limonadas frescas con cerezas que Geena le agradeció sonriendo de oreja a oreja. Una sonrisa que le hizo algo por dentro…

–Voy a llevarte a un sitio desde el que podrás ver todo el rancho.

–¿Es muy grande?

–Diecisiete mil acres.

–Mientras venía hacia aquí pensé que me gustaría subir a la montaña que da sombra al valle. ¿Cómo se llama?

–Inyan Kara. Algunos historiadores la llaman «Montaña hueca» y otros «Montaña de piedra», pero Mary decía que Inyan Kara significaba «Montaña sobre montaña».

–Parece que aprendiste mucho de ella.

–Desde luego que sí –asintió Colt.

–El rancho es vuestro desde hace muchos años, ¿verdad?

–El primer Brannigan compró la propiedad en 1872 y construyó la casa original. Hemos sobrevivido a casi todo, a los sioux, a la caballería, los pioneros, los vaqueros, los fuera de la ley…

Geena sonrió, una sonrisa contagiosa.

–Como Sundance Kid. Él y yo tenemos algo en común, salvo que él estuvo en la cárcel dieciocho meses antes de marcharse del país. Cinco meses más que una servidora.

Colt se alegraba de que se tomara la experiencia con tan buen humor porque era algo que habría destruido a otra persona.

–Un antepasado de mi madre vino de Escocia, pero no levantó un imperio como tu familia –siguió Geena.

–La mayoría de mis antepasados eran ingleses, irlandeses y escoceses.

–En mi familia también hay sangre inglesa. ¿Por qué se llama Floral Valley?

–El general George Armstrong Custer pasó por aquí una mañana y, al ver las preciosas flores en la pradera, lo llamó Floral Valley.

–Es precioso. De hecho, la belleza de este lugar me deja sin aliento.

Colt sentía lo mismo desde esa mañana, cuando la vio en la gasolinera. Sin decir nada, siguió conduciendo hasta un promontorio desde el que se veían todos los edificios que conformaban el rancho.

–¿Qué te parece?

–Fabuloso.

–Tenemos mil quinientas cabezas de ganado y traemos otros animales de los ganaderos que alquilan nuestros pastos.

–¿Cuántos pastos hay en el rancho?

–Dieciocho. Dieciséis de ellos tienen arroyos y manantiales naturales, en los otros dos hemos hecho pozos y embalses.

–Tenías razón, es un sitio enorme.

–Afortunadamente, resulta manejable. Aunque ahora mismo andamos un poco cortos de hombres. Travis tiene que quedarse con su mujer a menudo ahora que está a punto de dar a luz y Hank tiene una pierna rota, así que Mac y los peones tienen que hacer turnos dobles muchas veces.

–Y tú seguramente haces turnos triples, ¿verdad? –bromeó Geena, aunque estaba en lo cierto–. Dime qué hay más allá, lo que no se ve desde aquí.

–Seiscientos acres de trigo, alfalfa y heno que usamos durante todo el año. También recibimos dinero por el alquiler de algunos pastos y tierras de cultivo y las tarifas por las cacerías.

–¿Qué caza la gente por aquí?

–Ciervos, antílopes y guanajos, que son pavos salvajes.

Geena suspiró.

–Gracias por enseñarme el rancho desde aquí. No podía imaginar lo grande que era, pero ahora me hago una idea. Si no, sería como el proverbial ciervo cegado por los faros de un coche. Esto es un paraíso, Colt.

No para todo el mundo. Su exmujer era de San Francisco y jamás le gustó vivir en el campo. Y como Geena se marcharía en otoño, no importaba demasiado si se acostumbraba o no a la vida en un rancho.

–Dentro de un par de días te llevaré a la pradera, para que veas las

flores que describió el general Custer.

«Eso sí sería el paraíso».

–Muchas gracias –murmuró Geena.

Y Colt se dio cuenta de que estaba hablando demasiado. Geena Williams era su nueva ama de llaves, punto. Solo iba a estar allí unos meses y él estaba planeando llevarla a la pradera…

Sin embargo, contratarla había resuelto sus problemas. Ella necesitaba un trabajo y él un ama de llaves. Pero Geena tenía otros planes y no podía esperar que una mujer como ella quisiera quedarse allí mucho tiempo. Seguramente querría retomar su carrera y, además, habría montones de hombres, solteros, divorciados y viudos que se morirían por salir con una mujer tan atractiva. Él mismo había visto la prueba esa mañana.

Había dejado atrás su terrible experiencia en la cárcel y esperaba rehacer su vida en cuanto empezasen a caer los primeros copos de nieve, pero por el momento su familia necesitaba los servicios de Geena Williams y ella necesitaba dinero y un sitio en el que vivir.

Y, sin embargo, la idea de que se marchase no le gustaba nada. Lo cual era ridículo.

Colt arrancó de nuevo y tomó un atajo entre los pinos para llegar a la casa. Alice, una de las personas que se encargaban de la limpieza, había aparcado su camioneta verde al lado de la negra de Hank y sería tan buen momento como cualquiera para presentarle a Geena.

Alice estaba limpiando la habitación en la que había dormido, pero dejó de hacerlo al verlos entrar.

–Hola, Colt.

–Hola, Alice. Quiero presentarte a la sustituta de Mary, Geena Williams. Geena, te presento a Alice White Eagle. Era prima de Mary.

La mujer, de unos cuarenta años y madre de tres hijos, no medía más de metro y medio. Desde que la conoció, siempre había sido una persona muy reservada, pero no pudo disimular su sorpresa al ver a una chica tan joven y tan guapa.

–Hola, Geena.

Su nueva ama de llaves se quitó el sombrero y lo dejó sobre el sillón de piel.

–Hola, Alice. Me alegro de conocerte –le dijo, estrechando su mano–. Usé el baño esta mañana, pero lo limpié antes de irme. ¿Has cambiado las sábanas?

–No, aún no.

–Mejor porque ya las había cambiado yo antes de irme. Así te he ahorrado el trabajo.

Colt no sabía que hubiera hecho eso antes de marcharse. Aquella chica seguía sorprendiéndolo continuamente.

Geena señaló las fotografías sobre la cómoda.

–Esas fotos de tu prima son preciosas. Debes echarla de menos.

–Sí, mucho.

–Alice es una de las tres mujeres que mantienen la casa como los chorros del oro, no podríamos vivir sin ellas –intervino Colt–. Trabajan haciendo turnos. Conocerás a Elaine mañana y a Trish el viernes. Suelen venir a las ocho y media y trabajan hasta mediodía. El marido de Alice, Ben White Eagle, es la persona que se encarga del ganado.

Geena asintió con la cabeza.

–Debe ser un trabajo muy duro, pero si te gustan los animales será un placer.

–Él es un hombre de la tierra, como Colt.

–¿A quién no le gustaría este sitio tan bonito? ¿Tenéis hijos?

–Sí, tres.

–¿De qué edades?

–Ocho, once y trece.

–Qué bien. Me gustaría conocerlos.

–Ahora están en el colegio, pero en verano los traigo algunas veces.

–Tal vez podría invitarlos a tomar leche con galletas caseras. Mi abuela solía darme eso de merienda.

Alice sonrió, como era de esperar. Colt sabía que incluir a sus hijos era una manera de ganarse la amistad de Alice. Geena sabía tratar a la gente, eso estaba claro.

–La familia de Alice vive en una casa en las colinas, así que verás a los niños jugando por allí –le explicó–. Elaine y Trish están casadas y viven en Sundance con sus familias.

Geena asintió con la cabeza.

–¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí, Alice?

–Diez años.

–Entonces, será a ti a quien pregunte cuando tenga alguna duda y Colt no esté por aquí.

–Alice lo sabe todo.

–Ya me lo imagino.

La mujer volvió a sonreír.

¿Geena habría sido siempre tan agradable o había aprendido a lidiar con otras mujeres en la cárcel de Pierre, convirtiéndolo casi en una forma de arte?

–Imagino que querrás refrescarte un poco –dijo Colt cuando Alice salió de la habitación.

–Sí, gracias.

–Luego te presentaré a mi madre. ¿Estarás lista en diez minutos?

–En cinco minutos.

–Entonces, nos vemos en cinco minutos.

CAPÍTULO 4

GEENA cerró la puerta de su habitación con una sonrisa en los labios. Ella siempre había tenido gran interés en la cultura nativa estadounidense y le gustaba que Alice fuera de la tribu Lakota. Sin duda, sería difícil para Alice que otra persona se hiciera cargo de las tareas de su prima Mary, que las había hecho durante décadas, pero esperaba que con el tiempo pudieran hacerse amigas.

Luego, mientras entraba en el baño para arreglarse un poco, pensó en Colt. La señora Brannigan podría no reconocer a nadie, pero según él no aprobaba las cosas a medias. Y tampoco Colt, estaba claro.

Como Aquiles, el más apuesto de los héroes de la guerra de Troya, Colt Brannigan parecía ser invulnerable, pero Geena intuía que su talón de Aquiles era una mujer. Que no hubiera mencionado a ninguna significaba que seguía luchando contra esa debilidad y su comportamiento casi parecía decir: *No Pasar*.

Y ella lo había entendido de inmediato. Aunque no era asunto suyo, se recordó a sí misma. Estaba allí para llevar la casa y quería ponerse presentable para conocer a su madre, nada más. Pero terminó antes de lo esperado y salió al pasillo para esperar a Colt.

En las paredes había muchas fotografías de los Brannigan, algunas muy antiguas en blanco y negro. Niños, chicos y chicas, adolescentes y adultos, padres, abuelos y hasta bisabuelos. Algunos montando a caballo, en rodeos, de excursión, esquiando, pescando.

Las fotografías de un joven y guapísimo Colt montando a caballo llamaron su atención.

Un joven Aquiles desde luego.

Sin darse cuenta, Geena empezó a buscar todas las fotografías de él, desde la infancia hasta aquel momento. Mientras lo hacía, escuchó pasos y giró la cabeza, pero no era Colt sino su hermano Hank.

–Vaya, hola otra vez.

–Hola, Hank.

Él se acercó, cojeando con su pierna escayolada. Su pelo, un poco demasiado largo, era más castaño que negro. En vaqueros y con una camisa azul, era otro atractivo miembro del clan Brannigan. Lo había pensado por la noche, cuando lo conoció. Sus rasgos eran más suaves y probablemente medía tres o cuatro centímetros menos que su hermano, que debía medir casi un metro noventa.

–No sabía que siguieras por aquí –en esa frase estaban todas las preguntas que había visto en sus ojos por la noche–. Es la mejor noticia que me han dado desde que el médico dijo que solo me había roto la pierna por un sitio.

–Considerando que en estas fotografías estás montando un toro enorme, supongo que sí es una buena noticia.

Hank soltó una carcajada.

–No me digas que has venido para ayudar a Ina. Nunca había visto una enfermera que pareciese la reina del rodeo.

¿La reina del rodeo? Geena sonrió. La noche anterior debía parecer una indigente.

No sabía lo que Colt quería que dijese, pero supuso que lo mejor sería decir la verdad.

–Soy la nueva ama de llaves.

–¡Lo dirás de broma! ¿Cómo has entrado en casa?

–He venido con tu hermano.

Hank levantó una ceja.

–¿Y no has salido corriendo?

Hank no sabía que Colt se sentía culpable por haberle mentido el día anterior, por eso le había ofrecido el puesto. Y ella no pensaba decírselo.

–Ha decidido darme un periodo de prueba.

–Ah, ya.

–Estoy contenta y espero que tu familia también lo esté.

Gracias a él tenía ropa, sandalias, un bolso y un monedero, cosas que una vez había dado por sentado. Pero su paso por la cárcel había cambiado su forma de ver la vida y sus prioridades.

–¿De dónde eres?

–De Rapid City.

–Eso está en Dakota, ¿no?

–Así es.

–Como eres nueva en Wyoming, el sábado por la noche te llevaré a Sundance a bailar. ¿Qué te parece?

–Suena divertido –respondió Geena–. Pero tengo ciertas reglas y una de ellas es no confraternizar con los jefes. Tú no puedes bailar hasta que te quiten la escayola.

Hank se puso serio.

–¿Colt te ha pedido que no confraternices con nosotros?

–No, ha sido idea mía. Prefiero establecer mis propias reglas.

Era cierto. Había aprendido a protegerse a sí misma para poder sobrevivir.

Hank la estudió, en silencio, evidentemente molesto.

–¿Qué hacías en el pasillo?

–Esperando a tu hermano. Va a presentarme a tu madre.

–Puede que tarde un rato. Estaba hablando por teléfono con Sheila, haciendo planes para el fin de semana. Ven conmigo, Ina seguramente habrá salido a la terraza con mi madre.

¿Colt estaba haciendo planes con una mujer? ¿Se había equivocado sobre él? Qué tonto que su corazón se encogiese al pensar que la tal Sheila podría ser una persona importante para él.

«No es asunto tuyo».

No podía serlo.

Geena siguió a Hank hasta el dormitorio principal, que en realidad era casi un apartamento, con un cuarto de baño, un saloncito con chimenea y una enorme terraza que daba al jardín. La madre de Colt, que llevaba unos vaqueros y una blusa, estaba sentada en un balancín, con las manos sobre las rodillas, como a punto de levantarse. Se parecía a Hank en el color de piel, pero sus rasgos eran más parecidos a los de Colt.

–Hola, mamá –Hank se inclinó para darle un beso en la mejilla–. Ha venido alguien a conocerte, Geena Williams, nuestra nueva ama de llaves. Geena, te presento a mi madre, Laura Brannigan.

La mujer clavó sus ojos castaños en ella, pero Geena se dio cuenta de que no entendía nada.

–Ella es Ina Maynes, la persona que cuida de mi madre.

–Encantada.

–Lo mismo digo.

Ina era una mujer rubia y grande de unos cincuenta años, que estaba sentada al lado del balancín, frente a una mesa llena de revistas.

–¿Qué tal está desde la comida? –le preguntó Hank.

–Más o menos igual. Inquieta. Ha estado paseando por la casa…

–La pastilla que le recetó el médico debería tranquilizarla un poco.

Geena miró a Hank.

–¿Que pastilla es esa?

–Es una nueva medicación para la ansiedad.

–Ah, aquí estáis –Colt había salido a la terraza y Geena deseó que su corazón no se acelerase al escuchar su voz–. Veo que ya conoces a mi madre y a Ina.

–Hank me encontró en el pasillo mirando fotografías… acaba de presentarnos.

–Me alegro –Colt se volvió hacia Ina–. ¿Por qué no descansas un poco? Geena y yo iremos a dar un paseo con ella.

–Gracias –dijo la mujer–. Tengo que escribir un par de cartas, así que me vendrá bien.

Colt tomó la mano de su madre para ayudarla a levantarse del balancín y no la soltó hasta que llegaron al césped. Geena caminaba a su lado, disfrutando del hermoso jardín que rodeaba la casa.

–Vamos hacia el arroyo. Es uno de sus sitios favoritos. Cuando éramos pequeños hacía meriendas allí y nos enseñaba a pescar, ¿verdad que sí, mamá?

Geena sintió que sus ojos se empañaban al ver que Laura iba directamente hacia el arroyo. Todos los recuerdos de su vida estaban encerrados en alguna parte de su cerebro, pero parecía saber instintivamente dónde iba.

Aquello debía ser tan duro para Colt y sus hermanos… el cariño y la devoción que mostraban por su madre era emocionante.

Cuando llegaron a la orilla, Laura se quedó inmóvil, mirando el agua.

–¿Qué solía gustarle hacer? –le preguntó Geena.

–Cocinar y cuidar del jardín. Lo único que podemos hacer ahora es repetir las cosas que solía hacer, ponerle su música favorita, leerle los libros que le gustaban… y también le gusta mucho pasear.

–¿Y montar a caballo?

Colt la miró, sorprendido.

–¿Montar a caballo?

–He visto muchas fotografías suyas a caballo. Parece que era una gran amazona.

–Sí, lo era. Así fue como conoció a mi padre, que montaba toros en el rodeo.

–¿Hay alguna razón por la que no pueda seguir montando? Con supervisión de alguien, claro.

–La verdad es que no lo sé, pero lo preguntaré. ¿Tienes hambre, mamá? Hank habrá hecho algo de cena. Venga, vamos a la cocina.

Mientras volvían hacia la casa, Geena no dejaba de darle vueltas a la cabeza. En cuanto tuviese controladas sus obligaciones intentaría ayudar en lo posible, decidió.

En lugar de volver a la terraza, Colt la llevó hacia la entrada principal para que viese la casa. En el centro del recibidor había una maravillosa escalera que llevaba al segundo piso y a la derecha un espacioso salón con antiguas vigas en el techo. A su lado, un cuarto de estar con una chimenea de piedra y varios sofás tapizados con tela de cuadros. A la izquierda del cuarto de estar había un comedor con una enorme mesa de roble y sillas a juego. Doce sillas ni más ni menos. Al otro lado del pasillo vio un despacho con estanterías llenas de trofeos y cornamentas colgadas en las paredes. Otro pasillo llevaba a la cocina y el último hacia su habitación.

–Lindsey no se encuentra bien, así que voy a llevarles la cena –anunció Hank cuando entraron en la cocina.

–Lo haré yo –se ofreció Colt–. Volveré enseguida.

–No me importa…

–Con la pierna escayolada tendrás que ir andando y yo puedo ir en la camioneta.

Geena se daba cuenta de que Colt Brannigan era un hombre acostumbrado a hacerse cargo de las situaciones y eso la impresionó. Aunque ya estaba bastante impresionada. Pero Hank aceptó de muy mala gana y se preguntó por qué.

Ina se había reunido con ellos en la cocina y, unos segundos después, empezaron a cenar.

–Estos espagueti están muy ricos.

–Gracias –murmuró Hank, que seguía enfadado–. Solo sé hacer espagueti y mi familia está más que harta.

Ina sonrió.

–Eso no es verdad. Nos gustan mucho tus comidas –intentó animarlo, mientras ayudaba a Laura a comer. La madre de Colt parecía tener buen

apetito, afortunadamente.

Era demasiado joven para estar así, pensó. La vida podía ser tan cruel.

–Espero que tú sepas cocinar mejor que yo –dijo Hank entonces–. Espero no tener que volver a comer nada que yo haya cocinado.

Debía tener unos treinta años, la misma edad que Todd si no hubiera muerto. Geena echaba tanto de menos a su hermano que se le encogía el corazón cada vez que pensaba en él.

–Prometo no hacer espagueti durante un mes.

–Menos mal.

Sospechaba que su negativa a ir a bailar el sábado no le había hecho gracia, pero no entendía que estuviera tan enfadado.

–Imagino que te encontrarás mejor cuando te quiten la escayola. ¿Cuánto tiempo te queda?

–Me la quitan el lunes. Es una pesadez.

Estaba a punto de preguntarle cómo se había roto la pierna cuando Colt volvió a la cocina.

–¿Habéis estado hablando mal de mí otra vez?

Ina soltó una carcajada.

–Por supuesto.

–¿Cómo está Lindsey? –preguntó Hank.

–Ha tenido algunas contracciones, pero el médico dice que aún no está de parto.

Hank no movió un músculo, pero Geena se daba cuenta de que estaba inquieto por alguna razón. Colt, por otro lado, comía como si no tuviera una sola preocupación en el mundo.

–¿Alguien quiere más café?

–Yo –respondió él.

Geena le sirvió el café, pensando que tendría que acostumbrarse a la dinámica y las tensiones de la casa; las mismas que en todas las casas normales.

Echaba tanto de menos una familia…

No había sido lo mismo desde que Janice apareció en la vida de su hermano. Ella quería que Todd encontrase a la mujer de su vida y Janice no lo trataba bien. Era exigente y regañona… y no podía imaginarla siendo madre.

Intentando no pensar en ello, volvió a sentarse para tomar el café y decidió animar un poco a Hank.

–Tú has estado cocinando y fregando durante un mes, así que ahora me

toca a mí. Aún no sé dónde está todo, pero lo encontraré. Y a partir de mañana, yo me encargo de las comidas.

Hank, a pesar de la escayola, se levantó de un salto.

–¡Aleluya! –fue todo lo que dijo antes de salir de la cocina.

Ina llevó a Laura a su habitación y Colt la ayudó a limpiar la mesa. Aunque la cocina era grande, su alta figura parecía hacer que encogiera.

–Cuatro manos acaban antes que dos, ¿no crees? Mientras trabajamos, puedes preguntarme lo que quieras.

Geena decidió aceptar su oferta.

–¿Dónde está Titus?

–Durmiendo en casa de Mac y Leah esta noche. Mac Saunders es nuestro capataz, te lo presentaré mañana. Su familia adoptó a Titus hace años, pero se convirtió en el perro de mi padre.

–¿Y qué come?

–Su pienso está ahí –Colt abrió un armario para mostrarle el pienso, las galletas y los comederos del animal.

–¿Tu madre hace alguna dieta especial?

–No, el médico ha dicho que debe comer de manera normal, cosas nutritivas.

–Todo el mundo necesita comer cosas nutritivas.

–Sí, claro. Aunque este último mes no hemos comido bien precisamente. Como habrás visto, Hank es una bomba de relojería con una escayola en la pierna –Colt sonrió mientras llenaba el lavaplatos.

Geena decidió no decir nada. Aún no los conocía lo suficiente como para dar una opinión.

Unos minutos después, habían terminado de limpiar la cocina.

–Ven conmigo, voy a enseñarte la despensa.

Geena se maravilló al ver la cantidad de comida que guardaban en la despensa, del tamaño de una habitación.

–Como ves, tenemos un congelador industrial en el que guardamos carne de buey, ternera, pollo, cerdo, incluso caza. También hay pescado y verduras congeladas. Cada cosa tiene una etiqueta, pero mi hermano parece ser ciego.

Geena soltó una carcajada.

–No te preocupes, haré lo que pueda con todo esto. No creo que haya ningún problema. Mi abuela era una gran cocinera y me enseñó a guisar.

Colt se apoyó en la pared, cruzando los brazos sobre el pecho.

–Pregúntame lo que quieres preguntarme desde que entré en la cocina.

¿Aquel hombre tenía un radar?

–No sé a qué te refieres.

–Es la primera vez que me mientes.

–Lo que yo piense sobre tu familia no tiene importancia, Colt.

–Para mí sí la tiene, así que cuéntamelo.

–Muy bien, como quieras. Es sobre Hank…

–Ah, ya me lo imaginaba. Tendrá que pedir disculpas si ha sido un grosero contigo…

–No, no lo ha sido en absoluto.

–Vamos a dar una vuelta en la camioneta. ¿Te apetece?

Estar a solas con Colt Brannigan… Geena sintió la misma emoción que había sentido en la gasolinera, cuando escuchó su voz y supo que había ido a buscarla.

Salieron por la puerta de atrás y Colt señaló una camioneta blanca aparcada al lado de la suya.

–Es tuya durante el tiempo que estés aquí. Solía usarla Mary, pero ella no tenía unas piernas tan largas como las tuyas, así que habrá que ajustar el asiento.

Su brazo rozó accidentalmente el hombro de Geena mientras subía a la camioneta y eso la puso tan nerviosa que tardó más de lo esperado en colocar el asiento.

–Bueno, ya está.

En cuanto lo dijo, Colt subió al asiento del pasajero, rozando su pierna con la rodilla.

–¿Solías ir con Mary en la camioneta?

–No.

–Ya me lo imaginaba.

Los dos rieron mientras Colt le daba las llaves.

–Vamos a dar una vuelta.

Geena arrancó.

–Hace tanto tiempo que no conduzco…

La transmisión automática lo hacía más fácil y, después de dar marcha atrás, Geena se dirigió hacia las colinas. Colt señaló la casa de Travis y la casa en la que vivían Ben y Alice. Un poco más alejada de la casa principal, la de Mac y Leah. Con él dándole indicaciones, llegaron a una zona de la propiedad cubierta de verdes pastos.

–Soñaba con algo así cuando estaba en la cárcel. No tienes idea de lo que significa ser libre –dijo Geena, con voz temblorosa–. Perdona si hablo

demasiado sobre ello…

–No, por favor. Entiendo que quieras hacerlo. Hace un par de días estabas en una celda y, como un veterano de guerra, siempre guardarás ese recuerdo. Pero con un poco de suerte, la experiencia no te habrá traumatizado.

–¿Por qué lo dices?

–Tengo un primo de mi edad, Robert, que vive en Casper. Estuvo un año en el ejército y no ha sido el mismo desde que volvió. Aunque la terapia lo está ayudando, sigue teniendo pesadillas todas las noches.

–Pobrecillo –murmuró Geena–. En la prisión había una mujer que había estado en Irak. Cuando volvió, incendió la casa de su padrastro porque pegaba a su madre, pero no sabía que él estaba dentro y acabó en la cárcel por homicidio. A veces, por las noches, la oíamos gritar… era horrible.

–Después de lo que has tenido que soportar, tal vez deberías hacer algún tipo de terapia.

–La directora de la cárcel me dijo lo mismo –admitió ella.

–El seguro médico cubre el psiquiatra, si quieres aprovecharte de ello. Y el de mi primo Robert es uno de los mejores de por aquí.

–Pero Casper está muy lejos.

–Yo suelo hacer negocios con el padre de Robert y viajo a Casper a menudo, así que puedo llevarte en la avioneta.

Geena se asustó. ¿Colt tenía miedo de ella?

En parte, le gustaba que pareciese tan interesado, pero tal vez estaba engañándose a sí misma. Después de todo, eso era lo que Colt Brannigan hacía: preocuparse por todo el mundo.

Pero como ella necesitaba aquel trabajo desesperadamente, lo mejor sería hacerle caso. Aunque no iba a quedarse sin trabajo si no lo hacía. Colt no era así.

–Gracias.

¿Qué otra cosa podía decir? Además, seguramente le iría bien hablar con alguien sobre su traumática experiencia en la cárcel.

–Estupendo –Colt parecía aliviado–. Si sigues adelante unos quinientos metros llegaremos a un mirador desde el que se puede ver todo el rancho.

Unos segundos después, Geena y Colt bajaban de la camioneta. Se había hecho de noche y el paisaje desde allí era irreal.

–Sundance Kid fue un tonto por marcharse de Wyoming –murmuró–. Podría haberse redimido empezando de nuevo aquí, en un rancho como el tuyo.

–Es precioso, sí, y también da muchos quebraderos de cabeza. Pero dime qué te ha pasado con Hank.

Colt Brannigan era un líder natural que se hacía cargo del rancho y de los problemas de la gente que vivía allí de manera natural, sin pensarlo siquiera. Era un ser único y Geena se dio cuenta de que ya se estaba metiendo en su corazón.

CAPÍTULO 5

–ME HA pedido que fuese a bailar con él este sábado –respondió Geena–. Naturalmente, le he dicho que no.

–¿Por qué?

–Le he dicho que tengo por costumbre no confraternizar con mis jefes. Me pareció que no se lo tomaba mal, pero durante la cena estaba enfadado.

–A ningún hombre le gusta que lo rechacen, pero yo creo que el problema de Hank es otro –Colt inclinó a un lado la cabeza–. Tranquila, hablaré con él.

–Tal vez lo mejor sería no decir nada. No quiero herir sus sentimientos.

–No te preocupes por eso. ¿Quieres preguntarme alguna cosa más?

–¿Cómo se rompió la pierna?

–En un rodeo, en Laramie. El toro lo pisoteó antes de que pudiera apartarse.

–¿Entonces se dedica al rodeo de forma profesional?

Él asintió con la cabeza.

–Y ha ganado mucho dinero. Este año esperaba ganar el campeonato de Las Vegas en diciembre, pero la pierna rota le ha impedido entrenar. Podría intentarlo de nuevo, pero los años no pasan en balde y eso es algo contra lo que no se puede luchar.

–¿Qué pasará si no puede seguir compitiendo?

–Que tendrá que dejar el rodeo y trabajar en el rancho.

–Eso explica que esté tan frustrado. Por cierto, también he visto fotografías tuyas en el rodeo. ¿Cuándo dejaste de competir?

Colt no había esperado esa pregunta, pero ella merecía una respuesta.

–Después de casarme. Tenía demasiadas responsabilidades en el rancho como para seguir en la competición.

–Ah, ya veo.

Él esperó las inevitables preguntas, pero Geena no dijo nada más. Era única, pensó. Y debía reconocer que se sentía atraído por ella.

–Lindsey está a punto de dar a luz. Es una mujer muy guapa y un poco exigente, como su madre. No dejes que ninguna de las dos te vuelva loca.

–No te preocupes por eso, en la cárcel aprendí a no dejarme manipular. El truco es no dejar que lo hagan la primera vez –la sonrisa de Geena revelaba una gran fuerza de carácter. Tenía redaños, desde luego.

–Una cosa más: ¿crees que te gustará vivir aquí?

Ella se tomó su tiempo antes de responder:

–Mentiría si dijera que no estoy un poco nerviosa. Quiero hacer las cosas bien y que todo el mundo esté contento, pero no sabes lo agradable que es vivir con una familia y poder echar una mano. Llevas una carga muy pesada, Colt.

–Admito que a veces lo es. Cuando todo el mundo necesita tu atención a la vez sientes que te ahogas, pero la sensación pasa enseguida. Y estábamos hablando de tus problemas –le recordó él.

–En prisión descubrí que el trabajo era la única manera de olvidar mis problemas.

El trabajo siempre había sido una medicina para Colt, pero últimamente no era suficiente y eso parecía ser culpa de Geena. Luchar contra la atracción que sentía por ella era como luchar contra una fuerza de la Naturaleza.

–Si quieres un consejo: trata el rancho como si fuera tu casa. Hazlo tuyo.

–Gracias.

–Si te apetece cambiar la decoración del dormitorio, eres libre de hacerlo.

–No, por favor. Es como vivir dentro de un museo, me encanta.

–Mary se sentiría muy feliz si te oyera decir eso. En el armario hay una televisión, pero puedes verla en el cuarto de estar –Colt sacó un móvil del bolsillo–. Por cierto, te he comprado esto y un ordenador portátil mientras estabas de compras.

–¿Para mí?

–Claro.

Geena tomó el móvil y, al hacerlo, sus manos se rozaron. Solo fue un

leve roce de su piel, pero sintió como si hubiera sido un hierro al rojo vivo.

–Has pensado en todo. No sé cómo darte las gracias.

–Debemos estar en contacto –dijo él–. He programado el número de móvil, el de mi hermano y el de Ina. El ordenador está en tu habitación. Si tienes algún problema con Internet, dímelo. Hay un archivo con toda la información que puedas necesitar sobre la gente del rancho, con números de teléfono y direcciones, incluyendo los de emergencia. Y también está el inventario de la despensa.

–No hago más que darte las gracias –murmuró Geena, guardando el móvil en el bolsillo–. Pero hay algo que debo decirte.

–No te pongas tan seria.

–Esto es importante. Si algún día hago algo mal, quiero que me lo digas. No soy particularmente quisquillosa y la única manera de aprender es que me digas claramente si cometo algún error. Así que nada de mentiras piadosas ni medias verdades.

Que fuese tan clara la hacía aún más interesante.

–En otras palabras, no quieres que te dé cuartel.

–Estoy a punto de cumplir veintiocho años y crecí mucho estando en prisión.

«Prisión» era la palabra que salía más a menudo en sus conversaciones y Colt decidió que tal vez era él quien necesitaría terapia para poder soportarlo.

–Entonces, yo diría que nos entendemos perfectamente el uno al otro.

–Sí.

Volvieron al rancho mientras la luna estaba alta en el cielo.

–Ah, el aire fresco del campo –murmuró Geena, respirando profundamente–. No hay nada parecido.

–Estoy de acuerdo contigo.

–Te aseguro que no volveré a dar nada por sentado.

Cuando estaban a punto de llegar a la casa, sonó el móvil de Colt.

–Dime, Hank.

–Travis ha dejado un mensaje diciendo que Lindsey ha roto aguas. El médico ha dicho que debe llevarla al hospital.

Colt temía saber por qué su hermano estaba tan agitado.

–Eso es lo que estábamos esperando.

–¿Dónde estabas? ¿No has comprobado tus mensajes?

Por una vez, Colt no era capaz de concentrarse en la conversación.

–Estaba… ocupado.

–¿No deberíamos hacer algo?

–No hasta que Travis nos lo pida. Llegaré a casa en cinco minutos.

–Veo que el bebé está a punto de llegar –dijo Geena cuando cortó la comunicación–. ¿Es un niño o una niña?

–Una niña.

–Ah, entonces creo que vas a ser tío antes de que te des cuenta. Imagino que será emocionante, ¿no?

Debería serlo. Pero que sus dos hermanos estuvieran enamorados de la misma mujer era un grave problema.

–Sí, claro –asintió Colt–. Vete a la cama, Geena. Ha sido un día muy largo.

–Gracias por todo –dijo ella–. Siempre estaré en deuda contigo.

Luego saltó de la camioneta y entró en la casa sin decir nada más. ¿La habría asustado?, se preguntó Colt. Tenía la impresión de que Geena Williams era una chica reservada, pero tal vez estaba nerviosa. Y sería lógico, además.

La casa estaba silenciosa y, después de apagar las luces y cerrar la puerta, Colt subió a su habitación. Pero Hank lo esperaba en el pasillo.

–¿Dónde demonios has estado?

–Dando una vuelta en la camioneta de Mary para que Geena fuera acostumbrándose. Lleva algún tiempo sin conducir.

–¿De dónde ha salido esa chica? No he visto ningún coche desconocido por aquí.

–No tenía coche. Llegó en bicicleta.

–¿En bicicleta?

–La he guardado en el almacén.

–¿Y dónde durmió anoche?

–En la habitación de Mary –respondió Colt, cansado del interrogatorio.

–Lo dirás de broma –exclamó Hank–. ¿Quieres decir que la contrataste inmediatamente?

No, pero por razones que no quería examinar, no había querido dejar que se fuera.

–La contraté esta mañana. Y como Ina duerme en la habitación de invitados del piso de abajo, tenía que ponerla en algún sitio.

No iba a ponerla en el piso de arriba, frente al dormitorio de Hank. Su hermano empezaría a hacer preguntas… Geena prefería que, por el momento, nadie supiera que había estado en la cárcel y Colt no quería que Hank la hiciera sentir incómoda.

–¿Sabe cocinar?

Estaba claro que Hank tenía cierto interés en su nueva ama de llaves y que no le había gustado nada que lo rechazase. Pero su hermano estaba pasando por un mal momento y no era fácil entender sus emociones.

–Imagino que lo descubriremos mañana. Pero, al menos, te has librado del turno de cocina y eso debería alegrarte.

–Y me alegro, te lo aseguro.

–Solo estará aquí hasta el final del verano y para entonces habré encontrado una persona que pueda reemplazar a Mary.

–No lo vas a tener fácil.

Colt estaba de acuerdo, pero tenía que respetar el contrato que había hecho con Geena. Aunque la idea de decirle adiós le resultaba extrañamente insoportable.

–Por el momento, es una suerte que hayamos encontrado a Geena ahora que la niña de Lindsey está a punto de venir al mundo. Pero una cosa, Hank: vamos a respetar las barreras, ¿de acuerdo?

Su hermano suspiró.

–Tendré que hacerlo ya que ella me ha rechazado.

La resignación en el tono de su hermano le decía todo lo que tenía que saber.

–Así habrá menos complicaciones. Vete a la cama, Hank. Travis nos llamará en cualquier momento y yo estoy agotado.

Aunque Colt sabía que no pegaría ojo esa noche.

Cuando sonó el despertador a las cinco y media de la madrugada, Geena saltó de la cama y empezó a prepararse para su primer día de trabajo en el rancho. Se había duchado por la noche, de modo que solo tuvo que ponerse un pantalón vaquero y una camiseta de manga corta en color melocotón.

Esa noche serviría pierna de cordero con verduritas, decidió cuando entró en la despensa. Después de dejarla sobre la encimera de la cocina para que se descongelase, preparó beicon, salchichas y huevos revueltos, además de café y unos bollos de harina y azúcar que metió en el horno. Había olvidado lo divertido que era cocinar. Las recetas de su abuela eran fantásticas.

A las siete, todo estaba preparado, incluso el zumo de naranja recién exprimido. Mientras colocaba la mantequilla y la mermelada sobre la mesa, su jefe entró en la cocina con un pantalón vaquero y una camisa azul. Colt

no parecía tener idea de cómo afectaba a las mujeres, pensó Geena.

–Buenos días –la saludó–. Huele de maravilla.

–Espero que sepa igual de bien. ¿Tu sobrina ha nacido ya?

Los ojos pardos se clavaron en ella tan fijamente que Geena se quedó sin respiración.

–No, aún no, pero sospecho que no tardará mucho. Después de desayunar, Hank y yo iremos al hospital para ver cómo va todo –respondió Colt–. Por cierto, hablé con mi hermano anoche y todo está bien.

Geena asintió con la cabeza.

–Gracias.

Colt se sentó a la mesa para probar los bollos recién hechos.

–Muy ricos.

–¿Te gustan? Son una receta de mi abuela.

–Me gusta todo.

–Eso decía siempre mi hermano.

–¿Cuantos años tenía cuando murió?

–Yo diría que la edad de Hank.

–¿Y os llevabais bien?

–Muy bien –respondió Geena.

Hasta que Janice apareció. Seguramente estaría viviendo con otro hombre… ¿y el niño? ¿Estaría vivo?

Geena dejó otro plato frente a Colt.

–¿Alguien de la familia tiene alergia a algo? Se me olvidó preguntar anoche.

–No.

–¿Alguna comida que no guste en particular? Sobre todo a tu madre.

–No, que yo sepa, pero agradezco que preguntes. ¿No vas a sentarte?

–Aún no. Estoy esperando que venga todo el mundo.

En realidad, era un placer para ella verlo devorar el desayuno con tanto apetito.

Un invitado inesperado apareció en la cocina entonces y apoyó la cabezota sobre la pierna de Colt.

–Hola, Titus –lo saludó él, acariciando sus orejas–. ¿Mac te ha traído a casa?

Un segundo después, un hombre de pelo rubio entraba en la cocina.

–Mac Saunders, te presento a Geena Williams, nuestra nueva ama de llaves.

Mac se quitó el sombrero antes de estrechar su mano.

–Encantado de conocerla, señorita.

–Siéntate y desayuna con nosotros –lo invitó Colt–. Estos bollos están riquísimos.

–¿Puedo? –preguntó el capataz.

–Por supuesto –respondió Geena, sirviéndole una taza de café–. Coma lo que quiera.

–Colt tenía razón –dijo el hombre unos segundos después–. Estos bollos son una maravilla. Recién hechos, además.

–¿Has oído eso, Geena?

–Si es comida, a los hombres les encanta –bromeó ella.

–Y esto es comida, desde luego –el entusiasmo de Mac la hizo sonreír.

Mientras ellos discutían el trabajo del día, Hank entró en la cocina a toda velocidad, a pesar de la escayola, seguido de Ina y de su madre. Geena estuvo ocupada sirviendo el desayuno e incluso puso mantequilla y mermelada en el bollo de Laura.

–¿Aún no sabemos nada de Travis? –preguntó Ina.

–No, aún no.

–A veces, el primer hijo tarda en llegar.

–Iremos al hospital después de desayunar –dijo Hank mientras los otros dos hombres seguían hablando de trabajo.

Unos minutos después, se levantó de la silla.

–¿Nos vamos, Colt?

–En cuanto haya comido otro de los bollos de Geena. Creo que ya he comido media docena.

Mac soltó una carcajada.

–Con bollos como estos, acabarás engordando. Muchas gracias, Geena.

–De nada.

Hank salió de la cocina echando humo. Aunque Colt le había explicado que su hermano estaba de mal humor debido a la escayola, estaba segura de que no se lo había contado todo. Como tampoco le había contado nada sobre su divorcio.

–Nos veremos después.

Ina se levantó, ayudando a Laura a hacer lo propio.

–El desayuno estaba riquísimo.

–Me alegro de que te haya gustado.

–A Laura también. Se lo ha comido todo.

–Colt me dijo que solíais almorzar alrededor de la una.

–Sí, pero después de esto no sé si nos va a quedar sitio. Haz algo ligero.

–Muy bien.

Cuando salieron de la cocina, Geena dio de comer a Titus y estaba metiendo los platos en el lavavajillas cuando escuchó una voz femenina. Era Elaine Ruff, la otra limpiadora. Evidentemente, las tres mujeres tenían llave de la casa.

Después de charlar con ella unos minutos, Geena le dijo que hiciera lo que hacía normalmente y fue al pueblo a recoger el correo, como Colt le había dicho. Después de eso, renovó su permiso de conducir y más tarde fue al supermercado. Ina había dicho que quería algo ligero para el almuerzo, así que decidió comprar palitos de cangrejo para hacer una ensalada.

Pero antes de volver al rancho hizo una última parada en el centro del pueblo.

Colt entró en la casa por la puerta de atrás, pensativo. Cuando salió del hospital por la mañana había visto la camioneta blanca frente a la comisaría. Hank no se había fijado o hubiera dicho algo.

Al ver la camioneta, la alegría por el nacimiento de su sobrina se había esfumado y esa sensación de angustia no desaparecería hasta que Geena le contase qué hacía en la comisaría de Sundance.

Aunque sabía que no era asunto suyo y no tenía derecho a preguntar.

Pero en realidad sí era asunto suyo porque cada vez se sentía más atraído por ella. Que Geena pensara marcharse del rancho después del verano debería convencerlo de que esa atracción no iba a llegar a ningún sitio. Desgraciadamente, eso no servía de nada.

Era la primera mujer que lo afectaba de esa forma desde su divorcio y no había pensado que algún día pudiera volver a sentir algo así. Lo frustraba que Geena no quisiera abrirle su corazón. No conocer sus sentimientos lo estaba volviendo loco.

Después de dejar al taciturno Hank en casa, había ido directamente al establo para ensillar a su caballo y había estado ocho horas levantando cercas. El duro trabajo debería haberlo calmado un poco, pero no era así.

Después de quitarse las botas llenas de polvo y lavarse las manos entró en la cocina y, de inmediato, su olfato fue asaltado por un delicioso aroma a pierna de cordero y bollos de canela.

Era un aroma que le recordaba a su madre. Desde que se puso enferma, Mary se había hecho cargo de las comidas y cocinaba muy bien, pero aquel olor a bollos de canela era de su madre.

De inmediato, miró a Geena, que llevaba un pantalón vaquero y una blusa de rayas que hacía maravillas por su figura. Estaba de espaldas a él, moviendo una ensalada.

Todo estaba perfecto. La mesa puesta…

«¿Qué esperabas, Brannigan?».

Ella se volvió para llevar la ensalada a la mesa y dio un respingo al verlo.

–No te había oído llegar. ¡Enhorabuena, ya sé que te has convertido en tío!

Su alegre actitud lo molestó. Estaba claro que escondía algo, pero no sabía qué.

–Gracias.

–¿Qué se siente?

Geena no había hecho nada malo. De hecho, por el momento todo lo hacía bien. Ese era el problema.

–Sigo intentando acostumbrarme a la idea –respondió Colt. Era Hank quien tenía problemas para lidiar con sus emociones en lo que se refería a Lindsey–. ¿Dónde está todo el mundo?

–Hank ha dicho que iba a salir con una amiga hace un par de horas.

Eso no lo sorprendió. La angustia de su hermano había aumentado con el nacimiento del bebé de Lindsey.

–Imagino que Ina traerá a tu madre enseguida. ¿Quieres comer algo o prefieres esperarlas?

Colt se pasó una mano por el cuello.

–Voy a ver qué están haciendo.

Pero cuando se dirigía a la puerta aparecieron las dos y Colt tomó la mano de su madre para ayudarla a sentarse. Por un momento, sintió como si estuviera al otro lado del espejo. Estaba en la misma casa de siempre, en la casa de su infancia, con los mismos aromas flotando por la cocina. Pero la madre a la que besaba no lo reconocía mientras la mujer que estaba cocinado…

No pudo terminar ese pensamiento.

¿Quién era esa mujer?

Conocía los hechos básicos de su vida, pero no sabía qué cosas le gustaban, qué le disgustaba o qué había en su corazón. Debía haber tenido amigos y novios antes de ir a la cárcel…

Se le encogió el estómago al recordar que salía con un tipo antes del juicio. Ella misma se lo había contado; un pelele que la dejó cuando la

condenaron injustamente.

La vida de Geena se había puesto patas arriba, pero fuera cuales fueran las circunstancias, no entendía por qué tenía que hablar con la policía de Sundance. Si tenía algo que ver con su estancia en prisión, debería hablar con las autoridades de Rapid City.

–Otra cena maravillosa –dijo Ina, después de probar la pierna de cordero.

–Gracias.

–¿Dónde has aprendido a cocinar?

–Me enseñó mi abuela.

Colt estaba seguro de que era verdad porque no se comían delicias así en una cárcel, pero haber visto la camioneta en la puerta de la comisaría le había robado el apetito. Comió un poco, pero no pudo hacerle justicia a la cena y se levantó en cuanto terminó.

–Perdonad, pero tengo que llamar a Travis. Si alguien pregunta por mí, estaré en el despacho.

No era mentira. Le había prometido a su hermano que llamaría a todo el mundo para decir que ya había nacido la niña, pero la verdad era que no podía seguir mirando a Geena y fingir que todo estaba bien cuando no era verdad.

Una hora después volvió a la cocina para tomar un vaso de agua y encontró a Travis sentado a la mesa, charlando tranquilamente con Geena mientras terminaba de cenar.

Debía llevar allí un rato porque Geena ya había limpiado la mesa y estaba apoyada en la encimera tomando un café.

Travis sabía que había contratado una nueva ama de llaves y, a juzgar por su sonrisa, estaba encantado.

–Hola, Colt. He decidido aceptar tu consejo y comer algo antes de volver al hospital –le dijo, volviéndose para mirar a Geena–. Has encontrado una joya, hermano.

–El tiempo lo dirá –murmuró ella, recordándole a Colt que su puesto allí era temporal.

Tenía una vida planeada cuando se fuera del rancho. ¿Pero qué clase de vida?

–¿Quieres un café, Colt?

–No, gracias.

Cafeína era lo último que necesitaba si quería dormir esa noche.

–Estaba a punto de preguntarle a Travis si es el mayor, el menor o el

del medio.

Su hermano se levantó de la silla.

–Colt es el mayor, yo nací tres años después y Hank once meses detrás de mí.

–Y ahora tienes una hija –dijo Geena–. Estoy deseando conocerla.

–Si todo va bien, la traeremos a casa mañana –Travis tomó los platos de la mesa para dejarlos sobre la encimera–. Después de la comida del hospital, esta cena me ha salvado la vida. Bueno, me voy. Nos vemos mañana.

Cuando Travis desapareció, Geena metió los platos en el lavavajillas y empezó a limpiar la mesa…

–¿Geena?

Ella lo miró con esos ojos tan inocentes.

–¿Sí?

–¿Te importa venir conmigo un momento?

–No, claro.

Colt decidió llevarla a la habitación de Travis porque no quería que Hank apareciese de repente y escuchase la conversación.

CAPÍTULO 6

GEENA siguió a Colt por la escalera, sabiendo que ocurría algo. Lo había visto tenso en cuanto entró en la cocina, pero no sabía por qué. No era el mimo hombre que se había ido al hospital con su hermano esa mañana.

Y tampoco Hank parecía tener muchas ganas de hablar cuando volvió.

Además, Colt no había mostrado apetito durante la cena y Geena no entendía qué pasaba. La llegada de un bebé debería alegrar a todo el mundo, pero parecía justo lo contrario.

Colt la llevó a una habitación en el piso de arriba, un espacioso dormitorio con un baño al final del pasillo. Había una cuna nueva en medio de la habitación y varias bolsas sobre la cama, seguramente llenas de ropita y cosas para la niña.

–Tienen una habitación para el bebé en su casa en la que no falta de nada, pero como Lindsey va a alojarse aquí durante unas semanas, he decidido comprar todo esto.

–Ah.

–¿Si tú acabaras de tener un hijo y estuvieras recién llegada del hospital necesitarías algo más? Yo no tengo ni idea.

El hombre a cargo de un imperio podía hacer cualquier cosa, pero un bebé en la casa era un reto para él. Y también para ella, que no sabía nada sobre bebés.

–¿Por qué no montamos la cuna? –Geena sacó una bañerita rosa de una de las bolsas–. Esto debería ir en el cuarto de baño.

Colt la llevó al baño y luego la ayudó a sacar el resto de las cosas. Poco

después, la cuna estaba montada. Era de color rosa, con una colchita blanca.

–Los corazones rosas en la colcha son una preciosidad. ¿La has elegido tú?

–No –respondió él–. Lo pedí todo por teléfono y dije que era para una niña.

–Ah, claro. Pues a Lindsey le va a encantar, seguro. ¿Cómo se va a llamar tu sobrina?

–No lo sé. Aún no lo han decidido.

Eso explicaba que Travis no le hubiera dicho nada.

–¿Lindsey proviene de una familia importante?

–Sí –respondió Colt, sorprendido.

–¿De Sundance?

–No, de Gillette.

–Los hombres en el almacén de piensos decían que el apellido Brannigan era reverenciado en Wyoming, pero si ella también viene de una familia importante imagino que habrá problemas para elegir un nombre de los dos árboles genealógicos.

Por primera vez esa noche, Geena vio un brillo burlón en los ojos pardos. Era una mejora y la hizo respirar un poco más tranquila.

–Vamos a poner la cuna contra la pared.

Entre los dos, empujaron la cuna, sus brazos y sus piernas rozándose de vez en cuando. Estar tan cerca hacía imposible que Geena no se preguntase ciertas cosas. Por ejemplo, cómo sería que Colt fuera su marido y estuvieran a punto de llevar a casa a su hija recién nacida.

Enfadada consigo misma por pensar algo tan absurdo, se dio la vuelta para mirar la cuna.

–¿Dónde vamos a poner toda su ropita?

–¿Qué tal en la cómoda? Los cajones están vacíos.

–Perfecto –dijo ella–. Y podemos poner los pañales encima. Una amiga mía tuvo un bebé hace unos años y en el hospital le regalaron todo lo que necesitaba.

–Lindsey tiene de todo.

–Ya lo veo. Si le falta algo no será importante, así que yo diría que esta habitación está preparada. Voy a ver si hay suficientes toallas en el baño… imagino que con un bebé nunca hay suficientes.

–¿Hay toallas? –le preguntó Colt.

–Montones. Todo está listo para la llegada del bebé.

–¿Seguro?

Geena sonrió. Estaba claro que aquel hombre tenía un gran sentido de la responsabilidad. Tal vez demasiado.

¿Sería esa la razón por la que no tenía tiempo de salir y conocer a otra mujer?

–Trabajas demasiado, Colt Brannigan. ¿Nunca te tomas algo de tiempo libre?

–Probablemente no tanto como me gustaría –admitió él.

–Pero imagino que a veces te sentirás ahogado.

Colt asintió con la cabeza.

–Alguien tiene que hacer todo lo que hay que hacer por aquí.

¿Como por ejemplo encontrar un ama de llaves? Pensar que ella era en parte culpable de que no pudiese parar un minuto la molestaba.

Con el trabajo hecho, Geena estaba a punto de salir de la habitación, pero Colt la sujetó del brazo.

–¿Esta mañana has ido a la comisaría de Sundance?

Ah, la había visto. Era lógico que le hiciese esa pregunta y, además, intuía que eso explicaba su mal humor.

–Después de ir a la oficina de correos paré un momento en la comisaría, sí.

–¿Por qué? Si tienes algún problema, seguro que yo puedo ayudarte.

Otra vez esa preocupación. Si estuviera interesado en ella personalmente se pondría a dar saltos de alegría, pero temía que fuese algo natural para él preocuparse por los demás.

–No tengo ningún problema, pero como acabo de salir de la cárcel y trabajo para ti, entiendo que te debo una explicación.

Colt lanzó sobre ella una mirada especulativa.

–No tienes por qué darme explicación alguna.

Su generosidad hizo que el pulso de Geena se acelerase. No tenía que hacerlo, pero aquel hombre estaba siendo increíblemente amable con ella y lo mínimo que podía hacer era tranquilizarlo en cuanto a sus actividades.

–Estoy buscando a alguien que desapareció de Rapid City sin dejar huella. Mientras yo estaba en prisión, le pedí a Kellie Tyre, una amiga mía, que averiguase todo lo que pudiera sobre esa persona, pero no ha podido encontrar nada –empezó a decir–. Jamás soñé que saldría de la cárcel, pero ahora que soy libre he decidido buscar un investigador privado. Pregunté en la comisaría, pero me dijeron que sería mejor llamar a un abogado para que él me diese algún nombre.

El rostro de Colt se ensombreció.

–¿Y la persona a la que estás buscando es un hombre?

–No, no. Como te conté ayer, el hombre con el que salía desapareció de mi vida en cuanto me condenaron. Se llamaba Kevin Starr…

–¿No volviste a verlo?

–El asesinato de Rupert fue horrible y Kevin seguramente tuvo pesadillas por haber salido conmigo, así que me pareció normal. Solo una persona especial, alguien que me quisiera de verdad, me habría concedido el beneficio de la duda.

Alguien como Colt…

–Lo siento, Geena.

–No lo sientas, yo no esperaba nada de Kevin. Solo un ser único como tú habría escuchado mi versión.

Y Geena lo amaba por ser tan compasivo.

–No puedes saber si yo lo hubiera hecho.

–Claro que lo sé. Tú dejaste que durmiera en tu casa sabiendo que acababa de salir de la cárcel –dijo ella–. En cuanto a la otra pregunta, estoy buscando a una mujer que vivía con mi hermano cuando murió. Se llama Janice Rigby. Conoció a mi hermano mientras yo estaba en la universidad y cuando volví a Rapid City vivían juntos en la habitación de mi abuela. Yo viví con ellos un par de días, pero Janice me odiaba, no sé por qué. Me hacía la vida imposible, así que decidí buscar un apartamento y encontré el sótano en casa de Rupert Brown. Mi hermano estaba enamorado de Janice, así que nunca le dije nada… pero creo que veía a otro hombre mientras Todd estaba trabajando fuera de la ciudad.

–¿Tenías pruebas?

–No, no tenía pruebas, pero que no quisiera abrirme la puerta cuando fui a verla un día me hizo sospechar.

–Ya veo –murmuró Colt, pensativo.

–De vez en cuando, mi hermano y yo comíamos juntos, pero siempre sin Janice. Supongo que Todd también sabía que me trataba fatal, pero nunca me dijo por qué. Todd y yo siempre nos habíamos querido mucho y cuando me llevaron a prisión sé que hizo todo lo posible por ayudarme.

–Seguro que sí.

–Cuando supe que había muerto pensé que Janice se pondría en contacto conmigo, pero no lo hizo. No supe una palabra de ella –Geena no pudo disimular el temblor en su voz–. Tengo que verla y preguntarle por Todd, pero no sé donde está…

«Ni siquiera sé si ha tenido el niño que esperaba».

–En su última carta, Kellie decía que Janice ya no vivía en la habitación de mi abuela. El propietario la echó… junto con un tipo que se había mudado con ella. De modo que mis sospechas de que le era infiel a Todd se vieron confirmadas. Aparentemente, se marchó sin pagar el alquiler y sin dejar una dirección.

Colt apretó los labios, furioso.

–Imagino que, además, se llevaría cosas vuestras.

Geena se mordió los labios.

–Todd llevó allí las cosas de mi apartamento e imagino que Janice lo vendió todo. Los muebles no eran importantes, pero los recuerdos, las fotografías… eso no tenía precio.

En lugar de decir nada, Colt la envolvió en sus brazos. Geena sabía que era un gesto de consuelo, algo instintivo en él, pero no sabía cuánto necesitaba un abrazo y, poco a poco, empezó a relajarse mientras dejaba que las lágrimas rodasen por su rostro, con Colt acariciando su espalda.

Nunca habría esperado esa intimidad de un hombre tan reservado y no estaba preparada para los sentimientos que despertaban sus caricias.

Pero tenía que parar aquello antes de que perdiese la cabeza y buscase sus labios. Qué humillante sería cuando lo único que Colt había querido era consolarla.

Había conocido los brazos de otros hombres en el pasado, pero aquello era diferente. Totalmente diferente.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Geena se apartó.

–Temía ponerme a llorar si te hablaba de Janice, pero gracias por escucharme. Si tenía que llorar, me alegra de que haya sido contigo. Aunque siento crearte tantos problemas –Geena se acercó a la puerta–. Buenas noches, Colt.

Problemas, desde luego.

«Y tú no podías dejarla en paz, Brannigan».

Creía que había ido a la comisaría para localizar al hombre con el que estaba saliendo antes de ir a la cárcel y, de nuevo, había vuelto a equivocarse. Pero lo que le había contado del tal Kevin Starr explicaba que se guardase tanto para sí misma.

Y si había pensado que la noche anterior estaba nervioso…

Después de apagar las luces, Colt se dirigió a su habitación para darse una ducha fría que apagase el incendio que Geena había provocado. Y cuando se hubiera calmado un poco, podría llamar a Sheila.

Sheila era una atractiva forestal que trabajaba en Sundance. Se habían conocido unas semanas antes, cuando un grupo de ganaderos locales tuvieron que ayudar a apagar un incendio en Black Hills. Después, Sheila lo había invitado a una fiesta que organizaban los forestales el próximo sábado. Colt le había dicho que la llamaría unos días después porque no sabía cuándo iba a nacer la hija de su hermano y tenía que estar pendiente…

Pero ya no le quedaban excusas. La niña estaba allí y en el rancho había una nueva ama de llaves capaz de solucionar cualquier problema por sí sola.

Colt apretó los dientes. Saldría con Sheila y lo pasaría bien, aunque le fuese la vida en ello.

Mientras la familia se reunía para desayunar, Geena se sintió secretamente aliviada al ver que Colt se portaba como si no hubiera pasado nada. Claro que no había pasado nada. La explosión de deseo había sido cosa suya.

Aquella mañana, Colt devoró su desayuno antes de anunciar que los padres de Lindsey llegarían por la tarde.

–Puedes instalarlos en la habitación de invitados en el piso de arriba. Intentaré volver a tiempo para saludarlos.

Geena asintió con la cabeza, pero había notado que Hank no decía nada y, una vez que Colt se levantó, él desapareció también.

Unos minutos después llegó Trish, otra de las limpiadoras, que ya estaba avisada de la presencia de la nueva ama de llaves.

–¿Sabes que la mujer de Travis ya ha tenido la niña?

–Sí, me lo han dicho –respondió la mujer–. Qué alegría, ¿verdad?

–Desde luego. Travis y Lindsey vendrán aquí cuando salgan del hospital y los padres de ella van a alojarse unos días en el rancho, así que habrá que preparar la habitación de invitados.

–Por supuesto.

Cuando subieron al piso de arriba y pasaron frente a las habitaciones, Geena comprobó que la cama de Colt estaba deshecha, con las sábanas tiradas en el suelo. De modo que también él tenía un sueño agitado…

Aunque le encantaría ver de cerca las fotografías que había sobre su cómoda, jamás entraría en esa habitación a menos que tuviese una razón para hacerlo.

Su mujer debía ser una persona inolvidable para él si no había vuelto a

casarse, pensó. Tal vez la tal Sheila que Hank había mencionado era alguien importante para Colt.

Geena no quería estar celosa, pero pensar en Colt abrazando a otra mujer como la había abrazado a ella por la noche le encogía el corazón. Eso era lo que pasaba por estar encerrada durante más de un año sin ver a un hombre, se dijo a sí misma.

El día siguiente era su día libre y cuando fuese al pueblo a buscar un abogado pasaría por la tienda donde había comprado los vaqueros y la camisa blanca para saludar a Steve, decidió. Y si le pedía que saliera a cenar con él, lo haría. Tenía que hacer algo para olvidarse de Colt.

Después de comprobar que había toallas y sábanas limpias en la habitación, dejó a Trish con sus tareas y bajó al primer piso para buscar a Ina y Laura. Las encontró dando un paseo en el jardín.

–Me gustaría hacer un experimento con Laura, Ina.

–¿Un experimento?

–Cuando terminéis con vuestro paseo, ¿te importaría llevarla a la cocina? Voy a hacer galletas y he pensado que a Laura le gustaría ayudarme.

–Es una idea interesante. La llevaré en unos minutos.

–Muy bien.

Cuando aparecieron en la cocina, Geena había colocado masa para galletas sobre la mesa con dos cortadores que había encontrado en un cajón, uno en forma de corazón y otro con forma de hoja de trébol.

–Vamos a sentar a Laura aquí. Colt me dijo que antes le encantaba cocinar y tal vez le guste cortar masa para galletas.

–No perdemos nada por probar.

Geena cortó la masa con el cortador en forma de corazón y se lo mostró.

–¿Te acuerdas de esto, Laura? –le preguntó, poniendo el cortador en su mano y ayudándola a apretarlo sobre la masa. Apartó la mano después y esperó a ver qué hacía Laura. Y, como había esperado, la mujer apretó un poco más y luego levantó el cortador, mostrándole el corazón.

–¡Es perfecto! –exclamó Geena, viendo cómo Laura seguía haciendo galletas en forma de corazón.

–¿Quién lo hubiera imaginado? –murmuró Ina, sorprendida.

Laura era como una máquina de hacer galletas, de modo que Geena metió la bandeja en el horno y luego preparó otra lámina de masa e intentó que Laura usara el cortador en forma de hoja de trébol, pero la mujer se

negaba. Solo quería hacerlas en forma de corazón.

–Parece que lo estás pasando bien, mamá –oyeron la voz de Colt desde la puerta–. ¿También te acuerdas de que me gustan las que llevan almendras?

Ina sonrió.

–Geena ha tenido una idea estupenda. Nunca había visto a tu madre disfrutar tanto.

–Solía hacerlas en forma de corazón y ponía nuestros nombres en ellas –dijo Colt, mirando a Geena a los ojos.

–He intentado que usara el cortador en forma de trébol, pero no lo quería.

–Porque las hojas se rompían cuando las sacábamos de la bandeja. ¿No sería increíble que lo hubiera recordado?

–Si pudiese recordar algo más…

Si Colt la hubiese conocido en circunstancias diferentes y le hubiera pedido que saliera con él…

Entonces sabría que estaba interesado en ella de verdad. Pero, por el momento, lo único que sabía era que Colt era un hombre que se preocupaba por todo el mundo.

Él seguía mirándola y sus ojos se habían oscurecido con una emoción que Geena no podía entender.

–Estas galletas están riquísimas, por cierto. Prueba una –Colt la acercó a sus labios, obligándola a morderla, y el roce de sus dedos provocó un incendio en cada átomo de su piel–. Gracias por hacer esto por mi madre.

–Era un experimento. Pero como le ha gustado tanto, es posible que también le gustase hacer cosas con arcilla.

–Compraré arcilla y lo intentaremos –dijo él–. Bueno, voy a ducharme. Los Cunningham deben estar a punto de llegar.

–¿Crees que querrán comer algo antes de ir al hospital?

–No, no lo creo.

Cuando Colt salió de la cocina, Geena se dedicó a preparar la cena. Y luego hizo galletas con almendras y un pastel de limón.

Más tarde, sacó un mantel amarillo del aparador del comedor y lo puso sobre la mesa. Como iba a ser una fiesta de bienvenida, salió al jardín para cortar unas margaritas que colocó en dos jarrones, uno para el recibidor y otro para el comedor. Quedaba perfecto con los platos de porcelana y las copas de cristal, de modo que solo quedaba arreglarse ella misma.

Una vez vestida con una falda y una blusa de color azul, se sujetó el

pelo en un moño con un prendedor.

Mientras volvía al comedor oyó voces fuera y vio que había dos coches en la entrada.

Colt y Hank entraron un segundo después con flores, maletas y varias bolsas de pañales. Travis ayudó a su rubia esposa a salir del coche y luego sacó la sillita de seguridad en la que dormía el bebé.

Los suegros de Travis aparecieron inmediatamente después y la madre de Lindsey miró a Geena con cara de sorpresa.

–¿Quién es? –preguntó.

–Nuestra nueva ama de llaves, Geena Williams.

–¿En serio?

Pasando por alto su grosería, Colt hizo las presentaciones:

–Geena, ellos son los padres de Lindsey, Martha y Jim Cunningham.

–Encantada –dijo ella–. Y enhorabuena.

La señora Cunningham la miraba con gran interés.

–Gracias.

–Espere, deje que la ayude –se ofreció Geena, tomando las bolsas que llevaba en la mano–. Las llevaré a su habitación.

Cuando bajaba de nuevo, se encontró con Colt en la escalera, subiendo las maletas de la pareja. Con una camisa negra y un pantalón marrón claro, tenía un aspecto urbano y sofisticado que mostraba una nueva faceta de él.

–El comedor está precioso, gracias.

Ella intentó disimular los salvajes latidos de su corazón.

–De nada. He intentado que estuviera bonito.

–Te dije que hicieras tuya la casa y lo estás consiguiendo. Y todo el mundo está encantado, además.

Sus halagos significaban tanto para Geena que no sabía qué decir, de modo que murmuró un apresurado «gracias» antes de bajar a toda prisa.

Mientras iba a la cocina, vio que todo el mundo se había reunido en el cuarto de estar. Travis había pasado un brazo por los hombros de su esposa, que parecía agotada, Hank permanecía en silencio y Martha tenía al bebé en brazos. Era una cosita rosada, con el pelo castaño, una preciosidad.

Ina estaba sentada en el sofá, con Laura. Una abuela miraba al vacío mientras la otra jugaba con la recién nacida. No era justo y Geena se alejó, con el corazón encogido.

Mientras estaba haciendo café, Colt entró en la cocina.

–Lindsey está cansada, así que creo que deberíamos cenar ya.

–Muy bien.

Geena colocó los platos en la mesa para que cada uno comiera lo que quisiera y, mientras lo hacían, sirvió café y refrescos.

El padre de Lindsey la miró con cara de admiración.

–Este es el mejor pollo frito que he comido nunca.

–Amén –dijo Colt.

–Gracias.

–Lindsey tiene que descansar un rato –intervino Martha entonces.

Con esas palabras, la cena se dio por terminada y Geena pudo limpiar la mesa. Cuando terminó en la cocina, metió los paños en la lavadora. El mantel habría que llevarlo a la tintorería, pero lo haría al día siguiente.

Estaba a punto de ir a su habitación cuando Martha entró en la cocina.

–Ah, aquí estás.

–¿Quería verme?

–Sí –respondió la mujer–. Me gustaría que mañana nos subieras el desayuno a las ocho en punto. Lindsey querrá zumo de naranja, beicon y tostadas. A mi marido le gustan los huevos revueltos, pero yo solo tomo cereales con leche y un pomelo. Travis imagino que querrá de todo.

–Me encantaría ayudarla, señora Cunningham, pero los sábados y domingos son mis días libres y estaré fuera del rancho. Afortunadamente, ayer fui a la compra y en la cocina hay de todo. Cuando vuelva el lunes, le prepararé el desayuno que quiera.

La mujer levantó la barbilla, orgullosa.

–Mary siempre estaba a mano.

–Sí, me han dicho que era una mujer maravillosa y que todo el mundo la echa de menos –asintió Geena–. ¿Lindsey necesita algo para ella o para el bebé antes de que me vaya a la cama? He hecho galletas esta tarde, están en esa lata.

–No, no lo creo.

–Entonces, si me perdona, me voy a mi habitación.

Geena apenas había cerrado la puerta cuando oyó un golpecito. Colt estaba al otro lado y su corazón dio un vuelco. Aparentemente, su corazón no iba a acostumbrarse nunca a aquel hombre.

–He visto a Martha salir de la cocina con aires de duquesa. ¿Algún problema?

–No, ninguno.

Colt esbozó una sonrisa.

–Dime qué ha pasado.

–Martha no sabía que no trabajo los fines de semana.

–Ah, eso lo explica todo –dijo él–. Sé que mañana irás al cementerio a visitar la tumba de tu hermano.

Colt la conocía bien, pero no lo sabía todo. Si se lo contase intentaría ayudarla y no podía cargarlo con más problemas.

–Estaba a punto de ir a preguntarte si puedo llevarme la camioneta a Rapid City.

–Claro que sí.

–O podría ir a Sundance y tomar el autobús. Cuando vuelva de Rapid City…

–Yo tengo una idea mejor –la interrumpió Colt–. Mañana tengo que hacer unos recados, así que yo mismo te llevaré. Desayunaremos en Rapid City y haré mis recados cuando volvamos a Sundance. ¿Qué tal suena eso?

Geena pensó que sonaba como un sueño. Pasar el día con él era una fantasía, pero si aceptaba estaría saltándose la línea entre jefe y empleada para entrar en terreno personal.

Tal vez eso era lo que Colt quería, pensó entonces. ¿Sería así? ¿Podía atreverse a soñar?

–Parece que quieres hacerme un favor… otro favor. Pero yo sé que aquí te necesitan y me sentiría mejor si dejases que te compensara de algún modo.

–Por el momento, nadie se ha quejado de nuestra nueva ama de llaves. Me has liberado de muchas preocupaciones y ese es un lujo que no he tenido en mucho tiempo.

Geena no había contado con la atracción que sentía por Colt, una atracción que aumentaba por segundos.

–Muchas gracias.

–Muy bien, entonces, nos veremos en la puerta mañana a las siete y media. Nos escaparemos antes de que Martha venga a buscarte.

Ella soltó una risita.

–Me parece un poco cobarde escaparme sin hacer ruido.

–Algunas veces es mejor salir corriendo, ¿no crees?

–Si tú lo dices… al fin y al cabo, eres el jefe.

Lo había dicho sin pensar, pero tal vez había sido un error porque Colt se puso serio de repente.

–¿Necesitas algo antes de que suba a mi habitación? –le preguntó, su tono amable pero distante confirmando sus sospechas.

–No, gracias.

Lo había ofendido y no sabía por qué. Pero después de que se hubiera

ofrecido a llevarla a Rapid City no quería que hubiese ningún malentendido entre ellos.

Aunque tal vez estaba siendo paranoica.

Y si era así, la razón era que estaba loca por él. No debería haber ocurrido… de hecho, era lo último que Geena esperaba, pero no había otra explicación para que su corazón palpitase como loco cuando Colt Brannigan estaba cerca. Incluso cuando pensaba en él.

–Buenas noches –se despidió Colt antes de darse la vuelta.

¿Cómo sería no tener que darle las buenas noches?, se preguntó ella.

Lo que daría por saberlo.

CAPÍTULO 7

LOS padres y los abuelos de Geena compartían una tumba en el cementerio de Mount Calvary sobre la que depositó un ramo de flores silvestres. El otro lo dejó sobre la tumba contigua, en cuya lápida no había ninguna inscripción.

–Todd…

Geena tuvo que agarrarse a la lápida cuando se le doblaron las piernas y Colt hizo un esfuerzo para disimular su congoja al oírla pronunciar el nombre de su hermano con tal emoción.

Sin pensar, apretó su hombro y empezó a acariciarlo mientras ella lloraba con unos sollozos que resonaban dentro de él. Lo único que podía hacer era sujetarla mientras liberaba todo su dolor por el hermano que había perdido.

Colt sentía una enorme pena por ella, sola en el mundo. Había algo en aquella mujer que despertaba el deseo de consolarla.

«Di la verdad, Colt, quieres amarla».

Aunque él había perdido a su padre, su muerte había sido más fácil de soportar porque había vivido y había sido feliz. La vida de Todd Williams se había truncado a los treinta años, dejando a Geena sola en el mundo. Además, entonces estaba en prisión, incapaz de hacer nada, incapaz siquiera de ir a su entierro. Su dolor debía haber sido insoportable.

Colt sabía que no podía aliviarlo, pero había otras cosas que sí podía hacer.

–Antes de irnos –le dijo cuando Geena se calmó un poco– hablaremos con la funeraria para que pongan una lápida con el nombre de tu hermano.

–Iba a preguntarte ahora mismo si podíamos hacerlo. Gracias.

En la funeraria les dijeron que la lápida estaría lista en un par de semanas y, después de eso, volvieron a subir a la camioneta para ir a Sundance.

–¿Has intentando ponerte en contacto con el señor Phelps?

–Sí, pero me dijeron que estaría fuera de la ciudad toda la semana –Geena había dejado de llorar, pero seguía emocionada.

–Sé que quieres darle las gracias en persona, así que volveremos la semana que viene. Y, mientras tanto, tal vez pueda ayudarte a localizar a la novia de tu hermano. Así no tendrás que contratar un detective.

Ella levantó la cabeza.

–No, no, por favor, no puedo pedirte nada más. Por favor… ya has hecho demasiadas cosas por mí.

Que su reacción fuese tan apasionada dejaba claro que escondía algo.

–No me lo has pedido tú, te lo he ofrecido yo.

–Pero solo soy una empleada. De verdad, no quiero darte problemas.

Colt parpadeó. La noche anterior le había recordado que era su jefe y lo había molestado, lo cual era absurdo porque era la verdad. Y, sin embargo, Geena no le parecía una empleada. Las líneas que los separaban habían estado borrosas desde el principio y se volvían más borrosas con el paso de los días.

Ella no era como los demás empleados del rancho, ni una amiga o una pariente, era otra cosa. Y no sabía por qué lo afectaba como no lo había afectado ninguna mujer en mucho tiempo.

–Antes de irnos de Rapid City, ¿te gustaría pasar por la casa de tu abuela?

Geena negó con la cabeza.

–Creo que no podría soportarlo, pero gracias, de verdad. Estoy agotada y, si no te importa, me gustaría volver al rancho.

Colt no tenía la menor duda de que ver la tumba de su hermano la había afectado profundamente, pero intuía que había algo más, algo sobre Janice que no quería contarle. Le gustaría ayudarla, pero para eso tenía que ganarse su confianza.

–¿Qué te parece si vamos a dar un paseo a caballo cuando lleguemos al rancho?

–Pero no sé montar.

–Yo puedo enseñarte.

Geena lo miró, preocupada.

–Es parte de mi trabajo, ¿verdad?

Colt apretó el volante con fuerza mientras la veía morderse esos suculentos labios.

–Solo si tú quieres que lo sea.

–La verdad es que los caballos me dan miedo. Cuando era pequeña, un amigo de mi padre tenía caballos y me acerqué para darle una manzana a uno, pero me dio una coz en el tobillo. Sigo teniendo la cicatriz.

–Ah, entonces creo que ha llegado la hora de que te sientas cómoda con ellos, pero solo si tú quieres. Tenemos una yegua que se llama Carrot Top que es muy paciente, podría presentártela.

–No sé…

–Podríais miraros la una a la otra y decidir si queréis tener una relación.

Geena tuvo que sonreír.

–Colt…

Le gustaba tanto su sonrisa. Y era la primera vez que sonreía aquel día.

–Cuando lleguemos a Sundance me darás tu respuesta.

Y la respuesta había sido que le gustaría probar, por supuesto. Carrot Top era tan buena como Colt le había dicho y, después de media hora sobre la silla, no estaba tan nerviosa como había creído. La grandeza del paisaje hacía que todo mereciese la pena.

Y, por supuesto, estaba Colt, que se mostraba increíblemente paciente y amable con ella mientras la enseñaba a montar. Unos minutos antes le había quitado la bota para ver la cicatriz en su tobillo y el roce de sus dedos le había parecido tan erótico que había estado a punto de caerse de la silla.

Lo amaba… amaba a aquel hombre tan bueno y tan responsable, pero estaba jugando con fuego y lo sabía.

Tendría que pagar un precio muy alto por cada minuto que estuviera con él. Aunque debía admitir que había química entre los dos, pensar que hubiera alguna posibilidad de mantener una relación con Colt Brannigan era absurdo. Colt había estado casado una vez y desde entonces seguía soltero por alguna razón.

Y eso no iba a cambiar. Ella era su ama de llaves, nada más.

Pasar el día con él estaba afectándola más de lo que debería y la única manera de no cometer un grave error sería evitar que hubiese más días como aquel, decidió.

Pero cuando Colt la llevó a la pradera que tanto había admirado el general Custer, Geena lanzó una exclamación.

–¡Qué maravilla! Debes ser el hombre más afortunado del mundo…

–¿Entonces no lamentas estar montando a caballo?

–No, no. ¿Cómo iba a lamentarlo? Pero dan ganas de lanzarse sobre las flores y rodar sobre ellas… –Geena lamentó esas palabras en cuanto las hubo pronunciado. Seguramente Colt pensaría que había querido decir rodar con él… y no se equivocaría.

–Me alegro mucho de que te guste, pero creo que has tenido suficiente por un día. Si sigues sobre la silla un minuto más me maldecirás mañana, cuando no puedas caminar.

Geena esbozó una sonrisa.

–No lo creo.

–El próximo sábado te llevaré a esa colina –dijo Colt–. Hay un cobertizo que llamamos El refugio del pastor… fue construido hace ciento cincuenta años y aún sigue en pie.

No, no lo harían porque ella no lo permitiría. Si volvía a estar a solas con él no sería capaz de apartarse. Si algún día le pidiera que se quedase en el rancho… bueno, entonces sería diferente. Pero Geena sabía que eso no iba a pasar y debía mantener la cabeza fría.

Suspirando, siguió a Colt de vuelta al establo. Ninguno de los dos parecía inclinado a hablar y ella no podía dejar de revivir cada momento del día.

Le encantaba estar con él, pero era peligroso. En el cementerio, cuando puso una mano en su hombro, había estado a punto de abrazarlo…

Y ese hubiera sido un terrible error por su parte ya que solo la había llevado a Rapid City por generosidad.

Antes de que pudiese ayudarla, Geena saltó de la silla.

–¿Debo cepillar a Carrot Top?

La mirada de Colt hizo que sintiera un escalofrío.

–Ese es mi trabajo. Lo que tú debes hacer es meterte en una bañera de agua caliente.

Geena tragó saliva, imaginándolos a los dos en esa bañera…

–Sí, creo que será lo mejor. Gracias por todo, Colt, te veo luego.

Prácticamente corrió hacia la casa y, una vez en el interior, entró en su habitación, agradecida al no encontrarse con nadie. Después de darse una ducha rápida, se puso un pantalón vaquero y una blusa de color verde y se dirigió a la puerta.

Esperaba que Colt siguiera en el establo y no la viera subir a la camioneta. Naturalmente, tarde o temprano vería que no estaba en la puerta, pero para entonces ya estaría en Sundance.

Había visto una peluquería en el pueblo el día anterior y se dirigió hacia allí, decidida a cambiar de imagen. La recepcionista le dijo que tendría que esperar diez minutos, de modo que tomó una revista, aunque no era capaz de concentrarse. El día que había pasado con Colt era memorable por demasiadas razones…

Cuando la peluquera se acercó a ella para preguntarle qué quería hacerse, Geena respondió:

–Cortarme el pelo. En mi trabajo tengo que cocinar y suelo hacerme una trenza para que no me moleste. ¿Qué tal una melenita por encima de los hombros?

–Tiene una cara perfecta para ello –respondió la peluquera–. Déjemelo a mí, va a quedar preciosa.

Media hora después, Geena salía de la peluquería sintiendo como si pesara cinco kilos menos. Le gustaba que su nueva imagen fuese diferente a la imagen del pasado y, sobre todo, a las fotografías que la policía había tomado en el momento de su detención y durante el juicio.

Ir a visitar la tumba de Todd esa mañana le había hecho mucho bien. La había liberado del dolor que llevaba consigo por no haber podido decirle adiós.

De nuevo, Colt era su hada madrina. Había hecho tanto por ella… Geena no sabía cómo pagarle, pero algún día encontraría la manera de hacerlo.

Hasta ese momento, debía concentrarse en encontrar a Janice sin su ayuda. Cuando viera al señor Phelps el próximo sábado, le preguntaría si conocía a un buen abogado que pudiera darle el teléfono de un investigador privado. Iría en bicicleta a Sundance y desde allí tomaría el autobús a Rapid City.

Con ese plan en mente, Geena decidió pasar por Bradford's para saludar a Steve. Pero cuando bajó de la camioneta vio que la tienda estaba cerrada. El cartel de la puerta decía que los sábados cerraban a las cinco y media y eran las seis menos cuarto.

Pero cuando se alejaba, escuchó una voz tras ella:

–¿Geena?

Ella se dio la vuelta. Para su sorpresa, Steve estaba en la puerta de la tienda.

–Hola. Me sorprende que recuerdes mi nombre.

Él sonrió de oreja a oreja.

–Por supuesto que lo recuerdo. De hecho, estaba esperando volver a

verte. ¿Has venido con tu jefe?

Geena tuvo que sonreír.

–No, es mi día libre. Tenía que venir al pueblo a comprar unas cosas y había pensado comer algo…

–Qué coincidencia, yo acababa de cerrar la tienda para hacer lo mismo y te vi en la puerta. Pero no sabía si eras tú, estás muy cambiada.

–Me he cortado el pelo.

–¿Qué tal si tomamos una pizza en la esquina? Son muy buenas. Y hay un cine cerca de aquí. Podríamos ir a ver una película después de cenar.

–Eso suena estupendo.

Tres horas mas tarde, salían del cine.

–Me han invitado a una fiesta en la discoteca Lariat esta noche –dijo Steve–. Es una fiesta que organizan los forestales para la gente que ayudó a apagar el incendio en Black Hills hace unas semanas y habrá una orquesta y todo. ¿Te apetece ir?

–No sé…

–Cuando quieras irte, te seguiré al rancho. Así irás tranquila.

Steve era un chico muy agradable y, aunque empezaba a dolerle todo el cuerpo como Colt había predicho, tal vez sería buena idea ir a bailar. Cualquier cosa para olvidarse de él.

–Bueno, de acuerdo.

Steve le pidió que lo siguiera con la camioneta hasta el otro lado del pueblo y cuando llegaron a la discoteca la música podía oírse desde la puerta.

–Parece que la fiesta ya ha empezado.

El local estaba lleno de gente y Steve puso una mano en su espalda para llevarla hacia la pista de baile.

–Vamos a bailar antes de que la orquesta se tome un descanso.

Geena no había vuelto a bailar desde la última vez que lo hizo con Kevin, pero Steve era un buen bailarín y su energía era contagiosa. Sin embargo, cuando la canción terminó, la sonrisa del joven desapareció de repente.

–Tal vez esté viendo visiones, pero creo que la forestal que me invitó a la fiesta se acerca con tu jefe.

¿Colt estaba allí?

El corazón de Geena se aceleró de tal forma que casi no podía respirar.

–Hola, Steve, me alegro de que hayas podido venir. ¿Quién es tu amiga?

Colt la miraba, en silencio. Parecía enfadado, pero no tenía sentido…

–Geena Williams –la presentó Steve–. Es la nueva ama de llaves del rancho Floral Valley. Geena, te presento a Sheila Wilson, una de las forestales de Sundance.

La rubia miró a Colt, sorprendida.

–No me habías dicho que ya hubieras encontrado ama de llaves –le dijo, volviéndose después hacia Geena con una sonrisa que no parecía muy sincera. La forestal escondía bien sus sentimientos, pero ella había visto su sorpresa al saber que vivían bajo el mismo techo.

–Encantada de conocerte.

–Me alegro de que hayas podido venir. Cuantos más, mejor –Sheila la miraba a los ojos, como si estuviera marcando su territorio, pero no había pelea posible.

–¿Has ido de compras esta tarde? –le preguntó Colt.

–No, le dije a Steve que pasaría por la tienda la próxima vez que viniera al pueblo y acabamos de salir del cine.

–Si nos perdonáis, íbamos a comer algo –Steve puso una mano en su espalda para llevarla hacia una mesa, pero incluso en medio de tanta gente Geena podía sentir los ojos de Colt clavados en su espalda–. ¿Por qué no vamos a otro sitio? –sugirió él entonces.

Y Geena asintió con la cabeza. Ver a Colt allí había arruinado su buen humor y, sobre todo, sus planes de olvidarse de él por una noche.

Cuando iba a abrir la puerta de su camioneta, Steve se lo impidió.

–Si las miradas matasen…

–Colt no te ha mirado mal, no digas eso.

–¿Vas a contarme qué hay entre tu jefe y tú?

–Nada en absoluto.

–Pero te miraba como si fueras de su propiedad, igual que el otro día. Dime la verdad, ¿hay algo entre vosotros?

–No hay nada entre nosotros. Solo soy su empleada, pero es complicado.

Si le explicaba su situación, Steve entendería que Colt fuese tan protector con ella, pero Geena decidió que no tenía sentido hacerle perder el tiempo.

–Hazme un favor: si alguna vez deja de ser complicado, yo estoy interesado.

–Lo siento, Steve. No quería que te sintieras mal…

–No es culpa tuya.

–No esperaba encontrarme aquí con Colt.

–El otro día, Sheila me dijo que estaba loca por él desde que lo conoció. Pero ahora entiendo por qué la relación entre ellos nunca ha prosperado.

–Pero si yo solo llevo una semana en el rancho.

–Sheila se dedica a apagar fuegos y ella misma te diría que solo hace falta una chispa para iniciar uno.

Eso era lo que Geena sentía desde que conoció a Colt Brannigan. Colt se había compadecido de ella y le había ofrecido su hospitalidad, pero una sola mirada a esos ojos pardos y una chispa se había encendido dentro de ella. Una chispa que no se había apagado desde entonces.

–Gracias por la cena y por la película. Lo he pasado muy bien contigo, de verdad.

–Te creo –dijo él–. Vamos, te seguiré hasta el rancho.

–Son las once, no es tan tarde. Y solo son dieciocho kilómetros. Además, he visto unas chicas muy guapas dentro. Vuelve a la fiesta y pásalo bien. No te preocupes por mí.

–Como quieras. Nos vemos por ahí, Geena.

Le había hecho daño, porras.

Metiendo la llave en el contacto, Geena arrancó el motor de la camioneta y salió a la carretera. Tal vez debería renunciar a su puesto, marcharse en su bicicleta y desaparecer de la vida de Colt. Gracias a él tenía ropa nueva y algo de dinero para empezar en otro sitio. Y, con el tiempo, llegaría el cheque del Estado.

Solo tenía que esperar.

Cuando tomaba el camino de tierra que llevaba al rancho vio unos faros tras ella. Aparentemente, Steve había decidido seguirla de todas formas…

Pero cuando bajó de la camioneta estuvo a punto de chocar con un torso de acero.

–¡Colt! Pensé que era Steve quien iba detrás de mí.

–Siento que te hayas llevado una desilusión –dijo él.

Geena frunció el ceño.

–No me he llevado una desilusión. De hecho, le pedí que no me siguiera, pero me sorprende verte aquí… ¿no estabas con Sheila?

–Digamos que la noche ha sido un fracaso para todos.

–¿Por mi culpa? –exclamó ella–. ¿Has venido hasta aquí para decirme eso?

–No, no he venido para eso.

–¿Entonces qué pasa?

–Ojalá lo supiera –respondió Colt, con una expresión que Geena no podía entender.

–Tal vez te precipitaste al contratarme.

–¿Qué?

–Me quedaré aquí unas semanas más, hasta que encuentres otra ama de llaves. ¿Qué te parece?

Él enarcó una ceja.

–Pensé que necesitabas el trabajo.

–Y así es, pero fuiste tú quien dijo que el puesto era temporal, para ver si nos llevábamos bien. Y veo que esto no está funcionando…

–¿He dicho yo eso?

–En cierto modo. Es evidente que estás enfadado y…

Colt tomó su cara entre las manos.

–Tal vez sea porque después de lo bien que lo hemos pasado juntos, me ha sorprendido ver que lo pasabas bien con otro hombre.

Geena le había pedido que fuera siempre sincero y Colt merecía que también ella lo fuese.

–¿Qué crees que he sentido yo al verte con Sheila? El día que me contrataste, Hank me dijo que estabas hablando con ella por teléfono y me pregunté si sería alguien importante para ti.

–Nunca había salido con ella y la única razón por la que acepté ir a la fiesta era no hacerle un desaire, pero como puedes ver no he podido quedarme después de verte a ti –los ojos de Colt se iluminaron–. Te has cortado el pelo.

–Quería un cambio.

–Siempre serás una mujer preciosa… y tengo que hacer esto, no puedo evitarlo.

De repente, Colt se apoderó de sus labios y su deseo por él era tan fuerte que Geena no se molestó en protestar. Al contrario, se apretó contra él, echándole los brazos al cuello.

Colt se apartó unos segundos después y, mientras ella intentaba recuperar el aliento, él enterró la cara en su pelo.

–Dime qué pasó después de que te detuvieran.

–¿Qué?

–Cuando Kevin no volvió a ponerse en contacto contigo… ¿temes que se haya ido con la novia de tu hermano?

¿Qué?

Geena no podía creer que hubiera preguntado eso.

–No, no… yo no estaba enamorada de Kevin.

–¿No?

–En la universidad me enamoré de un hombre con el que pensé que me casaría, pero descubrí por un amigo que me había estado mintiendo y solo estaba separado de su mujer, no divorciado. Me dijo que solo era una cuestión de tiempo y me suplicó que no lo dejase, pero yo estaba desolada… por fin, decidí olvidarme de él y empecé a salir con otros chicos, incluyendo a Kevin cuando volví a Rapid City, pero no había nada especial entre nosotros. Es difícil recuperar la confianza una vez que te han traicionado.

Colt pasó las manos por sus brazos.

–¿Y crees que no puedes confiar en mí?

–Tú sabes que confío en ti.

–Entonces, explícame por qué no quieres que te ayude a encontrar a la mujer que robó tus cosas.

–Porque no es problema tuyo y no quiero molestarte más. Ya has hecho más que suficiente por mí, Colt. Tú mismo me has dicho que a veces te sientes abrumado por tantas responsabilidades…

–¿De qué estás hablando?

–Además, yo no soy la típica ama de llaves. ¿Crees que no sé que tu familia debe estar preguntándose de dónde he salido?

–Tenía razón –dijo Colt, mirándola a los ojos–. Necesitas hacer terapia, Geena. ¿Has llamado al psiquiatra?

–No, aún no. Buscaré uno en Rapid City cuando vuelva allí.

–Sé que hay algo que no me cuentas y eso significa que tienes miedo.

–Yo podría acusarte de lo mismo.

Colt frunció el ceño.

–Explícame eso.

–No sé nada sobre tu vida privada, solo que estás divorciado.

Y nunca te he preguntado nada porque pensé que no tenía derecho a hacerlo.

–Tienes razón –asintió él por fin.

–Mira, yo creo que debería irme. Esto se está complicando demasiado.

–Pero…

Geena se alejó a toda prisa, sin dejar que terminara la frase.

Abrumado por la pasión que había habido en aquel beso, Colt se quedó inmóvil unos segundos, intentando recuperarse.

Cuando por fin pudo moverse, sus piernas parecían pesar una tonelada.

Había metido la pata, pero no pensaba dejar que Geena se fuera del rancho, decidió. Los dos tenían problemas de confianza, pero después de pasar trece meses en la cárcel por un crimen que no había cometido, los de Geena debían ser aún peores. Desgraciadamente, él había estado actuando como su guardaespaldas, apartando a todo el mundo de su lado… y lo que había conseguido era asustarla.

Decidido a aclarar las cosas, entró en la casa como una tromba y, sin prestarle atención a Hank, que lo miraba con cara de sorpresa, fue directamente a la habitación de Geena.

–Soy Colt, quiero hablar contigo un momento.

–¿Podemos hablar mañana? Estoy agotada –respondió ella a través de la puerta.

Colt dejó escapar un suspiro.

–Mañana es tu día libre.

–No pienso ir a ningún sitio, así que le haré el desayuno a Martha.

–No tienes por qué.

–Lo sé, pero quiero hacerlo. Y tal vez Lindsey me deje ver a la niña. Me muero por verla –Colt notó que le temblaba la voz y, como siempre, eso le encogió el corazón.

–Si me lo hubieras dicho, yo se lo habría pedido.

–Lo sé, tú lo arreglas todo.

Allí estaba otra vez, intentando manejar su vida. Y lo último que quería era que Geena estuviera resentida contra él.

«¿Entonces qué quieres, Brannigan?».

La respuesta a esa pregunta lo aterrorizaba por miedo a que ella no quisiera lo mismo.

–Que duermas bien, Geena.

Colt se dio la vuelta para apagar luces y cerrar puertas y solo haciendo un esfuerzo sobrehumano subió a su habitación en lugar de volver a la de Geena.

Pero Hank estaba allí, sentado sobre su cama.

–¿Qué haces aquí?

–¿Qué hay entre Geena y tú? –fue la repuesta de su hermano.

Colt cerró la puerta y se apoyó en ella.

–Responderé a esa pregunta cuando tú me cuentes qué pasa contigo y con Lindsey. Creí que lo vuestro había terminado cuando empezó a salir con Travis.

–Terminó para ella –le confesó Hank.

Eso respondía una de las preguntas de Colt.

–¿Y qué piensas hacer?

Hank sacudió la cabeza.

–Sé que me has necesitado aquí durante estas semanas, pero cuando me quiten la escayola el lunes me gustaría ir a Casper unos días. ¿Qué tal si me quedo en casa de Robert hasta que Travis y Lindsey vuelvan a la suya? Alejarme de ella me ayudará a pensar con claridad.

–Me parece buena idea.

–Gracias –Hank se levantó para abrazarlo y Colt le devolvió el abrazo, esperando que conociese a otra chica en Casper. Y lo antes posible.

–Tal vez cuando yo vuelva tú deberías hacer lo mismo.

–¿Qué?

–Pasar unos días en casa de Robert –sugirió Hank–. Geena te tiene más alterado que el toro que me pisoteó.

Y su hermano tenía toda la razón.

CAPÍTULO 8

GEENA levantó el teléfono de la cocina y pulsó el número que conectaba con el dormitorio de invitados del piso de arriba. Martha respondió de inmediato.

–¿Lindsey? –exclamó, angustiada.

–No, señora Cunningham, soy Geena. Tengo el desayuno preparado. ¿Quiere que lo sirva en su habitación o en la de Lindsey?

–Ah, pensé que hoy era tu día libre. Bueno, da igual, súbelo a mi habitación. Y trae azúcar para los cereales.

Por un momento, Geena se sintió como Cenicienta, siguiendo las instrucciones de su malvada madrastra.

–Subiré enseguida.

Cuando llegó arriba con la bandeja, rezando para que no se le cayera, Jim estaba en la puerta de la habitación, en pijama.

–¡Qué guapa estás con ese nuevo corte de pelo! –la saludó, con una sonrisa en los labios–. Muchas gracias, Geena.

–De nada, señor Cunningham.

Geena entró en la habitación para dejar la bandeja sobre la mesa. Martha estaba sentada en la cama, cepillándose el pelo, pero no se molestó en darle los buenos días.

–Espero que hayas traído el desayuno para mí también.

Al escuchar la voz de Colt, Geena se dio la vuelta. Con un polo blanco y unos vaqueros nuevos estaba tan guapo que no podía apartar la mirada. Pero tenía que hacerlo.

–Tu desayuno está abajo. No sabía que quisieras desayunar en tu

habitación.

–No, no, era una broma.

Colt se alejó y cuando Geena volvía a la cocina lo vio salir de la habitación de Lindsey con el bebé en brazos.

–Te presento a Abigail Brannigan, mi sobrina y nuevo miembro del clan. Abigail era el nombre de la abuela de Lindsey –Colt le hizo un guiño mientras la ponía en sus brazos y Geena tuvo que sonreír.

–Qué preciosa es –murmuró. Colt se había asegurado de que viese a la niña y lo amaba por ello–. Bienvenida al mundo, Abby –incapaz de contenerse, le dio un beso en la mejilla, el calor del cuerpecito del bebé despertando su instinto maternal.

Le gustaría tener un hijo propio…

Con Colt como padre.

Haciendo un esfuerzo para controlar las lágrimas, Geena le devolvió la niña.

–Gracias –murmuró. Estaba tan emocionada que tenía que alejarse de allí cuanto antes.

Cuando llegó a la cocina, Hank estaba desayunando y sus ojos se iluminaron al verla.

–Creo que voy a tener que casarme contigo para seguir comiendo así de bien.

Ella intentó sonreír. Si Colt hubiera dicho eso…

–Hoy pareces más contento.

–Lo estoy. Mañana me quitan la escayola y luego me tomaré unas vacaciones.

–¿Ah, sí? ¿Dónde vas?

–A Casper.

Colt entró en la cocina en ese momento.

–¿Queda algo de comida para mí?

–Mucha –respondió ella, sin mirarlo–. Siéntate, te serviré el desayuno enseguida.

–Si alguien pregunta por mí –dijo Hank, dejando su plato sobre la encimera–, he ido a dar un paseo.

–Que lo pases bien. Y piensa que mañana serás libre.

–Después de lo que tú tuviste que sufrir durante trece meses, yo no puedo quejarme por seis semanas.

Geena miró a Hank, perpleja.

–¿Lo sabes?

–Cuando me dijiste que eras la nueva ama de llaves recordé la llamada de la directora de la cárcel y me puse en contacto con ella.

De modo que Colt había cumplido su palabra, no había dicho nada…

–¿Y no te importa?

–¿Por qué iba a importarme? Eres inocente. Además, ya te he dicho que eres lo mejor que le ha pasado a este rancho en mucho tiempo. Y, por cierto me encanta tu corte de pelo.

–Gracias –murmuró Geena.

Hank se acercó para darle un beso en la mejilla antes de salir de la cocina.

–¿Te importa sentarte un momento, Geena? Quiero hablar contigo –dijo Colt.

–No, claro.

–¿Podemos empezar otra vez?

–¿Qué quieres decir?

–Exactamente lo que he dicho. Necesitas toda la ayuda posible para rehacer tu vida y yo quiero ayudarte.

–No puedes evitarlo, ¿verdad? Siempre tienes que estar ayudándome –bromeó–. Por eso eres el cabeza de familia. Y te admiro más de lo que puedas imaginar.

«Te amo más de lo que puedas imaginar».

Colt frunció el ceño y Geena recordó que no le gustaban los cumplidos.

–¿Has estado en Devil's Tower?

–No, pero he oído hablar de él.

–Es un sitio sagrado para los Lakota y, como hace un día tan bueno, ¿qué tal si metemos dos bicicletas en mi camioneta y vamos a verlo?

–¿Tienes una bicicleta?

–Por supuesto –respondió Colt–. Si no te apetece, me pondré a revisar los libros de contabilidad.

¿Pasar un día con Colt? Nada le gustaría más, aunque sabía que no debería.

«Rápido, Geena, antes de que retire la invitación».

–Me encantaría –dijo por fin.

Once horas después de visitar la atracción turística en Black Hills, Colt la llevó a Hulett, un pueblo a doce kilómetros de Sundance donde prometían el mejor filete de buey de todo el Estado. En el restaurante había música en directo y Colt llevaba todo el día esperando una oportunidad. Si

tenía que esperar cinco minutos más para abrazarla se moriría.

El antiguo Colt la hubiera tomado entre sus brazos sin pedir permiso, pero estaba intentando portarse como un caballero y, aparentemente, era lo mejor porque cuando le preguntó si quería bailar, Geena aceptó, aparentemente encantada.

Colt sentía que habían atravesado esa línea divisoria en aquel viaje, que ya no eran jefe y empleada sino algo más.

–No sé si voy a poder bailar mucho rato, me tiemblan las piernas de montar en bicicleta.

–¿Qué ejercicio te ha parecido más duro, montar en bicicleta o sobre Carrot Top?

–Yo creo que la bicicleta.

Colt la tomó por la cintura cuando llegaron a la pista de baile, sintiendo cada curva de su cuerpo bajo los dedos. Eso era lo que necesitaba, tenerla apretada contra su torso, respirar el aroma de su pelo.

Geena lo embriagaba.

Unos minutos después la miró a los ojos, pero ella bajó la cabeza.

–¿Estás muy cansada?

–No, no. Hace una semana estaba tumbada en el camastro de la cárcel, preguntándome qué iba a hacer con mi vida. Si alguien me hubiera dicho que poco después un buen samaritano me rescataría y me llevaría a bailar habría pensado que estaba loco.

–¿Un buen samaritano?

–Sí, ese eres tú.

Intrigado por la analogía, Colt le preguntó:

–¿En ese caso, qué impide que haga algo más por ti? Estoy intentando mejorar mi imagen como un tipo que no hace las cosas a medias y tú podrías ayudarme confiando en mí.

–No te entiendo.

–Antes, cuando tenías a Abby en brazos, he notado que te emocionabas… ¿por qué?

–No lo sé, supongo que las mujeres nos emocionamos al ver un recién nacido. Además, al verla me ha dado pena que Todd muriese tan joven y no tuviera la oportunidad de formar una familia.

Colt sabía que estaba diciendo la verdad, pero no toda la verdad.

–¿Sabes que cuando la saqué de la cuna lo primero que pensé fue llevársela a mis padres? Mi divorcio los disgustó mucho… creo que estaban deseando tener nietos y empezaban a desesperar de que yo se los

diera.

–Oh, Colt… –los ojos de Geena se llenaron de lágrimas–. Estoy siendo una egoísta por pensar solo en mí misma –estaban tan cerca que, sin poder evitarlo, le dio un beso en los labios antes de apartarse–. Vamos, el famoso filete está esperando.

El sabor de sus labios se quedó con Colt durante la cena, pero cuando la camarera les llevó el postre, Geena le hizo una pregunta que no había anticipado:

–¿Trajiste aquí a tu mujer alguna vez?

–No –respondió él.

–¿Cuánto tiempo estuviste casado?

–¿Por qué quieres saberlo?

–¿Tú por qué crees? Me gusta saber cosas de la gente, sobre todo de la gente que me cae bien.

–Te lo contaré mientras volvemos a casa.

–Como quieras.

Bailaron de nuevo después de cenar, pero esa conversación había cambiado el tenor de la noche. Aunque por cómo se apoyaba en él, Colt sabía que le gustaba. Cuando la orquesta tomó un descanso, le preguntó si quería quedarse un rato más, pero Geena negó con la cabeza.

–No, yo creo que deberíamos volver al rancho.

En lugar de tomar el camino que llevaba a la casa, Colt tomó el que llevaba a la pradera. Nadie los molestaría allí.

–Te he traído aquí porque está muy oscuro. Si miras el cielo, verás mejor las constelaciones.

–La primera noche que pasé fuera de la cárcel dormí un rato bajo ese pino tan grande delante de tu casa. Pero antes estuve mirando las estrellas… casi parecía que podía tocarlas. Fue una noche preciosa.

Él se movió en el asiento, incómodo.

–Hasta que Titus y yo aparecimos y te arruinamos el momento.

Geena se volvió hacia él con una sonrisa en los labios.

–Cuando mi corazón volvió a latir a un ritmo normal, no me importó. Especialmente después de que me invitaras a entrar en tu casa en lugar de echarme a patadas.

–Yo nunca haría eso.

–Por cómo hablaban de ti los hombres en el almacén de piensos pensé que tendrías cincuenta años. En lugar de eso, me encontré con un caballero andante que me rescató del dragón. No dejaba de preguntarme por qué no

habías aparecido antes para sacarme de la cárcel…

–Geena…

–Pero creo que he sido paciente y merezco saberlo todo sobre la mujer que capturó tu corazón. Naturalmente, imagino que sería guapísima, rubia quizá y delicada, la clase de mujer que despierta el instinto protector en un hombre. ¿Voy muy descaminada?

–No, Cheryl era rubia.

–¿Cuántos años tenía?

–Veinte. Y yo tenía veintiuno.

–Y os enamorasteis a primera vista.

Colt examinó sus facciones en la oscuridad.

–Algo así. Pero no era un amor de verdad, solo hormonas enloquecidas.

–Seguro que había algo más.

–No, no lo había. Era el típico caso de opuestos que se atraen.

Geena lo miró especulativamente.

–¿No era una chica de aquí?

–No, era la hija de un cirujano de San Francisco.

–¿Y cómo os conocisteis?

–Ella estaba de vacaciones con una amiga de la universidad y decidieron ir al rodeo en Reno. Yo gané el campeonato esa noche y Cheryl estaba entre la gente, saludándome. Pasé el día siguiente con ella y nos enamoramos.

–¿Cuánto tiempo tardasteis en casaros?

–Seis semanas –respondió Colt–. Cheryl me seguía por el circuito y cuando llegamos a Elko no podía concentrarme en nada más, así que nos casamos y fuimos de luna de miel a Hawái. Pero luego la llevé al rancho porque había mucho trabajo… vivíamos en la casa en la que ahora viven Travis y Lindsey.

–Creo que puedo imaginar el resto –dijo Geena–. A Cheryl no le gustaba la vida en el campo y echaba de menos a sus amigos de la ciudad.

–Quería que fuéramos a California y que yo buscase un trabajo allí.

–Entonces es que no te conocía. Tú no podrías darle la espalda a tu familia y a tus recuerdos. A mí me pasa lo mismo.

Mejor que nunca, Colt entendió por qué había insistido en que su trabajo como ama de llaves fuese temporal. Geena quería volver a Rapid City y si alguien merecía rehacer su vida, era ella.

Angustiado por lo que había tenido que sufrir, Colt estaba decidido a ayudarla, quisiera Geena o no.

–Mañana llevaré a Hank al médico para que le quiten la escayola y luego a Casper, donde va estar unos días con nuestro primo Robert –le dijo, mientras volvía a arrancar la camioneta–. Seguramente no volveré hasta el miércoles, pero si ocurriese algo llama a Mac. Y si no lo localizas, siempre está Travis.

–Me alegro por Hank, seguro que le sentará bien salir de aquí unos días.

Colt hizo una mueca.

–En caso de que no te hayas dado cuenta, mi hermano cree que sigue enamorado de Lindsey.

Ella lo miró, perpleja.

–Pero es su cuñada.

–Hank y ella salieron juntos durante un par de semanas, pero Lindsey conoció a Travis y se enamoró locamente.

Geena asintió con la cabeza.

–Eso explica que siempre esté de mal humor. El pobre debería buscarse otra novia… Mandy tal vez. Seguro que ella estaría encantada.

Colt soltó una carcajada.

–¿Cómo sabes tantas cosas sobre todo el mundo en tan poco tiempo?

–Muy fácil. En la cárcel estuve observando a las demás mujeres durante trece meses y creo que aprendí a entender ciertas miradas. Y he visto cómo Mandy miraba a Hank. Aunque es lógico, los Brannigan habéis tenido suerte con los genes –acababan de llegar a la casa y Geena saltó de la camioneta–. Que tengas buen viaje.

–Gracias.

–Vuelve a casa sano y salvo. El rancho no podría seguir adelante sin ti.

Lo último que Colt vio fueron sus ojos azules brillando a la luz de la luna.

CAPÍTULO 9

EL MIÉRCOLES por la mañana, Colt salió del rancho de su tío y voló de Casper a Rapid City para ver al teniente Crowther, el hombre que había encontrado al verdadero asesino de Rupert Brown.

–Como le he dicho antes por teléfono, el hermano de Geena, Todd Williams, murió mientras ella estaba en la cárcel.

–Lo sé –asintió el teniente.

–Estoy intentando ayudar a Geena a encontrar a la mujer que vivía con Todd cuando ella fue detenida porque le gustaría recuperar sus posesiones. Todo lo que tenía ha desaparecido y sospecha que se lo ha llevado Janice Rigby. ¿Sabe algo de ella?

El hombre asintió con la cabeza.

–Sabemos mucho de ella.

–¿Ah, sí?

–Geena insistía en su inocencia y le dio a su abogado el nombre de varias personas que podrían haber cometido el crimen. Janice Rigby estaba en mi lista de sospechosos mientras intentaba reconstruir los hechos. Pero tiene un alias… seguramente más de uno –el teniente le entregó un papel–. Léalo, por favor.

Cinco años antes, Janice Rigby había estado en la cárcel durante un año, bajo el nombre de Angie Rigby, por posesión de drogas. Después de eso, tenía una larga lista de detenciones por hurtos en la zona de Black Hills. La última la había puesto entre rejas durante quince días, mientras Geena estaba en prisión.

Colt levantó la cabeza. Aquella mujer había utilizado a Todd para

sacarle dinero. Y sabiendo cuánto quería Geena a su hermano, lamentaba tener que contarle aquello.

–Cuando Geena la conoció pensó que Janice se veía con otro hombre aparte de su hermano.

–No sería extraño.

–Tiene una adicción, de modo que seguramente habrá vendido las posesiones de Geena y Todd para comprar droga.

El teniente frunció el ceño.

–Me temo que sí. Y dudo que siga en Rapid City, pero buscaré en la base de datos nacional. Si encuentro algo, lo llamaré por teléfono.

–Muchas gracias.

–Una cosa más… hay algo que no está incluido en esos antecedentes. Durante su último arresto le hicieron un examen físico y descubrieron que estaba embarazada de seis meses.

¿Embarazada?

Geena tenía que saberlo, pero no le había dicho nada.

–No tenía ni idea.

–Dado el pasado de esta mujer, tal vez el hijo no era de su hermano, por eso no le ha dicho nada.

–Cierto.

Pero tal vez el bebé era de Todd. Y si era así, Geena tendría un sobrino o sobrina en alguna parte. Y la posibilidad de que el bebé fuera hijo de Todd explicaría su deseo de encontrar a Janice.

De repente, todo estaba claro para él.

–Gracias, teniente. Me ha ayudado más de lo que pueda imaginar.

Después de pasar unos días fuera del rancho siempre estaba deseando volver, pero cuando las ruedas de su Cessna tocaron la pista de aterrizaje le parecía como si hubieran pasado meses desde la última vez que vio a Geena y tuvo que contenerse para no ir a casa corriendo.

Pero cuando entró en la cocina, ella no estaba. Oyó voces en la terraza y encontró a Travis y Lindsey almorzando con Ina y su madre.

–Hola a todos.

–¡Hola, Colt!

–¿Dónde están tus padres, Lindsey?

–Han ido a Gillette a una fiesta, pero volverán este fin de semana.

–¿Y Abby?

–Geena se ha ofrecido voluntaria para quedarse con ella hasta que tenga que volver a darle el pecho.

–Geena es asombrosa –asintió Travis–. Siéntate y come algo. ¿Cómo está Robert?

–Ya he comido y tengo que hacer algo, así que hablaremos a la hora de cenar.

Colt se dirigió a la escalera a toda prisa, subiendo los escalones de dos en dos. Esperaba encontrar a Geena en la antigua habitación de Travis, pero no estaba allí. Miró en las demás habitaciones, pero también estaban vacías, de modo que solo podía estar en la suya.

Con el corazón latiendo como loco dentro de su pecho, Colt se dirigió hacia allí. Después de llamar con los nudillos por miedo a despertar a Abby, empujó el picaporte suavemente y asomó la cabeza en la habitación.

Geena estaba tumbada en el centro de la cama, con la niña en brazos, mirando su carita como la miraría una madre, con los ojos llenos de lágrimas. Colt se habría quedado de piedra si no hubiera hablado con el teniente y, conmovido, se acercó a la cama sin hacer ruido.

Abby estaba dormida y cuando Geena lo vio notó que contenía el aliento.

–Colt.

–Lindsey me dijo que la niña estaba contigo –dijo él en voz baja–. He venido para decirte que ya estaba de vuelta, espero que no te importe.

–Claro que no me importa. Todo el mundo se alegrará de que hayas vuelto.

«¿Tú te alegras, Geena?».

Colt se inclinó para mirar a la niña.

–Es preciosa. Se parece a su madre.

–Sí, es verdad. Nunca había visto un bebé tan perfecto.

Ella era perfecta, pensó Colt. Incapaz de contenerse, tomó a la niña con cuidado para dejarla en el moisés y luego se tumbó al lado de Geena en la cama.

–He estado en Rapid City hablando con el teniente de policía que llevó tu caso y sé que Janice estuvo embarazada.

¿Por qué no me lo habías contado?

Geena se llevó una mano al corazón.

–Pensé que habías ido a Casper.

–Y así es, pero a la vuelta decidí pasar por Rapid City. Y después de ver los antecedentes de esa mujer, me temo que hay cosas que debes saber sobre ella.

–¿Aparte de que estaba con otro hombre mientras vivía con mi

hermano?

–Estuvo un año en la cárcel por posesión de drogas y desde entonces ha estado entrando y saliendo de la cárcel continuamente. Y si crees que voy a dejar que la busques sin ayudarte, estás muy equivocada. Esa mujer es peligrosa.

–Lo sé –asintió Geena, intentando contener las lagrimas–. Por eso no te había dicho nada. Cuando me contrataste no sabías que ibas a cargarte con esa responsabilidad y no es justo para ti.

–Deja de decir eso. Quiero ayudarte y el teniente va a hacer todo lo posible por localizarla.

Ella sacudió la cabeza.

–Ahora te sientes obligado… no puedes evitarlo y yo no quiero ser una carga para ti.

–Si tú eres una carga, yo la acepto encantado. Pero ahora mismo lo único que quiero es besarte y si no quieres que lo haga, lo siento por ti.

–Pero Colt…

–Dijiste que no debía darte cuartel, ¿recuerdas? No he podido dejar de pensar en ti desde que me besaste en la pista de baile de Hulett –Colt acarició su cara antes de apoderarse de sus labios una vez más.

Y Geena no protestó. Se besaron sin parar, rodando por la cama, acariciándose, encontrando maneras nuevas de darse placer el uno al otro.

Una eternidad después, Colt levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

–Quiero hacerte el amor, Geena. Y sé que tú también lo deseas.

–No lo niego –asintió ella, besándolo con una pasión que no había conocido en toda su vida.

–Tal vez el viernes por la noche podríamos ir a la montaña y acampar en un sitio en el que podamos mirar las estrellas. Podríamos volver el lunes por la mañana.

–¿Y quién cuidaría de Laura y de Ina?

–Travis.

–Travis está ocupado con su hija. Además, ese es mi trabajo.

Colt mordió el lóbulo de su oreja.

–Tu trabajo es lo que yo decida y he decidido que nos vamos de acampada. No puedo evitarlo, despiertas al hombre primitivo que hay en mí. Es culpa tuya.

Ella acarició su pelo.

–No es culpa mía.

–Hueles y sabes de maravilla, Geena. Creo que no voy a dejar que

salgas de esta cama.

–¿Ni siquiera para devolver a Abby a su madre? En caso de que no te hayas dado cuenta, la niña despertó hace un minuto y está pidiendo su comida.

Colt no había oído nada, tan concentrado estaba en Geena. Afortunadamente, Abby no estaba llorando sino emitiendo gorgoteos, pero empezaba a inquietarse y…

Un golpecito en la puerta hizo que Geena se levantase de un salto. Colt tardó algo más en reaccionar y cuando Travis asomó la cabeza en la habitación aún tenía una pierna en la cama.

Sus ojos se encontraron y un mensaje silencioso pasó entre los dos hermanos.

–Estaba a punto de cambiarle el pañal a Abby –dijo Geena, colorada hasta la raíz del pelo.

–No te preocupes, lo haré yo. No sabes cómo agradecemos tu ayuda, Lindsey ha podido dormir un rato.

Travis no era ciego y debía haberse dado cuenta de que su blusa estaba fuera del pantalón y sus labios estaban ligeramente hinchados.

–Parece que es tu turno, hermanito –dijo Colt.

–Sí, ya veo. Gracias otra vez, Geena. Y gracias a ti, Colt, no sabía que fueras tan buen niñero.

Cuando cerró la puerta, Geena miró su reloj.

–No puedo creer lo tarde que es. La niña ha dormido mucho rato.

–Es una Brannigan y sabe cuándo debe permanecer callada para favorecer a su tío favorito –bromeó Colt.

–Colt… –ella no pudo evitar una sonrisa.

–Travis sabe que vine a buscarte y se dará cuenta de que he sido yo quien se ha aprovechado de las circunstancias. Tu reputación sigue siendo impecable.

–Mientras no lo convirtamos en una costumbre…

–Ah, qué buena idea –dijo él, robándole un último beso–. ¿Qué hay de cena?

–Costillas a la barbacoa con patatas al horno.

–En ese caso, volveré dentro de dos horas –Colt tuvo que hacer un esfuerzo para no volver a abrazarla–. He comprado arcilla de colores en Casper para ver si tenías razón.

–Me encantaría ver lo que tu madre hace con ella. Ayer la puse a trabajar sacando granos de maíz y lo pasó en grande.

No había nadie como Geena.

–¿En serio?

–Incluso se enfadó cuando ya no quedaban más mazorcas. Mañana voy a ver si le gusta sacar guisantes de la vaina.

Colt sabía que tenía que salir de la habitación antes de que se echase a Geena al hombro para llevársela a las montañas.

Geena entró en el cuarto de baño para arreglarse un poco. Abby había sido una carabina perfecta y sus balbuceos habían hecho que entrase en razón justo a tiempo, antes de que cometiese el mayor error de su vida. Porque se acostaba con Colt, sería ella quien acabase con el corazón roto.

Colt Brannigan se había casado con la mujer que le robó el corazón y cuando no funcionó, sencillamente lo guardó bajo llave. No había planes de boda en su futuro, pero tenía un ama de llaves que estaba loca por él y con la que podía hacer el amor cada vez que se presentase la oportunidad.

Pues no, eso no iba a pasar. Su ideal del amor y el compromiso era más espectacular que eso.

Si por algún milagro encontraba a Janice y su bebé era hijo de Todd, partiría de ahí para rehacer su vida. Pasara lo que pasara, no podía seguir viviendo en la casa de Colt Brannigan. No podía seguir aprovechándose de su generosidad.

Con un poco de suerte, a finales de mes habría recibido el cheque del Estado y podría marcharse de allí. Pero, por el momento, haría lo posible para que Colt no lamentase haberla contratado.

–Yo me encargo de mi madre –dijo Colt después de cenar–. Tú puedes ir a dar un paseo o hacer lo que quieras, Ina.

La mujer sonrió, encantada.

–Si no me necesitas, voy a llamar a mi hermana.

Cuando salió de la cocina, Colt llevó la arcilla que había comprado y la extendió sobre la mesa mientras Geena sacaba tres cortadores de galletas y los colocaba frente a Laura. Cuando la mujer tomó su favorito, en forma de corazón, él miró a Geena con un mundo de gratitud en los ojos.

–Mi madre no lo había pasado tan bien en mucho tiempo.

–Deber haber sido una madre maravillosa para tener unos hijos que la quieren tanto.

–Era estupenda, sí –asintió Colt, con voz ronca, sin dejar de observarla. Pero, a las diez, puso una mano sobre la de Laura–. Vamos, mamá. Seguro que estás cansada y tengo que llevarte a la cama.

–Yo me encargo de limpiar todo esto –dijo Geena.

–Gracias por todo –murmuró Colt–. Y las costillas estaban fabulosas, por cierto.

Después de darle un beso que la tomó por sorpresa, tomó a su madre de la mano y salió de la cocina, llevándose el corazón de Geena con él.

Durante los dos siguientes días vio poco a Colt y, para compensar su soledad, se mantuvo más ocupada de lo habitual, pidiéndole a Ina que descansara mientras iba con Laura a dar largos paseos por el rancho. La nueva enfermera, Joyce, llegó el jueves y a Geena le gustó su alegre disposición. Iba a trabajar dos días a la semana y un fin de semana al mes para que Ina pudiese descansar.

El viernes por la mañana, Alice llegó para limpiar la casa y sonrió al verla haciendo bollos de canela.

–Trabajas tanto como solía hacerlo Laura.

–¿Sí?

–Colt es igual. Tienes mucho espíritu.

–Estoy de acuerdo –dijo Geena–. Y yo tengo mucha suerte de trabajar para un hombre tan generoso.

–Es porque tiene el alma de un Lakota dentro de él. Camina en armonía con la Madre Naturaleza, donde todo está emparentado. Colt respeta la Naturaleza y vive en equilibrio con ella.

–Esas son palabras muy bonitas, Alice.

Para un hombre maravilloso.

Cuando terminaron de limpiar la despensa, Geena le dio las gracias y se fue al pueblo, pensando en la exmujer de Colt. Qué poco lo había entendido. No se podía desarraigar a Colt Brannigan, sería impensable.

Colt era un hombre como las montañas que rodeaban su rancho, sólido y eterno.

Lo amaba como no había amado a nadie y, por eso, tenía que irse de allí.

Cuando terminó de hacer la compra, se detuvo para recoger el correo. ¡Había una carta y, dentro del sobre, un cheque a su nombre por setenta y cinco mil dólares.

La carta decía:

Este cheque se emite como compensación por los trece meses que estuvo encarcelada injustamente. El dinero no podrá compensarla por todo lo que ha perdido, pero albergo la esperanza de que la ayude a rehacer su vida. Buena suerte en el futuro, señorita Williams.

Y estaba firmada por el gobernador.

Geena se llevó la carta al pecho. Con ese dinero podría empezar de nuevo sin Colt… Colt, que le había salvado la vida cuando salió de prisión.

Después de depositarlo en el banco, volvió al rancho llena de planes. Al día siguiente iría a Sundance en bicicleta y tomaría el autobús para ir a Rapid City. Allí había gente a la que necesitaba ver.

Aparte del señor Phelps, quería hablar con su amiga Kellie. Tal vez ella sabría de alguien que hubiese conocido a Janice y pudiese ayudarla a encontrar su rastro. Colt le había dicho que el teniente Crowther estaba buscándola, pero también ella podía hacerlo con el dinero que acababa de recibir.

Durante la cena, Colt no apareció. Ina le dijo que estaban moviendo el ganado a unos pastos más altos y probablemente no volvería hasta muy tarde.

Acababa de entrar en su habitación cuando sonó el teléfono.

–¿Colt? –dijo, al ver su nombre en la pantalla–. Si tienes hambre, he dejado la cena en la nevera envuelta en papel de aluminio.

–Ah, eso es música para mis oídos. Voy de camino a casa, pero quería hablar contigo antes de que te fueras a la cama.

–¿Por qué?

–Mañana por la mañana nos vamos a Rapid City. El señor Phelps nos recibirá a las diez en su oficina y, después, el teniente Crowther nos espera en la comisaría.

El corazón de Geena dio un vuelco.

–Eso significa que sabe algo de Janice…

–Seguro que sí.

–¿Pero te ha dicho si son buenas o malas noticias?

–No, no me ha dicho nada. ¿Por qué no metes un par de cosas en una bolsa de viaje? Nos alojaremos en un hotel e iremos a cenar a algún buen restaurante.

Geena dejó escapar un gemido. Estar con Colt en un hotel, solos.

–Mira, yo…

–Reservaré habitaciones separadas, no te preocupes.

–No es eso –dijo Geena. Aunque sí era eso–. Es que sé que tienes muchas cosas que hacer en el rancho y…

–Buenas noches –la interrumpió Colt–. Nos vemos en la puerta a las ocho de la mañana. No te vayas sola en tu bicicleta o me obligarás a perseguirte.

Después de eso cortó la comunicación y Geena se mordió los labios. Aquel hombre podía leer sus pensamientos.

Después de desayunar en el hotel en el que Colt había reservado dos habitaciones, fueron a ver al señor Phelps, un hombre de unos cincuenta años.

Geena estrechó su mano, emocionada.

–Muchas gracias por recibirnos. Hoy es sábado y sé que no tenía que venir a la oficina.

–Es un placer, señorita Williams. Siéntense, por favor.

–Gracias.

–Cuando me dijeron que la habían exonerado di un salto de alegría. Se había cometido un terrible error con usted cuando estaba llorando la muerte de su hermano…

–No sabe cuánto deseaba volver a verlo. Y no sé cómo darle las gracias por encargarse del entierro de Todd cuando yo no podía hacerlo… saber que sería enterrado con mi familia fue lo único que me ayudó en ese momento –Geena tragó saliva, emocionada–. Es usted una persona maravillosa, señor Phelps. Pero voy a devolverle cada céntimo.

–No tiene que pagarme nada. Todd murió en un accidente laboral y la compañía corrió con los gastos de su entierro. Era lo mínimo que podíamos hacer –dijo el señor Phelps–. Todd era un buen hombre, competente, capaz y de toda confianza.

–Así era mi hermano.

–Todo el mundo lo echa de menos.

–Yo también –Geena sintió que Colt apretaba su mano–. Gracias a Dios que usted se molestó en buscarme.

–Ojalá hubiera podido hacer algo más –dijo el hombre–. El señor Brannigan me ha contado que todas sus cosas han desaparecido, incluso los recuerdos familiares. Por eso, he pedido que hicieran esto para usted –añadió, ofreciéndole una carpeta–. Es la fotografía que Todd entregó al solicitar trabajo en la empresa. La hemos ampliado.

Un gemido escapó de la garganta de Geena al ver el sonriente rostro de su hermano.

–Es una fotografía preciosa. La guardaré como un tesoro. Muchas gracias, señor Phelps.

–No tiene que agradecérmelo.

–En fin, no quiero hacerle perder más tiempo.

Geena se levantó y el hombre hizo lo propio, dándole un abrazo paternal.

–Espero que pueda dejar todo esto atrás y rehacer su vida. Se lo deseo de corazón.

Geena miró Colt.

–Con la ayuda del señor Brannigan eso es exactamente lo que estoy haciendo. He descubierto que aún quedan buenos samaritanos en este mundo.

Colt la tomó del brazo cuando salieron de la oficina y en cuanto subieron a la camioneta la abrazó, sabiendo que necesitaba desahogarse.

–Vaya, te he mojado la camisa –murmuró ella.

–Ah, qué problema tan horrible –bromeó Colt, dándole un beso en la mejilla–. ¿Quieres que vayamos al hotel antes de pasar por la comisaría?

–No, no. Esta fotografía de Todd ha hecho que todo sea tan real otra vez… tengo que saber qué ha sido de Janice.

CAPÍTULO 10

–USTED es el responsable de que sea libre, teniente Crowther –dijo Geena en cuanto llegaron a la comisaría–. ¿Le importa que le dé un abrazo?

Colt vio un brillo de admiración masculina en los ojos del hombre.

–Por supuesto que no. Ojalá hubiéramos encontrado la muestra de ADN antes para ahorrarle esos trece meses.

No sabe cuánto lo siento.

–Trece meses comparados con los sesenta años de condena no parecen mucho –bromeó Geena.

–Lo suficiente para cambiarle la vida a cualquiera.

–Colt me ha dicho que tiene usted noticias para mí sobre Janice.

–Es cierto.

–Tengo que encontrarla, a ella y al bebé si es posible.

–Lo sé, pero no tiene usted que buscarla.

–¿Por qué no?

–Porque hemos descubierto que está en la cárcel de Pierre.

–¿Qué?

–En enero fue detenida en Sturges, Dakota del Sur, acusada de posesión de estupefacientes, robo, distribución de cocaína entre menores… eso solo por nombrar algunos cargos. Como ya había pasado un año en la cárcel, la han condenado a veinte años de prisión.

–Dios mío, qué horror. ¿Y el bebé?

–Janice tuvo una hija en el hospital Mercy en Rapid City el día seis de noviembre.

–¿Una niña? –repitió Geena, con el corazón acelerado.

–Nació de forma prematura, con síndrome de abstinencia debido a la adicción de su madre, y tuvo que estar en una incubadora durante un tiempo.

–Me lo temía.

–Dos meses después, Janice fue detenida.

–¿Y dónde está la niña ahora?

–En un orfanato en Rapid City.

–¿Aquí mismo? –Geena se llevó una mano al corazón–. Pero la cárcel de Pierre esta lejos de aquí, ¿quién le lleva a la niña para que la vea?

–Janice no ve a la niña, señorita Williams. Firmó un documento renunciando a su patria potestad. Y cuando declaró que el padre había muerto, no quedó más remedio que llevarla al orfanato. La nombró a usted como única pariente legalmente autorizada a pedir su custodia, pero como entonces estaba en prisión, condenada a sesenta años de cárcel…

–Dios mío…

El teniente miró a Colt.

–Hemos pedido una prueba de ADN. En el hospital tomaron una muestra de ADN de su hermano y el resultado es concluyente: la niña es su sobrina, señorita Williams. Ya he alertado a la señora Wharton, la persona de Servicios Sociales que lleva su caso.

El grito de Geena los ensordeció a los dos y Colt la abrazó para que llorase por segunda vez ese día.

Cuando se recuperó, miró al policía.

–¿Puedo verla?

–Por supuesto. Le dije a la persona que está a cargo del orfanato que lo harían. Aquí está la dirección… es un convento franciscano que colabora con el departamento de Servicios Sociales.

–Lo conozco –murmuró Geena, con los ojos llenos de lágrimas–. Solo está a diez kilómetros de aquí.

–Entonces, vamos ahora mismo –dijo Colt.

El teniente se levantó para despedirlos.

–Buena suerte, señorita Williams.

–Gracias por estar ahí en el momento adecuado, por no olvidarse de mí… desde luego, yo no le olvidaré mientras viva.

Colt vio que el hombre tragaba saliva, emocionado.

–Días como este hacen que mi trabajo merezca la pena.

Ver a Geena tan feliz era maravilloso, pensó Colt. Si él pudiese hacerla tan feliz…

Media hora después llegaban al convento y Colt tomó su mano mientras entraban en recepción.

Una monja levantó la cabeza al verlos.

–¿Querían algo?

–Mi nombre es Geena Williams y él es mi amigo, Colt Brannigan. He venido a ver a mi sobrina. El teniente Crowther me dijo que había hablado con ustedes…

La mujer sonrió.

–Ah, sí, ha llamado para decir que vendría. Por favor, siéntense.

–El teniente me ha dicho que la niña nació de forma prematura.

–Me temo que sí. Su madre… en fin, ya sabe. La niña nació con síndrome de abstinencia, pero luchó para vivir y ahora está muy bien. Aunque aún le queda mucho camino por delante. Tiene siete meses, pero parece un bebé de cinco.

Geena se mordió los labios.

–¿Su capacidad mental está afectada?

–No, no, solo está tardando más que otros bebés en crecer. El médico dice que es normal –le aseguró la monja–. Nosotros le prestamos toda la atención posible, pero tenemos tantos niños… y la mayoría de la gente quiere adoptar un bebé sano, ya sabe.

Lo que Colt sabía era que Geena no podía esperar más.

–¿Podríamos ver a la niña, hermana?

–Sí, claro. Esperen aquí, la traeré enseguida.

Geena estaba pálida y Colt intentó tranquilizarla.

–Ya has oído a la hermana, la niña está bien. Solo necesita un poco de atención. A veces, a un potrillo recién nacido le cuesta salir adelante, pero con las debidas atenciones pronto está trotando por el campo.

Ella intentó sonreír.

–Cuánto agradezco que estés conmigo –cuando apretó su mano, el pulso de Colt se aceleró porque era la primera vez que tomaba la iniciativa–. No podría haber hecho esto sin ti.

–Me alegro de que no hayas tenido que hacerlo.

Poco después, la monja volvió con una niña envuelta en una ranita blanca que le quedaba grande y Colt vio a Geena mirar a su sobrina con el corazón en los ojos.

–No me lo puedo creer –murmuró cuando la monja puso a la niña en sus brazos–. Cariño mío… tienes el pelo castaño de tu papá y sus ojos azules, pero el resto de ti es Janice.

No todo. También tenía la barbilla y la preciosa boca de Geena, pensó Colt.

La niña hizo un puchero y empezó a llorar.

–¿Te he asustado? Lo siento, soy tu tía y te quiero mucho. Y te voy a cuidar muy bien… –Geena se la puso sobre el hombro y la meció hasta que se calmó un poco.

–¿Cómo se llama, hermana?

–Le hemos puesto Lori.

–¡Así se llamaba mi madre! ¿Por qué le han puesto ese nombre?

–Cuando la trajeron del hospital tenía esto –la monja le entregó una cadenita de oro con ese nombre grabado.

–Es la medalla que me regaló mi abuela para que recordase a mi madre. ¡Dios mío, pensé que jamás volvería a verla!

–Janice debió vender todo lo demás, pero al menos tuvo la decencia de entregar esto cuando renunció a la niña –murmuró Colt.

Geena empezó a pasear mientras consolaba a su sobrina.

–Lori es un nombre perfecto para ti, cariño. Lori Louise Williams. Louise era el nombre de mi abuela.

–Es una belleza, como su tía –Colt besó la frente del bebé y luego besó a Geena para que no se olvidase de él.

–¿Sería posible que me quedase con ella el fin de semana? Estamos en un hotel y…

–¿No viven en Rapid City?

–No –respondió Colt–. Geena trabaja como ama de llaves en mi rancho, Floral Valley, a las afueras de Sundance. Es la única pariente de Lori y piensa adoptarla, así que le gustaría llevársela a casa inmediatamente. Tenemos un médico particular en Sundance y en el rancho hay una habitación preparada para la niña. ¿Hay alguna razón para que no podamos llevárnosla ahora mismo?

La monja esbozó una sonrisa.

–Ninguna en absoluto. Cuando llamó el teniente Crowther, le dije que esperaba que ese fuera el resultado.

–Gracias a Dios.

–Pueden ir a la oficina de Servicios Sociales ahora mismo para rellenar los formularios y hablar con la señora Wharton, que es la encargada del caso de Lori. Y luego pueden volver a recoger a la niña.

–¡Ahora mismo! –exclamó Colt porque Geena parecía estar conmocionada–. Después de ver a la señora Wharton, iremos a comprar un

cochecito y un moisés para Lori. Del resto hablaremos cuando paremos a cenar en Sundance.

–Colt… –empezó a decir Geena.

Podía ver un brillo de gratitud en sus ojos, aunque se daba cuenta de que estaba preocupada. Pero en aquel momento no quería escuchar todas las razones por las que no quería que hiciese nada más por ella.

En tres semanas, Lori había engordado tanto y estaba tan despierta que parecía otra niña. Travis y Lindsey habían vuelto a su casa, de modo que su sobrina había heredado la cuna y el moisés que Colt había comprado. Le encantaban los corazoncitos de la colcha y los tocaba continuamente.

Y sonreía todo el tiempo, sobre todo cuando Colt estaba con ella.

Supuestamente, debería estar trabajando en el rancho, pero Geena podría jurar que pasaba más tiempo con Lori que con el capataz.

Era el padre perfecto, sin la menor duda. Fuese dándole el biberón, poniéndola sobre su hombro para que eructase después de comer, cambiándole el pañal o paseando con ella por las noches cuando lloraba, siempre estaba dispuesto a ayudar.

Evidentemente, había dos mujeres en la habitación de Geena que adoraban a aquel hombre.

El miércoles siguiente, Colt entró en la cocina con Lori en brazos.

–Tengo que irme a Casper y no volveré hasta el viernes.

Imagino que Hank volverá conmigo.

–Ah, muy bien. Imagino que necesitas ayuda en el rancho.

–Desde luego, pero ya sabes que puedes llamarme cuando quieras. Y Travis estará por aquí.

–No te preocupes, no pasará nada –Geena estaba de espaldas, llenando el lavavajillas, y se alegraba porque no podía mirarlo.

«No es tu marido y nunca lo será».

–Si pasa algo, solo tienes que llamarme.

–Que tengas un buen viaje.

–Pienso tener más cuidado que nunca. Lori va a echarme de menos, ¿verdad que sí, cariño?

–Por supuesto que sí, la tienes muy mimada.

–No debería ser tan guapa… como su tía –dijo Colt, antes de salir de la cocina.

Geena tuvo que tragar saliva, con el corazón encogido. Había llegado el momento de marcharse. Llevaba pensándolo desde que volvieron al rancho

con la niña, pero no encontraba el momento.

Lori le había dado una razón para vivir… sin Colt. La niña lo había cambiado todo.

Geena estaba esperando adoptarla oficialmente y, aunque Colt le pidiera que se quedase allí trabajando como ama de llaves indefinidamente, él no había contratado a una mujer con un bebé.

Como Colt se había ido, tenía tiempo de hacer la maleta y escribirle una carta. Solo podía despedirse por carta… no sería capaz de hacerlo en persona.

–¿Dónde está el fuego, hermano? Si hubiera ocurrido algo, Mac habría llamado –razonó Hank–. ¿No hablaste con Geena anoche?

–Sí, pero me pareció que pasaba algo.

–¿Te lo dijo ella?

–No.

–¿Crees que le ha pasado algo a mamá o a Lori y no ha querido decírtelo?

–No lo sé, pero pienso descubrirlo –respondió Colt.

Geena había intentado fingir que todo iba bien, pero él la conocía lo suficiente como para saber que ocurría algo. Cuando llegaron al rancho fue directamente a su habitación… y descubrió que sus cosas habían desaparecido. Todo estaba como antes de que ella llegase. No había nada que recordase su paso por allí o el de Lori.

Angustiado, vio las llaves de la camioneta sobre la cómoda, al lado de un sobre que contenía un montón de billetes y una carta.

Y eso le produjo un dolor más profundo que los cuernos del toro que una vez lo había corneado.

Querido Colt,

¿Cómo puedo darte las gracias por todo lo que has hecho por mí? Hace unas semanas hablé con Alice y ella me dijo que eras un gran hombre con el alma de un Lakota porque tu vida está en armonía con la Naturaleza. Y yo estoy de acuerdo con ella.

Eres tan bueno y tan generoso que me dan ganas de llorar. Ha sido un privilegio conocerte.

Al principio dijimos que el contrato sería temporal, pero las cosas cambiaron cuando encontré a Lori. Le dijiste a la monja del orfanato que vivía en Floral Valley y era cierto, pero el rancho no es mi hogar, eso no

era parte del trato.

Alice me ha prometido encargarse de la casa hasta que encuentres un ama de llaves, pero que no te enfades con ella. Te quiere mucho y es estupenda. Además, sabe cómo cuidar de tu casa y de tu familia.

El dinero que dejo en el sobre es el de mi sueldo. No he sido un ama de llaves de verdad, así que no me he ganado un solo céntimo; al contrario, lo único que he hecho es darte problemas. Me aceptaste en tu casa por tu buen corazón, me diste ropa y comida en el momento que más lo necesitaba… y jamás te lo agradeceré suficiente.

Te deseo lo mejor para el futuro porque lo mereces. Que Dios te bendiga, querido Colt.

Geena

Colt hizo una bola con la carta antes de salir de la habitación.

–¿Alice?

–¿Sí, Colt?

–¿Dónde está?

–La última vez que la vi estaba en Sundance, en un concesionario de coches de segunda mano –respondió la mujer, tan calmada como un día de verano. Era evidente que le había prometido a Geena no decir nada sobre su paradero.

–¿Crees que ha ido a Rapid City?

–Yo no la buscaría en Dakota del Sur. Tal vez Lindsey sepa la verdad.

Colt le dio un beso en la frente antes de ir a hablar con su cuñada.

El sábado por la mañana, Geena detuvo el coche frente al hostal Sleepy Time, en Laramie. Era un hostal familiar y en las habitaciones había una cocina y una cuna, todo lo que Lori podía necesitar.

Después de sacar a la niña del asiento de seguridad del su Toyota, la colocó en el cochecito que había comprado en Sundance y, echándose al hombro la bolsa de los pañales, entró en la habitación.

Había comprado el periódico y pensaba buscar trabajo de ama de llaves allí. Si no encontraba nada, buscaría en Collins, Colorado. Pero, por el momento, no había encontrado a nadie que quisiera un ama de llaves con un bebé.

Gracias a Alice, que la había llevado a Sundance para comprar un coche de segunda mano, había podido llegar a Laramie. La mujer había aceptado llevar la casa hasta que Colt encontrase a otra persona y, con eso

resuelto, Geena había decidido empezar una nueva vida con Lori, lejos del rancho Floral Valley. Solo la distancia podía ayudarla a olvidarse de Colt.

Mientras miraba los anuncios escuchó un golpecito en la puerta. Sería la empleada para llevar toallas limpias, pensó. Pero cuando abrió la puerta se encontró con un vaquero de sombrero negro que se parecía a Colt. Pero no podía ser Colt…

–¿Cómo me has encontrado?

–Un simple proceso de eliminación –respondió él con una voz que Geena no reconocía–. El encargado del concesionario de Sundance me dio el número de la matrícula del coche y Lindsey me dijo que estabas en Laramie, aunque ya lo había imaginado porque sé que estudiaste aquí.

–No deberías haber venido. En la carta te decía…

–Me has mentido, Geena –la interrumpió él.

–Yo nunca te he mentido. ¿Por que dices eso?

–Me dijiste que todo iba bien, que no pasaba nada…

–Pero era cierto.

–No, no era cierto. Yo confiaba en ti, pero esa confianza ha muerto.

–Lori no entraba en el acuerdo y eso cambió la situación. Tú necesitas un ama de llaves, no una mujer con un bebé al que tiene que atender día y noche. Me convertí en una carga para ti y eso es lo último que mereces. ¿Es que no entiendes que me sentía fatal?

Colt no se molestó en responder. Se dio la vuelta y subió al coche, los neumáticos chirriando sobre el asfalto del aparcamiento…

Geena se mordió los labios.

¿Qué había hecho?

Colt estaba destrozado y solo había una cosa que hacer: volver al rancho y exigir que le contase qué pasaba.

Afortunadamente, Lori había ido durmiendo hasta Laramie y esperaba que hiciese lo mismo en el viaje de vuelta. Sería un viaje muy largo y seguramente no llegarían al rancho hasta la noche, pero daba igual. Tenía que hablar con él lo antes posible.

Lori parecía intuir que ocurría algo importante y se portó como un ángel durante todo el camino. Cuando llegaron al rancho, Geena estaba angustiada temiendo no encontrar a Colt allí y cuando vio su camioneta dejó escapar un suspiro de alivio.

Pero no lo encontró por ningún lado. La casa estaba silenciosa como una tumba y volvió al coche para buscarlo en casa de Travis, que abrió la puerta y la miró con cara de sorpresa.

–Pensé que estabas en Laramie.

–¿Geena? –exclamó Lindsey.

–He vuelto para hablar con Colt, pero no está en casa. ¿Sabéis dónde puede estar?

–Yo lo sé, pero…

–Tengo que encontrarlo –lo interrumpió Geena.

–Es una cuestión de vida o muerte, ¿verdad? Solo así podría decírtelo.

–Hemos tenido una discusión y debo hablar con él urgentemente. Yo… estoy enamorada de tu hermano.

Como respuesta, Travis le dio un abrazo.

–Cuando volvió de Laramie oí que le decía a Mac que iba a la montaña, a un sitio que se llama El cobertizo del pastor, y que no quería que lo molestase nadie pasara lo que pasara. Pero tendrás que ir a caballo, no se puede ir de otra forma.

–Ah, ya sé, ese sitio que está en la colina.

–Eso es.

Geena se mordió los labios.

–¿Creéis que Alice cuidaría de Lori por una noche?

–¿Por qué vas a pedírselo a Alice cuando podemos hacerlo nosotros? –sugirió Lindsey.

–¿De verdad?

–Abby y ella se harán compañía. Después de lo bien que cuidaste de nuestra hija, es lo mínimo que podemos hacer. No te preocupes, cuidaremos bien de ella hasta que vuelvas.

–Aquí están los pañales y…

–No te preocupes, ya sé dónde está todo. Travis, cariño, ensilla a Carrot Top, todavía es de día y llegará sin problemas.

–Gracias, de verdad.

–De nada –dijo Travis, mientras la llevaba al establo–. Mi hermano estaba… la verdad es que nunca lo había visto así.

Geena lo abrazó antes de subir a la silla para ir a buscar al hombre de su vida.

–¿Por qué ladras tanto, Titus? Has olido pumas y coyotes muchas veces –exclamó Colt, airado.

Estaba intentando hacer que funcionase la linterna, pero estaba rota, de modo que no tendría luz hasta la mañana siguiente. Pero le daba igual. El cobertizo no era más que eso, un sitio en el que cobijarse si te pillaba una

tormenta en medio de la montaña.

No recordaba la última vez que se cambiaron lo muebles, tal vez no se habían cambiado nunca, pero tampoco eso importaba. Lo único que necesitaba en ese momento era un camastro para dormir y olvidarse de Geena.

Titus seguía en la puerta, ladrando y arañando la madera como loco. Pero Colt sabía que no necesitaba salir, de modo que se acercó y… de inmediato escuchó los cascos de un caballo.

Furioso con su hermano, a quien había dicho que a menos que el rancho estuviera quemándose o le ocurriera algo a su madre no quería ver a nadie, Colt abrió la puerta del cobertizo de un tirón que la hizo saltar de sus goznes.

Titus salió corriendo y él no dijo nada porque era Geena quien estaba desmontando, Geena quien se dirigía hacia él. Geena, con sus vaqueros de diseño y la camisa blanca que había comprado en Sundance. La brisa de la noche parecía llevar su fragancia…

Colt tragó saliva, pensando que estaba viendo visiones.

–¿Qué haces aquí?

–¿Tú qué crees?

Era la misma mujer que había aparecido en el rancho una noche, pero había muchas diferencias. Aquella era la versión terminada del cuadro, completa, segura de sí misma.

–¿Cómo has llegado aquí tan rápido?

–Conduciendo a toda velocidad, como tú.

–Pero Lori…

–La niña está con tu hermano y tu cuñada. Afortunadamente, mi sobrina se queda dormida en el coche.

El corazón de Colt se aceleró.

–No deberías haber vuelto.

Ella se puso en jarras.

–¿Entonces he venido para nada?

–Yo no he dicho eso.

–Me llamaste mentirosa –le recordó Geena–. Me llamaron eso una vez y pasé trece meses en la cárcel por un crimen que no había cometido, pero no pienso volver a pasar una sola noche llorando por algo que no he hecho. Y menos acusada por un hombre al que admiro más que a nadie, así que explícame qué quieres decir.

–Digamos que no eres la persona que yo creía que eras.

–¿Ah, no? ¿Qué clase de persona soy entonces? Intenté ser la mejor ama de llaves posible y te devolví el dinero que me habías pagado. Por supuesto, no hay manera de recompensar tu generosidad, pero hice lo que pude. Como te decía en la carta, Alice aceptó atender la casa…

–¿Por qué te fuiste sin hablar conmigo? –la interrumpió él.

Geena dio un paso adelante.

–Porque tú me habrías pedido que me quedase.

–¿Y eso era un terrible castigo?

–Sí.

Colt asintió con la cabeza, disgustado.

–Debería haber imaginado que la vida en el rancho también sería demasiado para ti.

–¿Quieres decir como para Cheryl? Vamos, Colt. No me pondrás en la misma categoría que ella, ¿verdad? ¿Qué más te hizo? Es hora de que me lo cuentes.

–Me mintió desde el momento que la conocí.

–¿Cómo?

–Diciendo que quería vivir en el rancho conmigo. Yo lo creí y terminé pagando por ello.

–No te mintió, Colt. Cheryl te amaba y quería estar contigo. Seguro que pensaba ser la mujer de tus sueños, pero descubrió que este estilo de vida no era para ella. Era una chica de ciudad y, en el fondo, tú también lo sabías.

Colt no podía negarlo.

–Yo, por otro lado, no me canso del rancho y de su propietario. ¿Es que no escuchas cuando hablo? Te dije que Sundance Kid era un tonto por no haberse instalado aquí.

Él sacudió la cabeza, incapaz de creerla.

–Yo no te pedí que te fueras, Geena. No quería ese maldito contrato temporal.

–¿Qué estás diciendo? ¿Quieres que me quede como ama de llaves permanente?

–No, yo…

–No lo entiendes, ¿verdad?

–¿Qué es lo que debo entender?

–Me encanta todo en Floral Valley. Todo y todos. ¿Me oyes? Me refiero a ti, Colt Brannigan. Estoy locamente enamorada de ti. ¿No te das cuenta de que ser el ama de llaves sería hacer las cosas a medias? Yo lo

quiero todo: el anillo de compromiso, la alianza, las noches bajo las estrellas, hijos, nietos. Pensarás que estoy loca, pero desde que vi el anuncio en el periódico me pareció que tenía un significado especial, que era para mí. Pero me temo que tu corazón murió con Cheryl y si crees que voy a quedarme aquí como ama de llaves para siempre es que no me conoces en absoluto. Si lo hiciera, mi corazón se moriría también, como el tuyo. Y no pienso dejar que eso ocurra.

–Geena…

–Yo quiero amor en mi vida, Colt. Y si no puede ser contigo, tendré que buscarlo en otro sitio. Alguien me querrá, a mí y a Lori.

Cuando se dio la vuelta, Colt la tomó del brazo.

–Siente esto –le dijo, tomando su mano para ponerla sobre su corazón–. Y ahora dime que mi corazón esta muerto.

–Colt…

–He estado enamorado de ti desde el primer día, Geena.

Tú sabes que es así.

–Me gustaría creerlo, pero…

–Entonces, cree esto –Colt la apretó contra su pecho y buscó sus labios–. Llevo semanas queriendo decírtelo, pero pensé que necesitabas más tiempo para acostumbrarte al rancho, para que no quisieras irte nunca.

–Yo siempre había soñado vivir en un rancho, en tu rancho. ¿No sabes que se me rompió el corazón al marcharme de aquí?

–Quiero que seas mi esposa, Geena. Mi familia… todo el mundo te adora. Debería haberte pedido que te casaras conmigo cuando trajimos a Lori –Colt sacudió la cabeza–. He perdido demasiado tiempo, lo sé. Pero quiero que la adoptemos, los dos. También yo estoy loco por ella.

–Lo sé.

Él volvió a besarla, emocionado.

–Perdóname, Geena.

–Si tú me perdonas a mí por no decírtelo. No quería hacerte daño, Colt. Tú eres mi vida… puse mi corazón en esa carta.

–Y no sabes lo que sentí al leerla –dijo él–. Cásate conmigo, Geena. No tenemos tiempo que perder.

Ella esbozó una sonrisa.

–Estoy de acuerdo. Y, además, necesitamos un sitio discreto para seguir… hablando.

–Te invitaría a entrar en el cobertizo, pero me parece que está a punto de caerse. Mientras volvemos al rancho, iremos haciendo planes de boda,

pero cuando lleguemos nada de hablar. Te quiero, Geena.

–Y yo a ti.

–Cuando llegué a casa y vi que te habías ido… no sabes cuánto me dolió. Te quiero tanto…

–Cariño, no dejes de quererme nunca –le suplicó ella–. No debes darme cuartel, ¿recuerdas?

–Ninguno, amor mío. Te lo prometo.

EPÍLOGO

–YO OS declaro marido y mujer. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Colt besó a Geena con tal pasión que ella se ruborizó y el pastor se aclaró la garganta, alejándose discretamente.

–Cariño…

–Tengo derecho a besar a mi esposa. Y te juro que te amaré para siempre.

–¿No crees que yo te quiero del mismo modo?

–Sí, lo creo –asintió Colt.

Sus hermanos los rodearon entonces.

–Hora de apartarse, amigo. Tenemos que besar a la novia –bromeó Travis.

Todos se reunieron a su alrededor y Geena pensó que no había sido más feliz en toda su vida.

En la casa, decorada con flores para la ceremonia había al menos cien invitados, desde peones y empleados del rancho a parientes y amigos. Todo el mundo comiendo, charlando, riendo.

Y que Hank hubiese invitado a Mandy a la ceremonia la hacía albergar esperanzas de que pronto hubiese otra boda en el rancho Floral Valley.

La madre de Colt estaba guapísima con un vestido de encaje que Ina había elegido para ella mientras Geena llevaba un vestido de seda color marfil que le llegaba por las rodillas.

El teniente Crowther fue el último en felicitarla, con los ojos empañados.

–Es la clase de final feliz que uno desea para cualquiera que haya pasado por lo que ha pasado usted, señorita Williams… perdón, señora Brannigan.

–Si alguna vez puedo hacer algo por usted, ya sabe dónde encontrarme

–dijo ella, emocionada.

–Lo recordaré.

–Gracias a usted, hemos encontrado la felicidad –intervino Colt, tomando a su mujer por la cintura–. Nunca podremos pagárselo.

Cuando el teniente se alejó, él abrazó a su mujer.

–Vámonos mientras Lindsey distrae a Lori. Si nos ve subir al coche se pondrá a llorar.

–Tienes razón.

Geena tiró su ramo de novia a una sorprendida Mandy antes de subir al coche y Colt condujo apretando su mano.

–Unos kilómetros más y estaremos solos. Esperemos que nuestra luna de miel en la playa sea productiva porque tenemos que darle un hermanito a Lori. Por primera vez, mi vida está completa… casi no me lo puedo creer. Y todo gracias a ti, cariño.

Para sorpresa de Geena, Colt detuvo el coche en el arcén para abrazarla y se besaron durante largo rato.

–¿Conoces el viejo dicho de que cuando Dios cierra un puerta abre una ventana? –le preguntó Geena.

–Sí, claro.

–Pues esos trece meses en la cárcel fueron mi ventana, lo que me trajo hasta ti. Esos meses me enseñaron que cada minuto de nuestra vida es precioso. Tú eres precioso para mí, Colt.

Él la aplastó contra su pecho.

–Bienvenida al rancho Floral Valley y a mi corazón, señora Brannigan.